

VERUTIDIO

IMPRESIONES DE VIAJE



De Macuto á Nápoles y retorno
vía Nueva York.



1891



Imp. del "Diario de La Guaira."



IMPRESIONES DE VIAJE

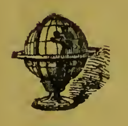


-DE MACUTO A NAPOLES-

POR

Verutidio.

(EXTRACTO DE CARTAS A SU FAMILIA)



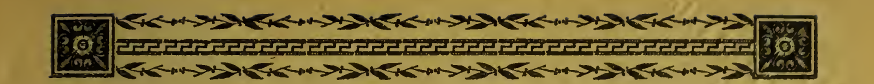
Imprenta del "Diario de La Guaira."

1890

A LEOPOLDO LOVERA

como tributo de amistad y reconocimiento,
dedica estas páginas

El Autor.



IMPRESIONES DE VIAJE



"No hablen de estas cartas á los amigos que han venido á Europa; si hubiere necesidad de referirse á éllas, únicamente *los profanos* deben saber que existen."

I

SALIDA DE LA GUAIRA

Como es á ustedes notorio, ninguno ménos autorizado que yo para publicar aquel antiguo aviso:

"*Me despido de mis amigos y pido órdenes para Ultramar.*"

Ausentarme yo de mi tierra, – no por olvidada, feliz, como lo era el valle que cantó nuestro Maitín, – para ir á la patria de los más ilustres hombres de la Edad Moderna, era ver realizado aquel sueño tan tenaz como agradable que desde niño me asaltó, hallándome despierto; y como es tan difícil que los castillos en el aire encajen y se estriben sobre los fingidos cimientos que les labra nuestra fantasía delirante,

aún creo soñar la realidad. ¿Y cómo no? Mi inseparable compañera, lacrimosa pobreza, esqueleto en fanal de pergamino, jamás me permitió ahorrar los diez puñados de luises que son necesarios para semejante peregrinación, ánsia perenne de mi espíritu.

Si no fuera que la caprichosa Fortuna, por mano de un amigo generoso, me entregara el pase atlántico, cuando ménos debiera yo esperarlo, no podría escribirles estas líneas. Tan bella ocasión era de aprovecharse. ¿Quién no hubiera hecho otro tanto en mi lugar? Excúsenme mis acreedores, ó bien arrójeme la primera piedra el que se atreva. Mayúsculo susto les habré dado embarcándome, pero mi viaje será feliz: tendré "ondas serenas y mansas brisas." Hay mucha gente que reza por mí. Como que tengo mis fincas adheridas á las muñecas!

*

Oh, dulce esposa, amadas hijas, aún disfruto del vigor que me trasmitieron vuestros tiernos abrazos y las palabras de aliento del instante de los adioses! Si hubiera visto una lágrima en vuestros ojos habría vacilado mi firmeza. Cuántas gracias os dí en secreto, en el fondo de mi corazón, y cómo me alegró ver que vuestras almas están templadas al unísono con la que os ha trasmitido esa armonía!

*

Empiezo, pues, á relataros mi viaje. No esperéis que sea interesante.

Allá van renglones incoherentes para distraeros un rato.

Bien podéis decir de mis cartas: "el que lo feo ama, bonito le parece;" jamás será mejor aplicada la sentencia.

Al doblar la ensenada del Tajamar, os perdí de vista. En vano agité mi pañuelo repetidas veces; ningún otro ondeó en el distante muelle, envuelto ya por las sombras de la tarde.

Con el suave balanceo que á un barco grande imprime una mar tranquila, se mecía á lo léjos el hermoso vapor *France*, de la Compañía General Transatlántica, sobre cuyo puente nos hallámos á poco, en manos de un cumplido *maitre d' hôtel*, Mr. L' Evêque, quien, en un decir Jesús, nos acomodó en el camarote número 113, como todos, con sus camas á lo bóveda de camposanto español, en las que uno queda como aderezo en estuche.

Reconocido el calabozo, salímos á conocer la cárcel flotante, vehículo para nuestro voluntario destierro.

Unos doscientos condenados, digo pasajeros, había á bordo; señoras, algunas; todos, franceses que regresaban á la patria é hispano americanos que, so pretexto de negocios, ó por puro placer, iban á la Exposición. Desde Chile y la Argentina hasta Méjico, todas las Repúblicas americanas estaban allí representadas, por médicos, comerciantes, literatos, clérigos, estudiantes, prestamistas, desocupados, ricos y vagos de calidad. Con tan variada compañía no había medio de aburrirse en el viaje.

Los pasajeros de La Guaira sufrímos con paciencia las curiosas y protectoras miradas de los colegas de Colón y de Puerto Cabello; y les dirigímos las nuestras, cargadas de desdén. Así deben verse los presidiarios cuando los empareja la cadena común!

A poco se servía la comida, y el expléndido comedor del *France*, iluminado *a giorno*, como todo el buque, por luz eléctrica, se colmó de los que estaban en aptitud de asistir á la mesa, muy bien suplida, por cierto.

No incurriré en pecado mortal copiando aquí la carta de una de esas comidas de á bordo. Quiero que tengan ustedes una idea de lo nimio también, porque, por regla general, se publica lo notable, lo culminante y lo ideal, y se ignora lo trivial, lo práctico. No repugnen esto. "Cada cabello hace su sombra en el suelo."

Va la carta traducida, pues que muchos de ustedes no entienden el gringo:

Potage à l' oseille.	Sopa de acederas.
Bœuf braisé. Sauce poivrade.	Carne á la parrilla. Salsa pimentada
Poulet valencienne.	Gallina á la valenciana.
Salsifis au beurre	Escorzonera en mantequilla.
Gigot de mouton.	Guisado de carnero. (Pernil de carnero guisado.)
—	—
Patisserie. Fromage. Dessert.	Pastas. Queso. Postres (frutas, nueces, pasas, almendras, etc.)
Café.	Café. (Achicoria.)

La mayor parte de los pasajeros nos sentamos á las mesas con el mayor aplomo (me refiero á los de La Guaira;) pero á los pocos momentos, úno de esta mesa, otro de la de más allá, íbanse levantando con el aire de habérseles olvidado algún objeto en los camarotes. Su marcha era lenta al dejar las sillas, diez pasos más lejos era gimnástica, luego, trote, galope, escape.... La paloma volvió al arca una vez: estos pasajeros debieron hallar tierra.... porque no regresaron!

A las 8 de la noche levó la nave, y con su marcha majestuosa, proa al nordeste, comenzó á surcar las aguas con su quilla y con sus árboles el aire, para alegría de muchos y malestar de los atacados de ese suplicio chino que se llama el mareo.

A la altura de Macuto distinguímos los fuegos artificiales que ustedes y los amigos quemaban en la playa, á los cuales, con sentimiento, no pudimos corresponder.

Fijos los ojos en ese pedazo de tierra nativa, una traviesa lágrima saltó á orearse en la brisa de la noche, vehículo en que los entreabiertos labios depositaron un suspiro y un adiós.

*

El calor en junio, en La Guaira, es todo un *personaje de alta consideración*, pero á bordo no hay testa coronada que pueda competir con su expléndida soberanía. La primera noche, no acostumbrado el tímpano al ruido de la máquina, que golpea como un corazón mónstruo, ni el cuerpo al vaivén de la embarcación, es punto ménos que imposible conciliar el sueño, y si se está en los reducidos y caldeados camarotes, sin punto ménos: no se puede dormir.

El sueño es como las mujeres ariscas: por más rendido y enamorado que lo persiga uno, más esquivo se hace. Como él no quiera, no hay que empeñarse. Lo desairé, lo desprecié, y él, sentado delante de mí, silencioso, burlón, insoportable. De vez en cuando se levantaba ¡ el infame ! á esparcir invisibles espinas en mi almohada y encendidas chispas en el lecho sepulcral que me tocó. Cuando le echaba en cara la fealdad de su conducta, se sonreía como una coqueta y me llamaba ingrato, ingrato porque durante once mil noches me había dormido sin que yo le excitara y nunca me había acordado de darle las gracias.

Comprendí que tenía razón, pero el despecho me cegó y lleno de rábia tendí la diestra á la cobija (esto de ir á París encobijado será una llanerada, pero " ande yo caliente y ríase la gente") y á la almohada la zurda y como el tío Corcho me puse á flote, es decir, subí á cubierta. Allí soplaba fuerte brisa y uno de los *garçons* á quien topé en la escalera me profetizó nn *cólico miserere* si me atrevía á acostarme dos horas en el puente. Como "de médico y loco...." algo debía tener Billy, y él era mi camarero, me pareció bien respetar su opinión. Corrí al *fumoir*. Estaba cerrado. Me dijo el *garçon* del mismo, quien se paseaba delante de la puerta, que podía acostarme en los canapés del comedor, porque en el fumadero, eso estaba prohibido. Original me pareció esta contradicción, pero era preciso respetar la consigna. Entré al *budoir* (sala de descanso para señoras, de día, y de noche dormitorio de mareados decentes) en cuyos sofás no cabía ya ni un niño de dos años. Allí roncaban varios *marinos veteranos* y hacían ejercicio de saxofón algunos reclutas, pero se conocía que era gente modesta. A primer oído un público desapasionado habría aplaudido no sólo el mérito de la ejecución, sí que también la dulzura de aquellos susurros pulmonares. Pues, no era un concierto de Mendelssohn, pero todo no ha de ser música clásica. Tendí la *chamarra* delante del piano y mi humanidad en élla.

Poco á poco fueron extinguiéndose algunas *voces*. El sueño vino á recriminarme de nuevo, pero como me halló encachorrado, me cerró los ojos, y fuese con su música á otra parte.

Apénas hubo salido él, entró en el *budoir* uno de los sacerdotes que iban con S. S. I. el Arzobispo de *** Estaba en los mismos apuros que yo. Tampoco podía dormir en su camarote. Me contempló un instante, y como poseído de una idea súbita bajó

la escalera que conducía á su cuarto y á poco regresó con una colcha en la mano. Tendióla bonitamente á mi vecindad haciendo con su cabecera y la mia el vértice de un ángulo recto. Ví que el ministro era un hombre de 45 años, robustamente desarrollado, y por tanto membrudo y gigantón, pero con un aire de candor y de inocencia, que inspiraba simpatía. Ay de mí! Y cómo engañan las apariencias! Al cabo de pocos momentos empezó su paternidad á roncar como debe roncar un hipopótamo. Temblaban levemente los dormidos pasajeros de los canapés, vibraban las cuerdas del piano, relampagueaba la luz eléctrica en sus globos de cristal, y mi pobre personita baloteaba, como oscila el agua en un tonel en movimiento, todo á impulso de aquellos horrísonos ronquidos, de vez en cuando entrecortados por sordas detonaciones, que no salían de aquellos pulmones prepotentes.

Primero, me embargó la admiración; de admirar era la fuerza de tales fuelles de herrería; luégo, poco á poco, vino la ira á apoderarse de mí, porque me veía condenado á no dormir, después de haber escogido, como el águila el suyo, el lugar de mi nido; sin embargo, esperé. Pasó media hora, una hora, dos.... y el contrabajo no terminaba. Me resolví, á acabar con tan insoportable situación.... Don Goliath, como para ostentar su erudición añadió á los ronquidos el crugir de dientes. Era el colmo de la lujuria *soñil!* Agarré con furia mi almohada y le dí con élla un buen sopapo en la cúspide del bautismo, (exponiéndome á ser excomulgado) y me dejé caer con un ronquido sordo, como si tal cosa. El clérigo se incorporó de un golpe, miró al techo y al rededor con tamaños ojos azorados, resopló como un cachalote y luégo.... muy frescamente volvió á tender su humanidad en la ámplia colcha, y, lo que fué peor, á continuar la retreta.

No había más remedio que desmayarse y así lo hice, pero con tan mala fortuna que á los pocos momentos (eran las 5 de la mañana) un sirviente, tocándome la almohada con el asta de una escoba, como si yo fuera perro (le doy la razón puesto que me halló en el suelo) me decía en voz baja, humilde y lacayuna: *Pardon ; à netoyer, monsieur.* Pardiez! Era preciso levantarse. Busqué con los ojos á mi Cabrión: había desaparecido: él, á quien yo hubiera deseado que barrieran como mala basura, á lo ménos hasta la sentina del vapor!

A la hora de almuerzo fuí presentado al Arzobispo, y á su vez él me presentó á mi roncador, el Doctor *** Cuando le tendí la mano hubiera querido despedazarle; pero era un sacerdote tan ilustrado, tan fino, tan talentoso y agradable, que no pude ménos que perdonarle la trasnochada. De aquí deduzco que para apreciar bien á á un hombre es preciso saber cómo duerme. Díganme ustedes, si el Doctor *** en lugar de ser clérigo fuera marido! Aunque lo sería *in partibus*, porque el divorcio marchitaría, aun frescos, los azahares de la corona de su novia. Yo creo que no hay amor que resista unos ronquidos como los de ese bienaventurado ministro de la S. I. C.

*

Desde que amaneció, vimos no más que cielo y agua. Durante el día ni el más leve accidente vino á turbar la monotonía del cuadro. Los mareados, en sus camarotes se estaban; ó tendidos en sus sillas de extensión, sobre cubierta, no movían pié ni mano. El vapor parecía un hospital, la mitad de cuyos enfermos estuviera de vomitivo.

La noche fué hermosa y clara, iluminada por la luna, pero triste como una misa de cinco, con sus fieles arrebujados, sus toses de repetición y su apariencia funeral.

FORT DE FRANCE

—

El 10 á las 6 de la mañana vimos dibujarse en lontananza las colinas de Martinica, y cuatro horas después fondeámos en una vasta ensenada y bien cerca de tierra.

La corbeta francesa de guerra, la *Arethuse*, y tres barcos viejos que parecían estar en carena, constituían todo *el surtido* del puerto.

Poco después levámos, para atracar á una playa alta, húmeda, ennegrecida por cisco, sombreada por sáuces, mangos y tamarindos y alfombrada á corta distancia de la orilla por espigada y verde yerba que convida al pasajero á descansar de la decantada vida de á bordo que algunos pedantes llaman buena. Se entiende que no me refiero á los marinos, quienes deben sufrir de una singular aberración cerebral para que hallen aceptable la vida del anfibio.

Tendido que fué un puente, del vapor á la orilla, nos lanzámos alegremente á tierra todos los pasajeros.

Unos cuantos quitrines [tan malos, remendados y súcios como muchos coches de La Guaira] tirados por un caballo ó por una mula y un caballo, son los vehículos que sirven al público para ir á la pequeña y cercana ciudad de Fort de France, mediante dos francos por persona. Mi compañero y yo fuimos á pié, por hacer algún ejercicio. La distancia será de unas cinco cuadras largas. Cuando la hubimos apreciado, ningún cochero se atrevió á pedirnos [en otros viajes que dimos durante el día] más de un franco por dos personas. Esto comprueba que el cochero es un tipo

universal, que en política sería invariablemente *oportunista.*

Como arriba les digo, Fort de France es pequeña. Sus calles son rectas y cortadas en manzanas de unos 150 metros. Las aceras son angostas, de ladrillo únas y de cimento otras. El arroyo es tierra dura, empedrado en uno que otro sitio. A entrambos lados del mismo, junto á las aceras, corren estrechas cloacas abiertas que recojen las aguas de las casas para llevarlas al mar.

De un solo piso y de madera son casi todas las casas, por lo regular pequeñas. El Mercado es un cuadrángulo embarandado de hierro, edificio ni muy súcio ni muy limpio. Hombres venden la carne y mujeres las hortalizas, legumbres y demás elementos culinarios. El ruido que mete este comercio tiene algo de infernal, si es que en el infierno hay gritería; el *patois* no es muy eufónico que digamos, y esta gente cruda está acostumbrada á hablar contra el viento. La iglesia es grande y bonita, llena de bancos-reclinatorios de madera, toscos y feos. Un grande órgano ocupa *el coro* de la nave central, y aunque no lo oí tocar, bueno me pareció, por su aspecto.

El paseo principal es una gran plaza que ocupará dos manzanas, llena de yerba alta como la de un potrero, plaza que supongo se llamará de La Emperatriz, pero que los naturales llaman *La Sabana.* En el centro se alza una estátua en mármol de la única americana que ha sido emperatriz en Europa, la interesante Josefina, primera esposa de Napoleón I, y á quien la razón de Estado proscribió del trono de Francia. Probablemente ha sido la persona más notable que ha producido Martinica; pero, ó sus compatriotas no lo estiman así, ó, como el Gobierno de la Metrópoli es republicano, no hay partida en el presupuesto, en pro

del mencionado monumento, que está súcio y mohoso como el pilar de una ruina por todos olvidada.

La Capilla del Calvario, situada en la cumbre de una colina vestida con una vejetación lujuriosa, es del más bello efecto. Desde las calles de la ciudad se contempla en élla la escena final de la vida de Jesús, cuyos abiertos brazos parecen querer abarcar la población.

Hay un lavadero-baño público, muy concurrido á todas horas del día, al cual abastece del agua necesaria una cascada de unos diez metros de altura, y el que me ha parecido ser de mucha utilidad para las mujeres pobres.

Ninguna ótra cosa digna de mención ví, por más que la busqué antes de irnos á almorzar (la mayor parte de los pasajeros) al *Hôtel de l'Avenir* del señor Ivanés. Allí se nos sirvió un almuerzo regular, á cinco francos el cubierto. Después de la detestable comida de á bordo es que se puede apreciar lo que vale el comer en tierra! De sobremesa, quien quiso escribió á su familia, por fuerza atendió á la turba de vendedoras de abanicos y de piñones que invadió el salón y por placer salió á hacer la digestión.

*

El elemento negro es el predominante en la isla y á las mujeres de esa raza están encomendados todos los quehaceres, desde las compras en el mercado hasta las dependencias en las tiendas. Usan estas laboriosas colonas largos trajes de abigarrados colores, lo más chillones, y en la cabeza, el tradicional pañuelo de madrás, con la majestad de unas reinas; sólo que el talle del vestido va á dos dedos del seno y que se recogen las faldas hasta la rodilla, sujetándolas deba-

jo del brazo, con una desenvoltura tan franca que el pudor no puede ménos que hacer un par de muecas, tapándose un ojo con la mano derecha.

Las señoras y señoritas andan siempre vestidas de negro, decimos siempre, aunque no las vimos sino un dia, porque, como no podíamos pensar que estuvieran de luto, de los informes que tomámos resultó que el traje negro es el de la *grande tenue* de las clases superiores de la sociedad martiniquesa. Los hombres no sueltan el paraguas, que viene á ser una prenda de distinción, y á juzgar por los faldones de las levitas, los sastres no sisan el paño, lo que no deja de ser recomendable para el gremio que cumple religiosamente con una de las obras de misericordia.

Esta gente es muy hospitalaria y de costumbres sencillas. Mucha es la pobreza aquí, en donde ni ciencias, ni artes, ni industrias hay. La agricultura, aunque naturalmente fácil, no medra. Para que juzguen ustedes de la baratura de los jornales, baste decirles que las pobres negras que *hacen el carbón* para los vapores que llegan al puerto, tienen que dar cinco viajes de á media cuadra, con un canasto de ese combustible en la cabeza, *para ganar un centavo!*

Muy ricas son las frutas de Martinica, sobre todo el mango, pero no pueden rivalizar con las nuestras cuando son buenas, excepto las piñas, que son exquisitas, las mejores del mundo.

El día 11 á las 4 de la tarde salímos de Fort de France, bajo los contínuos chubascos que desde nuestro arribo menudeaban, divirtiéndonos en grande con unos siete muchachos que, infatigables nadadores, rodearon contínuamente el vapor, pidiendo que les arrojásemos centavos para bucearlos, lo que hacían con suma habilidad, metiéndoselos en la boca apenas los topaban en el súcio fondo de la bahía; con los graciosos percances de varios pasajeros retardados

que llegaban corriendo á la orilla, con las caras de náufragos que ven virar al horizonte la nave apetecida, ó que se tiraban al agua, (martiniqueses estos) *de riguroso uniforme*, como si en tierra les persiguieran de muerte, en demanda del buque; con las piruetas de un marinero enfrascado en la idea práctica de que el aguardiente es vida, pero vida que no sirve para subir un cable cuando un teórico semejante cae, como cayó él, de la banda del vapor al agua; en fin, con el espectáculo que ofrecían en la playa los muchos honrados vecinos que habían venido á despedir á sus parientes ó á sus amigos, ora aguantando la lluvia á plena ropa, ora guarecidos debajo de sus paraguas; y la porción de vendedoras de piñas, tabacos, vetiver, sombreros de palma, jaleas en tarros de tierra vidriada, peces y mariscos disecados, etc., etc., (que, en donde el vapor atraca acostumbran instalar sus puéstos,) recogiendo á toda prisa sus azafates, canastos y bateas.

SAINT PIERRE

—

Dos horas después estábamos en Saint Pierre, población mucho mayor que Fort de France y que, desde á bordo, nos pareció muy bonita; con su iglesia de dos torres, algunos edificios y la abundancia de hermosos árboles que distinguíamos en sus patios y jardines.

Varios bergantines había fondeados en el puerto y unas cuantas embarcaciones menores, costaneras.

Estábamos á la capa para dejar pasajeros y tomar ótros y correspondencia. La lluvia no cesaba. Pocos momentos después de nuestra llegada avanzaron de la playa veinte ó treinta botes cargados de una multitud de personas de escalera abajo, que invadieron el vapor como si lo asaltaran, hablando y gesticulando todas á la vez y haciéndoles coro sus paisanos de Fort de France que había á bordo. Gente más estremosa para saludar no puede haberla sobre la tierra. Qué gritos, que algarabía! El *France* parecía un barco negrero haciendo ébano vivo en las costas de Africa!

Los chubascos se sucedían casi sin interrupción, por lo que nos fué preciso bajarnos de cubierta, no solamente empapada por la lluvia, sino repleta con los pobres pasajeros de los dos puertos nombrados, y á quienes nada defendía de la inclemencia del tiempo. Se necesitaba un estoicismo *impermeable* para aguantar aquel diluvio y soportar la fuerte brisa que reinaba. ¿Será bien hecho recibir pasajeros que no pueden disfrutar de alojamiento? Algunos que alegaron tener pasaje de primera, fueron acomodados á proa en unas camillas que parecen parihuelas: no había camarotes para éllos y se resignaron como buenos filósofos.

*

BASSE TERRE

De madrugada, lloviendo á cántaros, llegámos á Basse-Terre. De baja no tiene pizca. Como que le dieron el nombre por ironía. Apenas aclaró el dia, descubrímos una preciosa ribera cuajada de frondosísimo bosque. Breve fué nuestra permanencia, pero bastante para embarcar *más pasajeros.* Ya no había en donde poner tanta gente. La cubierta era como una inmensa lata de sardinas, destapada, y el agua del cielo hacía el papel del aceite llenando los intersticios. ¡Qué injusta nos pareció la conducta de la Compañía para con estos pobres diablos! Y no se quejaban, no bullían. Allá, en el abrigado camarote reflexionábamos, nos enfurecíamos pensando en la noche que estaban pasando aquellos infelices. Por más que hicimos nos fué imposible dormir. Cómo! ¿Sabe bien el manjar, gusta el vino del banquete, oyendo á la puerta el estertor de un moribundo? ¿Hay derecho de entregarse al placer junto al dolor? Se reirán de mí, algunos; ustedes nó. También durmieron muchos despreocupados esa noche en el *France....!*

POINT A PITRE

—

A cosa de las 9 del día llegámos á dicha ciudad. La entrada del puerto es un canal estrecho, formado por bajos de grande extensión, y que por su tamaño y apariencia y por la tranquilidad de las dormidas aguas, me recordaron los islotes de la laguna de Valencia. Aquí había dos vapores, algunos bergantines y goletas y unas cuantas embarcaciones menores. Bajo la lluvia fuéronse á tierra los pobres negros, quedando á bordo media docena, en capacidad de irse á ver la Exposición.

Embarcámos un poco de café y otro de correspondencia, frutas y víveres frescos, y á las 2 de la tarde salímos á alta mar.

De la ciudad nada les digo porque la lluvia nos impedía verla, y bajar para éllo no debía ser muy agradable.

*

ALTA MAR

—

Para el que nunca ha atravesado el *Gran Charco*, verse, de repente, alejado de toda playa es cosa que pone cierto pánico en el corazón. Mientras navegábamos cerca de la costa venezolana, aunque era á respetable distancia, nos parecía que cualquier inconveniente en la navegación sería de fácil remedio; que hasta el naufragio tenía allí menos peligros. Esto no pasa de ser un voluntario engaño de la imaginación, como puede muy bien comprenderse, pues para el que se va á pique, el peligro es igual en medio del Océano que á cien brazas de la orilla.

Los recuerdos de la patria amada se apoderan del ánimo en este instante solemne y es muy difícil contener entonces las lágrimas, que se agolpan á los ojos como un supremo, elocuentísimo adiós á todos los afectos que dejamos en el dulce hogar, en la ciudad natal.

Madre, hermanos, esposa, hijos, amigos, conocidos, todos acuden en tropel á la memoria y á todos vemos como séres de quienes nos desprendemos para siempre.

Hay que hacer un grande esfuerzo para sobreponerse á esta dolorosa sensación.

Observé que mis compañeros de viaje no compartían mis impresiones y pensé si no tenían en la patria á quien amar; si no habría quien por éllos orase; ó si no tenían corazón!



II

DE POINT A PITRE A SAN NAZAIRE

—

Nos habían dicho que en junio el Océano está tranquilo como un lago de aceite, y éllo es verdad, sólo que, como toda regla tiene excepción, apenas zarpámos de Point á Pitre comenzó á bailar el vapor entre alborotadas olas como si fuese una simple arista de liviana paja. Levantóse un fuerte brisote y la espuma de las ondas, metiéndose por proa, bañó la cubierta del lado de babor. Como no conocíamos el peso de las chanzas del líquido elemento, ésta no nos pareció muy aceptable, por decir lo ménos; pero á los terrestres nos sucede, por fuerza, que en tierra nada encontramos más seguro que esa santa madre, y á bordo el mar viene á ser un padre cariñoso, á quien toleramos gustosos que nos dé un tirón de orejas, y aun mayor castigo, probablemente porque no podemos huir de sus desagradables reprensiones.

Los pasajeros que hasta entonces habían permanecido inmunes al mareo, empezaron á caer como los soldados heridos caen en el campo de batalla: únos aquí, otros acullá, sentados éstos, echados aquellos, tumbados estotros, tendidos los de más allá....

Las mujeres fueron perdiendo la color, como rosas marchitas, y doblándose sobre el talle; los hombres, los más fuertes, los más pedantes, los mismos que decían que la vida de á bordo es deliciosa, fueron los primeros en rendirse. Si alguno les recordaba sus fanfarronadas contestaban, no queriendo dar el brazo á torcer: — "No estoy precisamente mareado, pero me siento mal." — Y era de creerse: estaban verde-pálidos y bizcos, sin ánimo para levantarse, ni aun siquiera para cambiar de posición.

Empezó un desconcierto de náuseas, y las *carreritas* á la borda se sucedían como si el cólera hubiera entrado al *France*. Grave silencio siguió al alegre ruido que había habido en el puerto: parecía que se velaba á algún cadáver, triste presagio que á poco se cumplió.

Unos cuantos pasajeros, *veteranos* ya por venir de lugares mas distantes que los otros y haber pagado su tributo á Neptuno, se paseaban sobre cubierta como si fueran los médicos de los enfermos del improvisado hospital.

Anocheció, y la situación se hizo más fúnebre. Ya los mareados parecían muertos y los buenos, sepultureros.

Así pasámos dos días. El 13 se calmó la mar y fueron *alentándose* los enfermos y alegrándose la triste vida de á bordo. Volvió á reirse, á charlarse, y empezaron á inventarse medios de pasatiempo; por decirlo así, resucitó la gente.

Cuando bajámos á almorzar pudimos apreciar los efectos de la reacción, viendo al pasaje devorar los platos como si hubiera pasado un año de hambre. Sobre todo, cierto amigo y vecino mío, engullía como un tiburón y bebía como una ballena; para curarse – decía – de cierto mal anémico que le aquejaba. No le iba en zaga una señora barbada que hacía su viaje de

luna de miel. Esta dama usa – se conoce que contra su voluntad – como dos centímetros de barba cerrada y un bigote muy regular. Duro se nos hizo creer que perteneciera al bello sexo, pero eran tales los públicos agasajos de su cónyuge y tanto nos repitió la opinión que la señora era positivamente hembra, que al fin pasámos por ello. Su dote había sido de un medio millón de pesos de á diez. Bien colocados proporcionan renta para mantener en casa un barbero, (ó para darle á un marido gota serena.) – Entre una mujer con barbas, por millonaria que fuera, y la horca, sería yo ánima del purgatorio á los cinco minutos!

Mucho sufrímos, estando á la mesa, con las vulgaridades de algunos *criollos*, quienes con mengua de las más triviales reglas de cultura, ejecutaban ciertas maniobras de todo punto insoportables. Esto no sería de extrañar en personas que no tienen nociones de urbanidad y buenas maneras, pero ¿cómo ha de pasar desapercibido en las que por su posición social debieran conocerlas siquiera por referencia? ¿De qué vale ser literato, rico comerciante, ingeniero, médico, etc., etc., si no se sabe úno comportar conforme á las reglas de la sociedad que se frecuenta por necesidad o por azar, si se la ofende infringiendo aquellos principios que hacen amena la compañía de los hombres civilizados? Y porque los infractores eran de lo que llaman la crema, más chocante nos pareció su conducta. Un hombre que se dice decente, atracándose como un patán, ¿no es una bestia en dos piés, por más que su talento, su dinero y su honorabilidad le hagan distinguir entre sus semejantes?

La mesa es una piedra de toque para conocer la educación de una persona; pero la francesa con especialidad por la finura de los galos en cuanto se refiere á sus modales, hijos de ese dón de gentes que poséen. ¡Qué amargos ratos devorámos, viendo la compasiva

sonrisa del *garçon* que nos servía á la mesa, al contemplar aquellas intolerables canalladas. Y que ese *garçon*, ese humilde sirviente, hijo de la Bretaña y tenido por bruto entre sus compatriotas sepa mejor que nuestros *mozos de levita* el comportamiento más cónsono con las costumbres de la civilización!

*

Desde la noche del 14 las tuvimos plácidas, frescas, iluminadas por espléndida luna, y los filarmónicos empezaron á lucir sus conocimientos. Dieron el ejemplo un aficionado italiano que pretendía ser tenor y una bella martiniqueña, que le acompañó al piano varios trozos de *La Favorita* y de *Rigoletto.*

El 15 fué bajado el piano al comedor y ya tuvimos, después de comer, conciertos, recitados, prestidigitación, etc., hasta hora bien avanzada.

Muy elegante lucía el hermoso salón del *France.* Mas de doscientos pasajeros nos acomodábamos allí, en tren de teatro. Las damas, aunque no disponían de flores para su tocado, se arreglaban con todo el esmero que requiere la indiscreta luz eléctrica, y tales eran la animación y el contento, que úno creía estar en un palacio durante una fiesta real de familia que se ama. La belleza de nuestras compatriotas sobresalía, en comparación hecha con imparcialidad. Había á bordo dos martiniqueñas muy guapas y una señora colombiana hermosísima, pero las caraqueñas daban el opio.

Una italiana, la señora Margherita Trenti, brillante soprano, llevábase la palma entre las damas; y entre los hombres un barítono polaco que era además pianista, mejor dicho, *él constituía la orquesta*, con una abnegación sublime.

Un teniente de navío propuso una de esas noches, al polaco que tocara un valse, é invitó á la concurrencia á honrarlo. En un momento veinte parejas se entregaron al baile.

Qué de aplausos! Cuánta alegría!

Los dulces, los refrescos, los sorbetes no escaseaban, debidos á la galantería del *maitre d'hôtel*, y de vez en cuando resonaban aquí y allá los sonoros taponazos del *Champagne.*

Qué diferencia de los días de mareo! Aquel bullicio amenazado siempre por el silencio de la Muerte, detenida por la resistencia de una tabla generosa! Pero, ¿quién iba á pensar en eso?

El Placer presidía el acto, y además él respondía de todo.

Jamás vi fiestas tan simpáticas como las celebradas en el *France.*

En la tarde del 16, la gentil señora de nuestro Tovar y Tovar, – condolida de la desgraciada situación de una pasajera de Cayena que trasbordámos del *Venezuela* en Fort de France, después de haber pasado por el dolor de perder en la travesía de Guayana á Martinica á su marido, cuyo cadáver fué tirado al agua – hizo una colecta entre la colonia venezolana, la cual produjo 411 francos. Imitó su noble ejemplo una señora francesa y su bolso, corrido entre sus compatriotas, produjo unos 300 francos más.

La sorpresa, el agradecimiento de la pobre viuda, madre de cinco niños pequeñitos y desvalidos, fueron inmensos. Oirla dar las gracias en medio de sus lágrimas era un espectáculo harto conmovedor.

Bendita sea la Caridad!

*

Y á todas estas, el vapor no había alcanzado la mitad del trayecto, pues que el domingo 16 á medio día, estábamos á 27/54° de Lat. N. y 50/03° de Long. O. En las últimas 24 horas habíamos navegado 285 millas. Nos faltaban 2,401. ¡Qué lejos es *el otro mundo!*

A la animación de los últimos dias siguió el fastidio, ese fastidio de á bordo que no se distrae á dos tirones. Unos pedían tempestad, otros naufragio, éste incendio, aquél colisión,—siempre con tal de que nos salváramos todos. Lo que propiamente se invocaba era emociones fuertes.

Ya la gente se cansaba de hablar tonterías. El recurso de preguntar por la familia, de tomar informes de la situación y de la política, se había agotado. Los lectores se aburrían y tiraban el libro. Unicamente los jugadores de *baccarat* pasaban el tiempo ganando y perdiendo.

Ni el más leve accidente venía á turbar la monotonía del Océano, terso como un lago, sin que rizara su lisa superficie el menor golpe de viento. El 14 y el 16 habíamos visto á lo lejos dos bergantines, pero ahora la soledad era completa.

En la tarde del 18 recorrieron la nave varias comisiones de señoras y señoritas, recogiendo una limosna para la *Tómbola*, lotería que se tira á bordo á favor de los náufragos. Dos francos cuesta la acción, pero como los caballeros no desairaban á las distintas mendicantes, ni las damas daban vuelta de las monedas mayores de la suma, úno se suscribía, por consiguiente, á varios números, costándole á muchos, más de un luis la enunciada limosna.

*

El 19 antes de almuerzo, circuló, produciendo grande entusiasmo, el siguiente

MENU-PROGRAMA

DEL 19 AL 24 DE AGOSTO DE 1889

—

VAPOR "FRANCE"

—

(Traducción.)

—

Los señores pasajeros tienen el honor de informar á los señores pasajeros lo que sigue:

Miércoles (el 19.)—A la 1 de la tarde: Tómbola.

Por la noche después del Té, Concierto y Baile. (Véase el Programa.)

Jueves.—Las Azores, á vista de pájaro.

Viernes.—Descanso general.

Sábado.—Comida del capitán. Baile.

Domingo.—Cada uno hace su lío.

Lunes (24.)—Se llega. Cada cual elije el camino que le parezca mejor.

—

Concierto dado por los pasajeros del *France*, á beneficio de la Sociedad Central de Socorros á los Náufragos, el miércoles 19 de junio de 1889.

—

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

1º—*L' Italienne á Alger.* —Obertura - para violón - por el señor Lowenfeld.—*Rossini.*

2º—*Gran Fantasía de Concierto sobre motivos de Lucía Lammermor*, ejecutada al piano por Mme. Martinon.—*Prudentz.*

3º—*Gran Aire de Guido en Ginebra*, cantado por el señor Rembiclinski.—*Halévy.*

4º—*Souviens-toi.* Valse para piano, por la señorita Olavarría....***

5º—*Cavatina de El Barbero de Sevilla*, cantada por Mme. Trenti.—*Rossini.*

6º—*Grande polonaise de Concert*, para piano, por el señor Rembiclinski.—*Chopin.*

7º—*La leyenda de la rana y el sapo.* Cancioncita cómica, por el señor Aviart....***

INTERMEDIO

Sesión de prestidigitación, por Mr. Philippe, discípulo de Cagliostro, padre.

SEGUNDA PARTE

1º—*Estudiantina.* Valse para piano á 4 manos, por Mme. Martinon y Mlle. Pauvert....***

3º—*Dúo de La Traviata*, cantado por Mme. Trenti y Mr. Rembiclinski.— *Verdi.*

3º—*Arlequins et Colombine.* Piano, por Mlle. Pauvert.... ***

4º—*Grand Air d' Herodiade*, cantado por Mme. Martinon.—*Massenck.*

5º—*Dolores.* Valse para piano á 4 manos, por las señoritas Henriqueta y Julia Olavarría.

6º—*Perlinpinpin.* Cancioncita, por Mr. Aniart....***

7º—*Danza Salvaje*, por *Sulcika*, india mansa de la Goajira. (Una indiecita de la señora de Tovar.)

8º—Sorpresa cómica.

—Creo inoficioso decirles que la fiesta quedó magnífica.

No parecía sino que los pasajeros éramos antiguos conocidos: tal fué la expansión y la gentil confianza que reinó toda la noche.

*

El 20 llegámos á la altura de las Azores. Como las Musas, son nueve: Santa María, San Miguel, Terceira, Graciosa, San Jorge, Picot, Faïal, Flores y Corvo.

Estas islas fueron descubiertas hace 457 años por el navegante portugués Gonzalo Velho Cabral, y hoy tienen como doscientos mil habitantes. En éllas se cultivan vinos y cereales en abundancia.

Pasámos muy cerca de la que está más al poniente y pudimos verla cubierta de verdura y orlada con un cinto de espumas, como seductora náyade jugueteando sobre el dormido Océano.

Por no pasarle raya á lo escrito, quede esta noticia sobre las Azores, porque en lo adelante, no voy á echarla de geógrafo ni de historiador, como suelen los que viajan.

Lo más notable de estas islas consiste en que Inglaterra no se las haya arrebatado á Portugal.....

*

Cayó enfermo, el dia 21, un señor Coronel, que venía de Guayaquil y á los dos dias murió. Su cadáver fué lanzado al agua la noche del 23. Era rico este sujeto, pero su dinero no le sirvió para que sus huesos descansaran en los nueve palmos de la madre tierra que un hombre necesita para el eterno sueño. Próxima ya la Francia, alegres otra vez los pasajeros, dióme dolor la indiferencia de todos por la desaparición del que venía siendo nuestro amable compañero. El *requiest cast* se redujo á exclamar: "Murió *uno*: le lanzarán al agua."

Dicen que unas hermanas de la Caridad, que iban á bordo, oraron cerca del cadáver: no me atrevo á asegurarlo porque ví el camarote cerrado desde que se inventarió el equipaje.

Según referencias, Coronel había hecho levantar su tumba en el Cementerio de Guayaquil, con un gasto de veinte mil pesos! Irónico destino!

SAINT NAZAIRE

A las 9 de la mañana del dia 24 apareció sobre el horizonte el faro de Belle-Ile, que como avanzado centinela, cierra la entrada del Loire y á cosa de las 3 p. m. entrámos en el puerto artificial de Saint Nazaire, obra de mucho mérito, donde las muchas naves que lo frecuentan hallan absoluto abrigo.

Involuntariamente pensé en el Tajamar de La Guaira, comparé el trabajo, los medios usados aquí, los *reales* gastados allá.... y deduje consecuencias que por sernos desfavorables, silencio.

Atracó el vapor al muelle de la Compañía, vasto edificio muy apropiado á su objeto, y saltámos llenos de alegría y de satisfacción á tierra, á la simpática y poderosa nación, terror un dia de Europa y hoy su asombro por sus riquezas, sus talentos y su industria.

Llenas las formalidades de Aduana (los aduaneros *trabajan* en el muelle mismo) con mucha delicadeza de parte de los empleados, que se limitaron á preguntarnos si teníamos algo que declarar y á abrir uno que otro bulto, más bien por fórmula, que por mortificarnos como sucede en otras partes, atravesámos la sala de espera de la estación del ferrocarril y tomámos un coche que nos condujo al *Grand Hôtel* de la ciudad.

Saint Nazaire es una ciudad nueva, de unos 25 años, pues hace ese tiempo fué simple costa de pescadores, transformada hoy por el arte en un puerto abrigado bastante concurrido. Las calles son rectas, cortadas en vastas manzanas de casas hermosas y bonitas, de tres, cuatro, cinco y seis pisos, casi todas de piedra. No se usa aquí blanquear ni pintar las

fachadas, sino que la fábrica luce tal cual es, sin la engañifa de nuestros paredones de tierra, aljorozados, encalados y embadurnados de cal; bien es cierto que vale la pena de lucir estas paredes hechas de piedras cortadas á sierra y tan simétricas como si salieran de un molde.

Hay todavía en Saint Nazaire muchas calles sin aceras, pero donde las hay son de cimento, y anchas como las de los bulevares de nuestro Capitolio.

Actualmente se erige una hermosa iglesia en el centro de la ciudad: los trabajos están bastante adelantados. Hay lujosas tiendas, hermosos cafés y un tráfico activo. El mercado está bien abastecido: las carnes de vaca y de carnero, la leche, el vino, las legumbres y hortalizas son excelentes.

Las mujeres representan aquí un papel importante. Desde la lechera que recorre la ciudad en su carro tirado por uno de estos hermosos caballos normandos, dos veces mayores que los nuestros, hasta la encopetada *demoiselle* que registra en las tiendas y cantinas el movimiento de la casa, siendo á la vez cajera, todas se manejan con inteligencia, gracia y soltura. Da gusto ver la propiedad con que trabajan.

Hicieran otro tanto nuestras paisanas, condenadas al mecánico trabajo de las máquinas de coser por una miserable retribución, trabajo en que se embotan las facultades mentales y se destruyen el cuerpo y la salud; ó indolentemente entregadas á "los oficios propios de su sexo," contando con el sueldo ó la renta de los padres, hermanos y maridos, y viéramos nuestra sociedad purgada de muchas malas mañas y á muchas niñas cloróticas, frívolas y superficiales cambiarse en mujeres robustas, económicas, activas y beneficiosas.

No deshonra el trabajo, ni debe *dar vergüenza* ejercerlo en público. ¿Por qué? ¿No es él acaso el amparo de la virtud y la egida del honor?

*

Como el tabaco y los fósforos son aquí propiedad del Gobierno, confiscónos la Aduana unas cuarenta cajetillas de cigarrillos que para nuestro uso traíamos, ya que no quisimos pagar los 36 francos á que alcanzaban los derechos. La gran República francesa no se deja hacer la competencia ni por un kilogramo de cigarrillos que no va á vender el pasajero: lo condena á fumar su detestable caporal, y á qué precio!

Hospedámosnos como he dicho, en el confortable *Grand Hôtel*, á doce francos diarios, *tout compris*, y en verdad que no nos pesó, pues fuimos bien alojados y bien servidos, disfrutando de una comida sana, buena y abundante.

Ricas, repito, son aquí las carnes de vaca y de carnero: con un pedazo de éllas y un vaso de este vino ordinario, con este pan excelente, vive cualquier hijo de cristiano las 24 horas del dia, pues bastan para *darle cuerda* por ese tiempo.

Salía tren para París á las 6 p. m., pero estábamos tan cansados de viajar, que como la codorniz al volver de Africa, posábamos la planta en tierra con la delicia del náufrago. Preferimos dormir en San Nazario. Estábamos á 24 de junio, precisamente el dia más largo del año en esta latitud, así, vimos el inusitado espectáculo de ponerse el sol á las 9 de la tarde, contemplando al mismo tiempo la notable baja de la marea que deja en seco ancha faja de playa.

III

DE SAINT NAZAIRE A PARIS

Al amanecer del 25, á las 6,40, salimos por el trên expreso para la capital. Una inmensa llanura se extendió á nuestros ojos, llanura cultivada toda con grande esmero, *toda* literalmente, pues no hay un palmo de terreno egido. Inmensos sembrados de trigo, de heno, de viñas, etc., etc., ornaban entrambos lados de la vía, á cada paso esmaltadas por casas rústicas, chozas de guardas, etc., etc. De vez en cuando se cruzaban con el nuestro otros trenes que pasaban á nuestro lado, como unos *condenados*, según la expresión de un ex-Presidente de nuestra República que iba en nuestro mismo coche. Los de este ferrocarril (vía ancha) no son como los nuestros, sino divididos en dos compartimientos, cada uno de los cuales tiene ocho asientos, cuatro de cada lado, como en los coches comunes, y en el mismo sentido; van forrados de tela y tienen la misma forma que los sofás de copete alto. De malo tienen que en muchos de éllos no hay excusados, ni lava-manos, ni agua potable, ni comunicación con los otros. Se mete usted en uno y allí aguanta.... hasta el resuello, pues aunque el tren se detiene en muchas estaciones, es solo por uno, dos, tres y cuando más cinco minutos. El único alivio del viajero es asomarse por los vidrios á ver la campiña, pe-

ro á fuerza de ser tan igual se hace al fin cansado el contemplarla.

Cruzámos á Nantes á cosa de las 9. Importante ciudad es (una de las cinco principales de Francia) y de muy bella apariencia. En la estación vinieron alegres vendedoras á ofrecernos *gateaux ;* [dulces, bizcochos, panetelas, hojaldres, etc.] y frutas, especialmente cerezas, rojas como sangre, y frescas como éllas solas, y fresas enormes, como mamones, y no por eso ménos sabrosas ni perfumadas que las que aun nos regala el cerro de Galipán.

Un poco después de la 1 p. m. llegámos á Le Mans, ciudad en cuya estación se conceden por el conductor 20 minutos para almorzar. [Cada estación de éstas tiene un urinario, un lavabó, un botiquín y un restaurant, buenos, aseados, lujosos y bien servidos, de un lado, y del otro, oficinas de telégrafo, despachos de carga, de equipajes, salas de espera para los pasajeros, ventas de billetes, de libros, de periódicos, etc.]

En esta línea corren ochenta trenes diarios, según informes.

Diez y seis coches llevaba nuestro tren y como iba lleno, más de doscientos pasajeros éramos. La mayor parte almorzó en el restaurant. Unos pocos [entre los que nos contábamos,] para no comer al minuto, por saludable consejo de un compatriota que topámos en Saint Nazaire, nos proveímos de *paniers* y lo hicimos á bordo á todo nuestro talante. Estas *paniers* son unas cestas aplanadas, en el interior de cuyas tapas van cuchillo y tenedor y en el fondo un trozo de jamón, un ala de gallina, tres ruedas de salchichón, un pedazo de pán, un vaso, y una botella de vino, amén de los inseparables postres, compuestos de *gateaux.* Consumido que fué este tente-en-pié, dejámos debajo del sofá nuestras *paniers :* ya los devolve-

rá á su orígen el conductor cuando regrese. Tres francos cuesta este bastimento y á fé que almorzámos bien. El calor, que era no poco, el fastidio de irnos diciendo vaciedades y sobre todo los muelles asientos del coche que nos invitaban á entregarnos á los horrores de la digestión, rindieron á Morfeo nuestro cuerpo [como se dormirán ustedes de leer estos detalles insignificantes y sosos.]

*

Eran las cuatro cuando alcanzámos á ver á París en lontananza.



IV

PARIS

—

Si alguna cosa hay difícil es describir á París. Renunciamos, pues, á ello remitiéndonos á los que hayan podido hacerlo.

Desde algunas leguas de distancia se presiente la hermosa capital, porque son bellísimos los pueblecitos de los alrededores. Viniendo de Saint Nazaire pasamos por ó muy cerca de Saint Cloud, de Sevres y de Versalles, cuyos jardines y alrededores sobrepujan á cuanto la imaginación pueda concebir en punto á hermosura en este género.

Al que llega por primera vez á París lo que le llama la atención antes que nada es la multitud de coches que literalmente llenan las calles: hay muchos más de *treinta mil!*

Luego la altura y majestad de los edificios y el gentío que continuamente invade las calles, si uno no estuviera prevenido, lo atortolaria, dejándole como un poste.

Fuímosnos á instalar en el *Hotel de Famille, 86, rue Lafayette*, que dirige la inteligente y simpática señora viuda de Scholle, á razón de 12 francos diarios por persona, vino y servicio comprendidos, ménos la vela por la cual le cobran al *marchante* 2 francos!

Nos decían á bordo que París estaba tan lleno que no hallaríamos alojamientos sino á precios fabulosos, si hallábamos. Nada de eso: sobraban. A cada cien pasos encontrábamos un cartel en una fachada, anunciando, ya un cuarto, ya una sala, ya una casa en alquiler, amueblados ó no, y á precios harto razonables.

Como llegámos á las 7 de la tarde, nuestra primera salida fué nocturna, en coche (dos francos la hora) y nos dirigimos por los boulevares á los Campos Elíseos, profusamente iluminados por gas y luz eléctrica. Qué gentío, qué de coches, qué de luces! Absorta quedó nuestra mente al contemplar por primera vez aquel grandioso espectáculo, que sobrepasa á los sueños de las Mil y una noches.

El tiempo, que creíamos hallar seco y caluroso' estaba húmedo y frío [14º] aunque era pleno verano. [A medio día hay 24º] El cielo de París es muy nublado, no se ve el sol sino rara vez y por momentos, cuando más largos después de las 4 de la tarde. Un día de sol es un acontecimiento: entonces la gente se expone á los rayos despuntados del astro-rey, como lo hacemos nosotros á los plateados reflejos de la luna de enero.

Paseamos después á pié los boulevares de los Italianos, de Montmartre, y de Capuchinas, el pasaje de Jouffroy y entrámos á varios de los espléndidos cafés, atestados de caballeros y de *cocottes.*

Un café y un hotel en París son oro acuñado. No tenemos idea, los que no hemos salido de Venezuela, de la riqueza con que están aquí montados esos establecimientos; hacemos hincapié en ésto sólo como simple nota, pues no es del caso entrar á describir aquel cúmulo de mesitas de mármol, de *garçons* en traje de etiqueta, de arañas de gas, dorados, molduras, etc.

maelstrom para la incauta juventud extranjera que pasa por París.

Esa misma noche fuimos al "Jardín de París," café cantante de nombradía, en los Campos Elíseos, vasta y expléndida avenida del Bosque de Boloña, de todos conocida hasta por refencia. Cinco francos vale la entrada, pero uno es incapaz de saber cuánto cuesta la función, porque apenas se sienta á una de las mesillas del jardín, viene el almibarado mozo con su *que comandez vous, monsieur?* y ésto lo ménos es *un bock* [un vaso de cerveza, de 30 á 60 céntimos, según la *categorie* del establecimiento ;] viene la florista con sus rosas y claveles, un franco ; y luego unidad ó par de *damiselas* con sus irreprochables trajes, sus sombreros y sus miradas de teatro, dando con el *bon soir* amistosos golpecitos de abanico, y pidiendo, ¡pues! que se les brinde desde la *menthe-á l'eau* hasta la champaña, según *el tipo* es más ó ménos blando de bolsillo.

Al són de una orquesta situada en un kiosko central del jardín, bailan galanes y *horizontales*, conózcanse ó no, valses tarabiteados ; allá, de un lado, hay un escenario, orquesta, parterre, un teatro en fin, y cada cinco minutos canta un actor, baila un cuerpo de bailarines, se representa una pantomima, se recita un monólogo, etc. ; de otro lado una funámbula pasea sobre un alambre flojo, jugando con una docena de palomas blancas que se le posan en los hombros, la cabeza, etc. ; por acá, hay tiendas, quincallerías, restoranes ; por allá tiro al blanco, servido por mujeres; (dos centavos el balazo ;) en fin veinte distracciones á la vez, ó sucesivamente, todo bajo luces eléctricas del mejor efecto.

Como oscurece á las 9, á media noche parece que son las 8. Nos retiramos á la 1. Las calles principales estaban como á las 12 del día : llenas de pasean-

tes y de coches. Cuando digo coches se entiende que están ocupados, pues rara vez se ve uno vacío: apenas los deja una persona, otra los toma.

Como nuestro cuarto daba á la calle, el ruido de la misma no nos dejó dormir hasta las 4, hora en que empieza á anochecer aquí: amanece á los pocos minutos: esta gente parece que no descansa.

*

Por supuesto que el dia siguiente nos fuimos á la Exposición. Centenares de coches afluían en todas direcciones, como dispersas aristas de hierro vuelan al imán que las atrae. Bien diestros tienen que ser y son estos cocheros para no colidir á cada paso, no sólo con sus respectivos vehículos, sino con los millares de carros, ómnibus y tranvías que se cruzan en una sucesión infinita.

Es tal la corriente, mejor diré, las mil corrientes que forman los coches, que si uno se rompe ú obstruye la vía por fuerza mayor, en menos de cinco minutos hay detenidos doscientos de cada lado del obstáculo.

De paso vimos la Columna Vendôme, la plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, el Arco de Triunfo, el Sena, la Cámara de Diputados, y, por fin entrámos en la Explanada de los Inválidos, una de las tres Secciones de la Exposición, después de haber comprado billetes de entrada á los revendores, á mitad de precio. [50 céntimos.]

La Exposición de 1889 es la más colosal que se haya visto jamás. No se han omitido gastos para que en élla todo sea magnífico y en sumo grado artístico. Contemplándola, uno se queda estupefacto, quiéralo ó no.

En la Explanada de los Inválidos nos llamaron sobre todo la atención : la ciudad árabe [palacios de Túnez y de Argel] los pabellones de las colonias francesas y los de varias naciones extranjeras. Para que se tenga una idea de lo que se ha gastado por algunas de estas últimas y el lugar que ocupan, véase este cuadro formado con datos recogidos en los periódicos. [Llevan asterisco las naciones en que la iniciativa de la representación es de orígen privado, es decir, particular, no oficial.]

Países.	Metros cuadrados	Subvención del Gobierno ó aporte de los expositores
* Bélgica............	11.000	Fs. 600.000
* España............	4.000	500.000
* Dinamarça		140.000
* Brasil.............		750.000
Rumania..........	620	200.000
* Portugal	2,000	137.000
* Austria-Hungría...	2.591	
* Inglaterra..........	25.000	
* Luxemburgo.......	300	
Noruega...........	1.250	140.000
* Rusia	3.000	
Servia	300	
Suiza	6.000	425.000
* Italia	3.500	
Grecia	560	
San Marino........	230	
Estados Unidos....	8.000	1.125.000
Méjico		2.500.000
Argentina..........	1.600	3.200.000
Boliva y Colombia.	800	
Chile..............	50	
Venezuela.........	600	
Maroc		100.000
China.............	300	
Aapón	2.750	
Siam..............	250	
Rep. Sur Africana.		75.000

Allí, en la Explanada, nos extasiámos ante el palacio del Ministerio de la Guerra con su castillo de la Edad Media, hecho y derecho; el pabellón de Correos y Telégrafos; la Pagoda de Villenour y las interesantes habitaciones canacas, malgachas, senegalesas: en fin, de todas las colonias de Francia, pobladas, auténticas, soberbias; la exposición de agricultura y de vinicultura, en la cual vi un tonel de *doscientos mil litros* de capacidad, hecho con el mismo esmero con que se talla un brillante, y un tronco de árbol de Hungría de seis metros de circunferencia por ocho de altura, que pesa *catorce mil kilógramos;* la sección de Cochinchina, el teatro anamita, etc. Tiempo tuvimos para recorrer las exposiciones de la sociedad de socorros á los heridos militares, de Higiene y de Economía social.

No darle un vistazo à la torre de Eiffel hubiera sido cuando ménos de muy mal gusto. Por 25 céntimos nos llevó el ferrocarril de la Exposición *á la gare de la Tour* (estación de la Torre.) Han de saber ustedes que desde los Inválidos al Campo de Marte corre un ferrocarril de tres y medio kilómetros de marcha. Cada 10 minutos parte un tren. De las dos estaciones salen diariamente *ciento ocho trenes* y siempre están llenos.

La Torre, no se lo cuenten á nadie, la Torre, la 8ª maravilla del mundo.... no me llamó la atención! Ese inmenso cono de hierro, que semeja hecho de encaje burdo, tal parece de ligero, se ha resistido á asombrarnos. Positivamente que es el edificio más alto del mundo, pero no podemos considerarlo un milagro del ingenio humano, como algunos dicen para nómbrarlo. Contra nuestro querer, al verlo se nos ha ocurrido que si un ingeniero puede fabricar una torre de diez metros de altura, también puede fabricarla de diez mil; la cuestión, el problema se reduce

á sumar cantidades; por lo tanto la Torre es una adición de cálculos, un ensanche, un aumento de proporciones. Puede que influya en nuestro ánimo su falta de belleza. Apénas hemos visto unas pocas cosas en la Exposición, pero todas son de tan buen gusto que nuestros ojos se han vuelto exigentes: no quieren sino ver portentos.

Dice la Biblia que los hijos de Sem en la tierra de Sennaar quisieron levantar, con ladrillos y betun, una ciudad y una torre cuya cúspide llegase al cielo. No sé á cuantos codos de altura llegaron los Eiffels de aquellos remotos tiempos, pero es casi seguro que no rivalizaron con este atrevido francés. No pretendo entrar ahora en comparaciones; cito esto para decir que si uno de los semitas que trabajó en la torre bíblica resucitara ahora y le metieran debajo de la que está en el Campo de Marte, creería hallarse en Sennaar, tal es la confusión de lenguas que se oye aquí. Y esto sí que nos parece maravilla. Por regla general, los franceses no hablan sino su lengua imponiéndosela á los demás y así han logrado congregar en su París á todas las razas, á todos los pueblos de la tierra.

Detengámosnos debajo de la Torre y observemos. ¿Quién es este hombre de turbante y de calzón bombacho? Un árabe. ¿Y ese de la trenza? Un chino. ¿Y el de los mostachos rojos? Un holandés. Y aquel? Un inglés. Pero no preguntemos. Los tipos irán pasando y los iremos reconociendo á vista de pájaro. Ved, este es alemán, el otro ruso, hijos de Italia son aquellos, de España estotros. Oid. Esta gente habla muchas lenguas diferentes. ¿Es esto una Babel, sí ó nó?

Ver estos hombres es haberle dado la vuelta al mundo. Apenas tendréis que ir detrás de ellos un rato, para observar sus costumbres tan pronto como

llegen *á sus ciudades ó á sus casas dentro del recinto mismo de la Exposición!*

No cambio este solo espectáculo por diez Torres Eiffel superpuestas.

Pensé subir hoy, pero era la una del dia y mucha la fatiga de ver tanto y ¡qué sé yo! esto de remontarse 300 metros en pocos instantes merece siquiera cinco minutos de reflexión; al fin uno no es águila.

*

Por la tarde fuimos al Bosque de Bolonia. Cuatro horas de paseo en el sitio más pintoresco del mundo por sus árboles, lagos, cafés, jardines, barcos-ómnibus, islas, cascadas, panoramas de París, Jardín Zoológico, etc., etc., en verdad que constituye el más estupendo recreo que puede concebirse!

Después de comer nos dirigímos al Museo Grevin, interesante galería, de figuras de cera, de la Revolución Francesa, en la cual pasámos dos horas, por el módico precio de 2 francos. Mucho nos divertímos quedándonos inmóviles sobre un sofá ó en una silla y hasta de pié. Los visitantes, con su ojo acostumbrado al poco rato á ver figuras tan perfectas, nos creían tales y se nos acercaban á examinarnos cuidadosamente hasta que les hacíamos saltar de miedo al estallar en risa nosotros ó al hacer un movimiento.

Habíamos llevado nuestros sombreros de Panamá, y como un compatriota que nos acompañaba se empeñó en que no estábamos á la altura del *chic* parisién (efectivamente observé que las mujeres nos veían con cierta curiosidad – como quien ve á un chino por primera vez) hubo que complacerle yendo en casa de

Delion, por un par de *cámaras*. Dí un salto cuando me cobraron veinte francos por un sombrero que vale cinco pesos en Caracas: creí que las cosas debían costar aquí la mitad, pues mentalmente deducía los moderados derechos que nos cobra el Gobierno en las Aduanas. Grave error mío éste, pues que, según pude apreciarlo después, los precios del detal en París son más caros ó tanto más que en cualquiera otra ciudad del mundo. Y no sólo de los objetos de uso, sino que también los de los artículos de primera necesidad, pues que el kilógramo de carne (superior clase por cierto) cuesta nada menos que tres francos!

Desde que nos pusimos las *cámaras*, dejámos de llamar la atención: sólo de vez en cuando una que otra modistilla ponía en nosotros sus ojos de gato ó de miosotis.

Al salir del Pasage Jouffroy, por el boulevar, encontrámos á tres venezolanos (de Valencia) que habían hecho el viaje con nosotros; cosa rara en verdad, porque un hombre en París viene á ser como una aguja mohosa tirada en un basurero (aunque es mala la comparación:) no es fácil encontrarle.

Las preguntas de siempre: ¿Se han divertido ustedes? ¿A dónde han ido? ¿Qué les parecen las mujeres? ¿Han estado en la Exposición? ¿En dónde viven? Cuándo se van?

Y las respuestas de cajón: Sí, un poco, al Jardín de París, al Bosque, al Café. Las mujeres muy bien vestidas y hermosas, no faltan. Sí, hemos ido al Trocadero. Vivimos en el hotel tal, calle cual, número tantos.

—Por allá iremos. Bueno, cuando gusten, adiós!

Quise ver todos los cafés, ya que tan cerca tenía los más notables y procedí á ello mientras mis compañeros me esperaban en el de los *Príncipes*. Todos muy lujosos, todos muy concurridos, no sabré decir

cual me gustó más. Por cierto que no me pareció el mejor el llamado *Maison Dorée* que tanto había oído nombrar.

Regresado que hube de la inspección me reuní á mis compañeros, por supuesto que acompañados ya de otras tantas sacerdotisas de Vénus, y tomando á sorbos sendos *bocks*.

¿Qué hacer? Pedí también un vaso de cerveza, y sin llamarla, vino á *favorecerme* con su compañía una de aquellas hermosas á quienes tan pronto marchita el amor y consume el hospital.

Las costumbres de la gente mundana en París, son de las más corrompidas que darse puede, aunque, valga la verdad, la úlcera se somete á una cumplida *toilette* y luego se la cubre con un velo de terciopelo azul, labrado como encaje de Valenciennes, y el que no quiere imponerse no se apercibe de nada. La forma, ah! la forma aquí lo es todo. Y hay que llenarla porque nadie se atreve á echarla de béstia.

Tentadora era mi compañera, yo, jóven y soltero.... por el momento.... pero me mantuve inflexible á los halagos de la bella, que agotó sus recursos por seducirme y después de gozarme en el fingido tormento que tan de véras sufrí yo *en mi tiempo* cuando me empeñaba en que me dieran el *sí*, me fuí á mi olivo, pasada la media noche. La *madama* quedó furiosa por mi despego.

Al dia siguiente fuí á oir misa en la Magdalena, uno de los más bellos templos de París, modelo griego, tan grave como sencillo. De allí fuíme á conocer la Columna de Vendôme, la Columna de Julio, la Plaza de la Concordia, el Arco de Triunfo parte del Parque de Monceau y á rever el Bosque de Bolonia. Volví al Hotel á las dos de la tarde; no hubiera querido salir nunca de aquel bosque tan bello, con sus árboles de un verde tan *apacible* por decirlo así, sus

restoranes, sus lagos, sus cascadas, sus bellas avenidas, sus glorietas, su Jardín Zoológico, su magnífico conjunto, en fin.

Devorada la tortilla [miento esto para que conozcan un *Menu* corriente de por acá] engullido el guiso de patas de carnero, roida la pechuga de gallina, consumido el Gruyére, merendadas las fresas y ciruelas, amén de uno que otro durazno, todo embebido en vino de á un franco la botella [tan malo como el de casa cuando repican misa rezada] fuíme á la Exposición, en un ómnibus que me dejaría por seis centavos en los Campos Elíseos, como quien dice á dos pasos del Trocadero.

Diga yo de una vez, que en estos ómnibus de París, en donde van en el interior hasta 16 viajeros, cuatro en la plataforma y veinte en la imperial [el techo] puede uno andar leguas enteras por el módico precio de 30 céntimos, [*] con la ventaja de que si el ómnibus llega á una estación de la cual al partir va por donde el pasajero nó, basta tomar en la misma otro vehículo igual que siga aproximadamente el rumbo apetecido. Para éllo hay que proveerse en su oportunidad del billete de correspondencia, *sin tener que pagar extra.*

Peligrosa me parece la costumbre de subir y bajar de los ómnibus cuando se hallan en marcha, ya que corre uno el riesgo de romperse el bautismo.

Demás está, pues el coche se pára cada vez que uno quiere tomarlo ó dejarlo. Los franceses y sobre todo las francesas no son de mi opinión.

Fáciles amistades pueden hacer los jóvenes en los ómnibus, á lo ménos ¡ cuántas habrán allí comenzado para terminar en la alcaldía !

(*) En el interior, pues en la imperial se paga la mitad.

En este segundo paseo por la Exposición dime á recorrer las salas de escultura y de pintura, de comercio y de industrias francesas.

Esta vez la visita principal fué á la Galería de las Máquinas, soberbia sala de 115 metros de ancho por 220 de largo, cuyo techo sostenido por magníficos arcos de hierro, pesa 7.784,519 kilógramos. La luz pasa por los inmensos vidrios que forman la bóveda y parte de las testeras; estos últimos de color, representando las armas de las ciudades de París, de Marsella, Lyon, Lila, Burdeos, etc.

Una idea de este grandioso edificio les dará la fotografia que les remito. Esta galería costó 7.513,894 francos.

Para dar movimiento á estas máquinas hay al lado de la Galería, generadores de vapor que suplen 496,000 kilos de fuerza por hora. Estos generadores tienen 2,600 caballos de vapor.

Pensar que esta Galería, monumento único en el mundo, va á ser desmontada dentro de unos meses, cosa es que hace dudar del buen juicio del Gobierno de Francia. No creemos que tal atentado se cometa.

Las instalaciones que más me llamaron la atención fueron : la de electricidad de Mr. Edison, en donde oí por primera vez el fonógrafo de ese admirable *brujo*. (Se trataba de un concierto y lo oí como si estuviera delante de mí la orquesta, pudiendo distinguir claramente todos los instrumentos : los acordes del piano, los pizzicatos del violín, los gorgeos de la flauta, las melodías del violoncello, etc, ;) las máquinas de hacer papel ; de lavar platos ; de fabricar telas, cintas y trenzas ; de ojalar (admirable por su precisión y lo perfecto de la obra) de lavar y aplanchar y de coser zapatos ó montar locomotoras.

Allí estuve toda la mañana con el recogimiento debido á aquel templo de la industria humana, viendo

funcionar esos poderosos auxiliares de hierro que trabajan con la perfección de séres conscientes y llenos de habilidad en sus respectivos oficios.

Fuíme á almorzar á uno de los dos grandes restoranes que hay á entrambos lados de la Galería de las Máquinas, restoranes que parecen fantásticos por su tamaño y su lujo, y allí por no perder la costumbre pues no tenía hambre, tanto había gozado el espíritu, hice que comía un pollo frío, ciruelas, melocotones, y un helado de vainilla, todo acompañado de una botella de Medoc y un vaso de agua fresca : á siete francos montó la cuenta, sin comprender la propina, ese maldito "*pour boire*" que el garçon nunca se bebe y sin el cual no hay coche pago, ni se paga la cerveza, ni la comida, ni el hotel, ni el fósforo, ni el agua : nada! No sé cómo los mendigos no piden el *pour boire* al recibir la limosna!

En el recinto de la Exposición los precios son exhorbitantes, en virtud de los altos alquileres que tienen que pagar los industriales ó del costo de los preciosos edificios que ocupan. Puede calcularse que las cosas valen allí cincuenta por ciento más que en la ciudad.

Y como el regateo no existe sino en esa virgen América "el que quiere lo lleva y el que no lo deja." Sobra quien lo lleve.

Fuíme á hacer la digestión al Palacio de Bellas Artes, verdadero Museo en que admiré muchas obras maestras de artistas franceses y extranjeros, pintura y escultura.

La noche me sorprendió en la última sala, delante de un cuadro interesantísimo : *Cristo ante Pilatos*, de Munckazy, el insigne pintor húngaro.

Ya nuestro también insigne Bolet Peraza, con su pluma inimitable, ha descrito ese portento, y á él me remito.

No quise salir de la Exposición sin contemplar las Fuentes Luminosas. Figúrense ustedes un espacioso estanque oval, provisto de muchos y variados surtidores, formando caprichosos juegos que despiden al espacio altos chorros de agua que el aire pulveriza y que la luz eléctrica, ingeniosamente dispuesta á través de cristales de color, matiza con todos los del Iris. El líquido ramillete es ya de plata, ya de oro, de carmín, de esmeralda, de turquesa, de cristal, ó cambia súbitamente sus poderosos chorros, tiñendo á cada uno con diferente color.

El efecto es maravilloso. Es tanta el ánsia con que los espectadores visitan las Fuentes Luminosas que desde las 4 de la tarde se sientan alrededor del estanque, avituallados, á esperar durante cuatro horas la iluminación de las aguas. A cada matiz, el viejo, el forastero, la niña, el jóven, todo el mundo redondea la boca y exclama : ¡ oh ! y cuando el chorro central, el más pujante, sube á su mayor altura se oye un ¡ ah ! que de puro admirativo causa risa....

Salímos sin querer ver más nada, por el momento, aunque no sin oir las diversas orquestas de los cafés, formadas por hombres unas, por mujeres otras y por niños de ambos sexos algunas. Apénas terminadas las piezas, baja del templete uno de los ejecutantes y se lanza á la bayoneta, digo al plato, sobre los señores consumidores, cada uno de los cuales da cuando menos dos centavos. Creo que estos músicos harán su negocio.

Al dia siguiente, temprano, fuimos á ver la Columna de Julio, la Porte Saint Martin, la Porte Saint Denis, el monumento á Gambetta, la Plaza de la República y el Museo del Louvre, palacio éste el más grande del mundo y Museo que difícilmente tiene igual por su riqueza y variedad. Aquí ví las preciosas miniaturas en que los retratos parecen haber sido fotografiados sobre porcelana : tan finos y bien pare-

cidos son; el hermoso diamante *Regente;* armas y objetos de reyes y reinas célebres y las preciosas tapicerías de los Gobelinos que aventajan al pincel.

A medio dia, mejor dicho á las 2 de la tarde, hora en que salímos del Museo, prévio un ligero tente-en-pié, tomámos el tren para Versalles, en donde á las cuatro habría juegos de agua.

Renuncio á pintar aquellos primorosos jardines, aquel palacio lleno de majestad y de recuerdos, aquel Grand–Trianon, aquel Petit–Trianon, un tiempo gratos testigos de los goces de la reyedad desde Luis XIV, el rey sol, cuya estatua en bronce, allí en el patio de la regia mansión, parece velar el sueño del augusto príncipe, retirado en una de aquellas estancias que tantas veces repercutieron los ecos de su amor!

Los juegos de agua de Versalles son únicos en el mundo; no es extraño, pues, que cada vez que los guardianes los ponen en acción, vayan á verlos más de cinco mil personas que se extasían contemplándolos desde las orillas del sereno estanque, rodeado de aquel hermosísimo bosque.

Ya entrada la noche nos apeábamos en la estación de San Lázaro, y un amigo, nos invitó á visitar el Hotel Terminus que acaba de inaugurar una compañía cuyo capital es de 12.000,000 de francos! Qué lujo, qué de comodidades se han desplegado allí. Muchos reyes no han soñado jamás para éllos palacio tan suntuoso. Y así es el *Grand Hotel* y así hay varios, no solamente en París, sino en muchas ciudades de Europa. Y vean ustedes, no es caro, relativamente, el alojamiento: cuartos, desde 5 francos al dia, desayuno 1.50, almuerzo 5 francos, comida 7; y está uno allí mejor que el Czar de todas las Rusias.

*

En París no se ve el sol hasta las 4 de la tarde regularmente, pues su cielo está contínuamente cargado de vapores húmedos, así es que parece siempre que va á llover; por eso los dias son tristes por falta de luz y se apodera del ánimo una gran melancolía, sobre todo para los que estamos acostumbrados á nuestro brillante sol de los trópicos. Precisamente el dia que fuimos á ver el Cementerio del Pére Lachaise, era brumoso, oscuro, feo. La célebre Necrópolis está dentro de la ciudad, al recuesto de una colina. De bella no tiene nada. Interminables calles de tumbas antiguas de poco gusto, algunas como iglesias, y de sepulcros modernos que tampoco llaman la atención. Más que camposanto, el Pére Lachaise parece una ciudad de enanos que han dejado sus habitaciones para salir á trabajar al campo. Ví la tumba de Abelardo y Eloísa que yo creí un bello mausoleo, pero que tengo por un mamarracho. Allí arranqué á través de la verja esas hojas que les remito como un recuerdo de aquellos infortunados amantes.

En las calles que conducen al Cementerio es que existen las tiendas de los lapidarios y de los vendedores de coronas fúnebres, etc. Al salir, encontrámos un entierro. Como quien abre la marcha en un destacamento, á veinte pasos delante del carro fúnebre va un empleado de la Agencia, vestido de negro, de levitón hasta las pantorrillas y con sombrero á la Napoleón; así va el cochero y los seis empleados que llevan otras tantas cintas del carro. Este lleva cristales, pero las cortinillas interiores, corridas, no permiten ver el ataúd. Siguen el coche á pié los parientes y amigos del difunto, todos con la cabeza descubierta, bien que el sol, aunque lo hubiera, no les expone á un tabardillo. Después vienen los coches para el regreso, el primero con las coronas ofrendadas al muerto.

Ya que se trataba de muertos, nos dirigímos al

Panteón, hermoso templo, pero frío y desnudo como una catacumba, si no se cuentan los cuadros al fresco que publican en las paredes los episodios más sobresalientes de la historia de Santa Genoveva, patrona de París.

En el fondo de la nave izquierda vimos una puerta á cuyo lado decía un cartel: "Para ver los sepulcros, esperad al conserje." Seguímos el consejo y con nosotros una treintena de visitantes. A poco se presentó el guardián y por aquella puerta nos condujo á los sótanos, sobre los cuales se eleva aquella soberbia obra de arquitectura. Nos enseñó varias tumbas de los grandes hombres de Francia y vimos, frescas aún, las coronas que cubren la de Víctor Hugo, cuyo monumento no está concluido todavía. Después nos mandó poner en fila debajo de una de aquellas sombrías bóvedas, y nos hizo oir la repetición del eco que allí se produce. Es notable allí el efecto. Batiendo el muro con la punta de los dedos, parece que se oye el redoble de un tambor mayor. Luego nos llevó escaleras arriba hasta la nave del templo, de allí á la cúpula; bajámos y luego se paró en la puerta de la salida á darnos á cada uno los buenos dias, lo que en romance significa "déme usted la propina." Buenos centavos dobles embolsó por sus discursos ante cada tumba y por el gasto de la vela de su linterna.

Continué la visita á los muertos y fuíme á Los Inválidos á ver la tumba de Napoleón. Primero entré á la capilla cuyos pilares están llenos de inscripciones funerarias correspondientes á los militares enterrados allí, y cuyo techo en la gran cornisa que corre debajo de los vidrios por donde entra la luz, está lleno de banderas, trofeos ganados por el ejército francés en sus diversas guerras con Europa; algunas no tienen ya sino el asta y cuando van cayendo las telas de las otras, consumidas por la acción del tiempo, las recogen los viejos veteranos que allí aloja la

Francia y van guardándolas en marcos de vidrio, con exquisito cuidado, como para que no desaparezcan nunca aquellas cenizas gloriosas.

La tumba del Gran Capitán del siglo XIX está al fondo de la capilla, en otra, cuyos altares se tocan por la espalda, así es que precisa dar un gran rodeo y llegar al gran patio de la parte posterior del edificio para entrar al santuario en que duerme el último sueño el genio del inmortal vencedor en Jena, Friedland, Marengo, Austerlitz y cien otros campos memorables *ab æterno*.

Allí, bajo un inmenso vaso de pórfido, en una cripta circular de fino mármol, cubierta con una inmensa cúpula de una majestad insuperable, están las cenizas del Grande Hombre: allí no hay frío, allí no hay silencio, aquel muerto no está sólo: alli se siente el calor de la pólvora y el ardor de los cañones; alli se escucha el galopar de los caballos, el correr de los trenes de artillería, se cruzan los mariscales dando órdenes en sus corceles de guerra; ved ahí á Davoust, el mariscal modelo; á Lannes, el heróico; á Massena, el indomable; á Murat, el impetuoso; á Ney, el invencible y á Duroc y á Berthier y á Jourdan y á los mil héroes que acompañaron al *Petit Caporal* á conquistar el reino de la Gloria; y oid: el ángel de la victoria, de pié, con las alas desplegadas sobre esa tumba, colgado al brazo izquierdo el clarín que retiñó por última vez en Wateloo, tendida la diestra que ha dejado caer la corona del triunfo; oíd como repite que los siglos no producirán jamás un segundo Bonaparte!

La tumba de Napoleón no es un sepulcro: es un santuario!

Recorrimos después, examinándolos, los cañones ganados al enemigo, que dan sobre el bulevar, recuerdos gloriosos de los tiempos épicos de Francia, y lue-

go fuímosnos á la Exposición que está de allí á dos pasos, en la Explanada.

Volvimos al castillo de la instalación militar, en donde se exhiben las armas y uniformes que ha usado y usa el ejército francés, y algunas prendas célebres, como un sombrero de Davoust atravesado por una bala; el estandarte de Juana Hachette y la bala que mató á Turena; el Pabellón de Correos y Telégrafos, con todos los adelantos modernos; un molino inglés, una mantequería sueca, en donde se ve ordeñar la leche, batirla y prepararla, en fin, hasta ofrecer la mantequilla al consumidor, que, que más fresca, de seguro que no la habrá comido jamás; el departamento de los globos aerostáticos dirigibles; el tren sanitario; y luego la ciudad índia, la pagoda de Angkor y las instalaciones de las colonias (Guadalupe, Martinica, Tonkín, Guayana, Annam, Madagascar, Túnez, etc.,) pobladas de sus respectivos indígenas, color de cacao y negros casi todos; los teatros de Alger, en donde por un franco (y un bock) se ve bailar la danza del vientre y se oye aquella orquesta primitiva y monótona que lo coloca á uno en plena Africa.

Aquí se nos agotó la tarde y regresámos ya de noche al Hotel, para seguir al *Edén* á ver el baile llamado *Excelsior*.

Lean ustedes el programa que les mando, ejecutado por más de 300 personas vestidas con lujo oriental, pero al gusto parisién, en un escenario bañado por los más caprichosos efectos de la luz eléctrica. Esto tampoco puede describirse bien: es preciso verlo. Bien pagados son los 7 francos que cuesta una silla de orquesta. Aunque el teatro se llena cada noche, dudo que la empresa gane mucho: tanto debe costarle el hermoso espectáculo, pues no se ha omitido el menor gasto para su soberbio "*mise en scene*." Qué bailarinas y qué trajes!

Por la mañana del siguiente día, fuí al *Hôtel Dieu*, hospital fundado hace doce siglos y cuya grandeza y organización son admirables; al mayor de los cuarteles de París, la caserna del *Chateau d' Eau*, y á las iglesias de la Trinidad, Nuestra Señora de Loreto y San Eustaquio, ya que no era posible ver las ochenta y tantas iglesias y capillas de la inmensa capital.

Hasta cierto punto aquellas visitas constituían una especie de reconciliación: me preparaba á subir la torre Eiffel hasta su mayor altura. A 300 metros del suelo, qué horror! Nunca el hombre ha subido edificio más alto. Fuíme al *Champ de Mars*. En quince minutos me puso el ascensor en la cúspide; pero fué tal el miedo que experimenté, sintiendo que el viento hacía oscilar la torre, que bajé más que de prisa, por más que me aseguraban que Mr. Eiffel pagaría mi vida á mi familia: me quedé en el segundo piso viendo tirar el *Figaro* á 130 metros sobre el nivel del Sena y allí me dieron nota de varias alturas para que las comparase con la de la Torre; ésta tiene como se sabe 300 metros

Las Torres de Notre Dame	66	"
El Panteón	79	"
Los Inválidos (la cúpula)	105	"
San Pedro (Roma)	132	"
Catedral de Viena	138	"
Idem Strasburg	142	"
Gran Pirámide de Egipto	146	"
Catedral de Ruan	150	"
Idem de Colonia	159	"
y el Obelisco de Washington	169	"

Por tanto Mr. Eiffel ha subido 131 metros ¡qué barbaridad! más arriba que cualquier ingeniero antiguo ó moderno.

Los yankees no se quedarán con esta dentro de

cuerpo y el dia menos pensado nos van á convidar á un *pic nic* á la luna!

Siento tener que escribir esto volando, sin repasarlo, porque no sé si me repito ó si algo se me olvida. Además *tengo mucho que hacer*, porque quiero ver lo más posible: aquí el tiempo no es oro sino brillantes!

Allá les contaré lo que ví desde la torre, pero les adelanto que, aparte de las admirables, sobresale entre las ridículas ¿á qué no adivinan? el sombrero! Comprendo que Dios abra un dia una ventana del Cielo y eche una ojeada por el Mundo; conocerá los bueyes, los bachacos, las águilas, los monos, los perros y demás bichos vivientes, pero lo que es al hombre, propiamente hablando, no puede conocerle. Lo crió desnudo y ahora lo vé de botas, guantes, casaca, y otros enseres de percha! Y sobre todo de sombrero! Este usa clac, el otro chistera, aquel pava, esotro tirolés, ese cachucha..... *techos* que no dan sombra, de noche "pasan de la escuadra al compás" para echarla de sereneros. Y dia y noche son un estorbo. Considerada desde la torre esta colección del susodicho adminículo, habría materia para un volúmen.

Un dia se escribirá, y no por mí.

Por ahora, no hay tiempo para más.

Hasta el otro correo!

- -

Los tipos de París que me han parecido más típicos, son:

el cochero de lujo, que podría pasar por un rentista ó por un profesor que no ejerce;

el cochero de plaza, que no se parece á nadie, más que á él mismo;

el *commisionnaire* (demandadero) trasunto del zapatero de viejo, que parece una agua fuerte de Goya;

la modista, no el ama, sino la obrera, fina, angelical, vaporosa, aérea;

el *marchand de vin*, botiquinero en cuya tienda se toma lo mismo que en el *Café*, ménos café, por la mitad de lo que allí cuesta; y por fin:

el ginete, ginete que no está sentado en la silla, ni de pié, ni echado y que sin embargo guarda las tres posiciones simultáneamente, como los *jockeys*, como esos extranjeros que suben de La Guaira á Caracas en las mulas de alquiler.

Dicen que este *papelonéo* sobre el caballo es de alta escuela, pero me pareció en sumo grado ridículo. Cuando ví tales ginetes en el Bosque, deploré que en él no hubiera una docena de venezolanos, por supuesto que en overos de la tierra para que se enterara *esta gente* de como se enseñorea del gallardo bruto un caballero, y como debe ser el paso, magestuoso y no un trote sacatripas como este. Puede ser que yo diga una blasfemia, como me lo echó en cara un compatriota afrancesado con quien paseaba una mañana por los Campos Elíseos, al hacerle esta observación; pero la confirmo aunque me excomulgue León XIII: *littera scripta manet.* (Al dirigirse á *los infalibles* bueno es largarles un latinazgo, consejo que me dió aquel preceptista amigo al escoger yo esposa, junto con éste, que era pertinente: "*ponte de acuerdo con tu suegro, en política, y con tu suegra en religion*") porque han de recordar ustedes que soy como los templarios: acepto siempre el combate aunque sean tres contra mí, nunca pido cuartel y no cedo *ni un pan de mur ni un pouce de terre.*" Ya no existe *Philippe-le-bel*, ni estamos en el siglo XIV.

¿Pero á donde me lleva la irritación que me produce hasta el recuerdo de estos monos á caballo?

Doblemos la hoja.

*

En grave aprieto se veía una Junta Clasificadora del Distrito V. (Venezuela) para saber qué patente debía señalar á un industrial que tiene tabaquería y que por haber sido antes pulpero no ha podido resignarse al uniforme surtido de cumanacoas y capadares, y lo entreteje con azúcar, maníes, escobas, Jamáica, y diez ó doce artículos semejantes, húmedos y secos. Como – nuevo Alejandro, bien que no lo cortó, – no pudo desatar el nudo que le presentaron un sombrerero y un quincallero quejándose de que en las tiendas de ropa se vendían sombreros, muñecos, alfileres, y objetos de decoración; *pagando patente por las telas y nó por esos artículos extraños al ramo* sobre los cuales ellos sí tenían el peso del impuesto; por si se repitiese el caso, le aconsejo que tome las medidas que el municipio de París, ciudad en donde el bazarismo no existe y en donde parece tener la autoridad muy presente aquello de "zapatero, á tus zapatos."

*

Una tarde en que me quejaba de lo caro del detal en París, á cierto respetable venezolano residente aquí, me dijo que los impuestos eran subidos para poder mantener como una taza de plata á tan inmensa ciudad, "pero en cambio – agregó con mucha gracia – antójese usted de lo que más le plazca y por difícil que le parezca conseguirlo, en París se lo darán; no piense usted en el precio, aquí todo se logra *á punta de luises.*"

*

Acabo de leer en un periódico que un tal Adrián Augusto del Valle, portugués, de 20 años de edad, ha disparado un tiro á Don Pedro del Brasil al salir de un teatro en Río Janeiro, dando el grito de ¡viva la

República! ¿Qué republicanismo es ese que quiere mancharse con la sangre del justo?

No tengo amistad con Don Pedro y aunque no nos hemos visto nunca, *nos llevamos bien*, él sin conocerme y yo conociéndole, lo que no es poca ventaja de mi parte, siendo él emperador y yo salero; sin embargo, yo quiero á Don Pedro como si fuera mi tío y siento por él admiración y respeto, así es que me he alegrado mucho de saber que salió ileso del infame atentado.

El tal del Valle ha debido estar loco.

Y á propósito de locuras, ¿saben ustedes que en Londres existe un burro que tiene cien años?

El pobre abuelo fué vendido en 37,50 francos durante una Exposición de jumentos, mientras que dos *pollos* se vendieron en 1.250 francos cada uno.

Lo que es ser viejo! Ni las compañías de seguros quieren *riesgos* viejos.

Verdad es que si el centenario en cuestión coje un catarrito cualquiera, el amo está expuesto á gastar quién sabe cuántos chelines en agua de tilo, en fricciones y quinina; sin tener en cuenta que el anciano puede irse al otro barrio sin hacer testamento.

Miren que los ingleses tienen cosas! Ayer nada ménos se tiró uno al estanque de las Fuentes Luminosas, con gran sorpresa de los circunstantes y de una señora que iba con él, á quien dijo cuando salió del baño que en la Exposición no había quien hiciera otro tanto. Era de verlo, ensopado como se ensopa una gallina, salir del palacio, *á paso de vencedores*, con el cuerpo *á discreción* de las miradas del inmenso gentío.

*

Recordarán ustedes que á mí no me gustan las corridas de toros. Antes iba á la Plaza, pero me pareció la diversión, primero, muy monótona y después muy bárbara. Sin embargo, he leído tanto sobre la devoción que le tienen los españoles y sobre la excelencia de sus toros y de sus espadas que el primer domingo que pasé en París, me fuí á ver el circo que dirije *Lagartijo*, en la calle de la *Federación*. (Dios me salve el lugar!) Toros españoles, toreros españoles, plaza como las de Madrid, ¿quién había de resistir, aunque no fuera sino por ver la cosa *en su propio jugo?*

El día, por casualidad era hermoso: el sol brillaba en todo su esplendor. Podían apreciarse los menores detalles de un lado á otro de los palcos, á pesar de que uno llegaba bizco, pensando en que el billete le había costado *seis francos* (doce *clavos de encañar* como dicen los peones de mi tierra!)

Capacidad tiene la plaza como para ocho mil espectadores, pero no había sino unos dos mil, franceses muchos y alemanes é ingleses, y, *ça va sans dire*, la mayor parte de, si no todos los españoles residentes y transeuntes en la antigua Lutecia.

El despejo fué brillantísimo. El oro y la plata de los vestidos reflejaban los rayos del sol y el movible terciopelo, azul, verde, morado y blanco alegraba la vista con sus cambiantes matices. Airosos peones y elegantes picadores eran aquellos; bien enjaezados estaban los caballos, lujosas las capas parecían.

Sonó el agudo clarín y el primer bicho saltó á la arena. Corrieron los peones y los picadores entraron en suerte. Hay que advertir que los toros estaban embolados con bolas como naranjas. Después de los picadores funcionaron los banderilleros.... Hasta aquí ni más ni ménos que los toreros de allá, pero salió el segundo toro y al irse al primer picador le sacó de la silla, haciendo andar de manos al caballo; em-

bistió á un peón que se le puso delante y de un trompaso le lanzó á seis varas de costado.... y nadie más le capeó.

El tercero, al tomar la primera vara *se acomodó* contra el pecho del caballo y lo tiró de espaldas, quedando el ginete debajo, medio muerto; atropelló á un banderillero y cuando *Lagartijo* lo vió dueño del campo, lo hizo *correr*. Juzgándolo ya cansado, tomó la espada de madera para *marcarle el golpe*, porque en Francia está prohibida *la muerte*, pero á los gritos del público español, de "*mátalo, mátalo*," cambió los chismes de palo por los de acero y se fué al retinto. Primera estocada, en hueso, segunda, *envainando*, tercera, pinchazo, cuarta, en hueso, quinta, degollina, sexta, séptima... y el toro echo una furia; por fin la hemorragia lo debilitó y tuvo que *enchiquerarse* hasta que le abandonaron las fuerzas.

Vino el puntillero y, como le temblaba el pulso, *lo apuñaleó cinco veces!* La arena estaba llena de sangre, y varias francesas *¡y franceses!* se desmayaron, mientras que al redondel caía, llovido por manos españolas, un aguacero de naranjas, tabacos, cigarrillos, *pumpás*, *cámaras*, paraguas, sombrillas, mantillas, almohadones, navajas y marialuisas (biscochuelos) entre una salva de aplausos y una grita infernal, mayor que las del Puente Nuevo. Sobrevino un oficial de policía, recordó la ordenanza, impuso la multa, y se llevó á un torero, como cuerpo del delito.

La corrida continuó pero no sin que saliera desmontado otro picador y medio muerto otro peón.

Capéo, ninguno; banderillas, mal; pica, zurda; espada, pésima. ¿Qué más se necesita para que una función de toros no sirva para nada? En Caracas las he visto *peores*, pero no tenía idea de que en París, á dos pasos de la Exposición, por toreros españoles, *de España*, y con toros de la tierra de Don Rodrigo Díaz de Vivar, pudiera darse una semejante á

ésta! Al dia siguiente se ocupaban de la muerte del toro todos los periódicos, lamentándose de la multa impuesta á *Lagartijo*, y sosteniendo que no era bárbaro matar al toro, porque el toro es capaz de destripar á cualquiera que se le ponga al alcance de las astas, y porque todos los dias matan miles de toros los carniceros sin que digan *oxte ni moxte* aun los más sobresalientes miembros de la "Sociedad protectora de los animales." De la corrida no podían ocuparse, creo que por falta de competencia. Si los franceses entendieran de esa diversión y los periódicos hubieran contado el caso, *Lagartijo* y su cuadrilla habrían tenido que retirarse inmediatamente ultrapirineos.... á repasarsu oficio!

El dia en que *Cara de Piedra*, *Cigarrón*, *Chaumaparro*, *Pajarito* y demás *artistas* en cuernos, recuerden que "*nadie es profeta en su tierra*" y tengan unos *medios* disponibles y se resuelvan á correr mundo, lucirán con éxito sus habilidades, en donde se entienda de *bichos*, por más que no hayan ido *á la escuela tauromáquica.* Durante esta *correría* española los he recordado como quien recuerda á los héroes gloriosos, y no por amor patrio, nó; por justicia á sus méritos en la *puntiaguda* carrera que han escogido.

Basta de cachos.

*

Hablemos de una máquina curiosa que está en la Exposición y de que ya me iba olvidando. Me refiero á la Eva de las locomotoras. No nació en un paraíso, ni tuvo Adán, ni la tentó la serpiente, ni amó jamás; pero á pesar de haber nacido el otro dia, á pesar de ser soltera, á pesar de no haber probado la fruta, á pesar de no haber tenido que ponerse la hoja de

higuera, es la madre de las locomotoras habidas y por haber.

Un dia de octubre de 1829, se reunía en las afueras de Liverpool una inmensa multitud para presenciar los ensayos de una máquina que podría arrastrar pesos sin necesidad de caballos. Era un concurso y la "Fusée" del ingeniero Stephenson que hizo 6 leguas en una hora arrastrando doce toneladas, y 10 leguas élla sola, fué aclamada la mejor. Esa vieja "Fusée," hoy septuagenaria es la que he visto esta mañana en el Campo de Marte. La pobre, atacada de la gota, abandonada por sus hijas á quienes no pudo seguir en su vertiginosa carrera, parece repetir en medio de su parálisis, con un elocuente silencio, lo que ha sentado Pelletán: "El mundo marcha."

*

¡Qué mal lo pasarían las muchachas venezolanas en estos teatros de Europa, en donde se deja en tinieblas la sala y sólo brilla la luz en el palco escénico! En efecto, aquí no vienen á verse entre sí los espectadores, sino á disfrutar del espectáculo, lo que tiene la ventaja de concentrar la atención sobre aquél, y, por consiguiente, de que se aprecie mejor. Inútil me parece decirles que las decoraciones parecen estar movidas – tal es la rapidez con que las mudan – por la misma máquina que produce la luz eléctrica del coliseo. [El gas está abolido ya.]

He tenido anoche oportunidad de ir á la representación de uno encantadora *miscelánea* titulada *El Príncipe Sol* y aunque muy á la ligera voy á referirles la función.

La escena pasa en Suecia, en Stokolmo. Vive allí un sabio naturalista, llamado Mr. Piperboom,

casado, y padre de la bella y melancólica Elena, perfume y encanto de la casa. Mr. Piperboom es un tipo a la vez jovial, dulce, simple y estúpido por naturaleza, que en lugar de discursos hace *calembours*, y que, con el mismo amor profundo ama á los animales, á su mujer y á su hija. En cambio Mme. Piperboom es una persona nerviosa y que, según parece, tiene pelos en la barba, los cuales se hace afeitar con frecuencia. Para vengarse de su defecto, élla rapa á los demás. De Elena está perdidamente enamorado el hijo del rajah de Indrapoura, que se halla en Stockolmo, porque Inglaterra, que no piensa en evacuar el Egipto desea anexarle los Estados del rajah y ha aconsejado al hijo de éste, un viaje al rededor del mundo, el cual le servirá para juzgar de la grandeza y potencia del pueblo inglés. Ah, pérfida Albion! El príncipe emprende el viaje, deseoso de ver, de oir y de estudiarlo todo; pero de repente, de paso por Suecia, encuentra á la purpurina Elena y en seguida su corazón toca paso de carga. Se acabó! El viaje ha terminado: no hay que pensar más en él. Bajo un nombre supuesto, el príncipe se introduce en casa de Mr. Piperboom solicitando de éste lecciones de botánica. Por supuesto, se hace querer de todos los habitantes de la casa y vuelve cómplice de su amor á Jonás, el criado. No es preciso decir que los dos tortolillos pueden verse y arrullarse á cada paso. Los dúos de su pasión (música de M. León Vasseur) están llenos de ternura y de melodías deliciosas. Más, ¡oh desgracia! alguien vela en la sombra vigilándolos. Ya el gran consejo de brahmanes de Indrapoura ha sido prevenido, no se sabe cómo. "Si todo se supiera, ¡claro! no habría intriga." El consejo ha encargado á un tal Misaour de separar al príncipe, de su novia y devolverlo á su padre, y Misaour llega á Stokolmo; sin embargo, el comisionado no hallará maduras las uvas porque el príncipe

tiene hábiles compañeros capaces de desbaratar los complots de los más avisados diplómatas: estos compañeros son: el chino Oulaï, el gitano Kolbac, el escocés Mac-Naval, el toreador Miguel, la hotentote Anoquoua y el hotentote Quouaqua, "nombres que debieran esconderse aunque por lo demás los llevan personas muy audaces." Como no son de la misma nacionalidad, reemplazan las palabras por los gestos; y las piruetas, las patadas y los puñetazos no tienen término; así es que la función tiene de comedia, tiene de drama, tiene de circo, tiene de zarzuela, tiene de todo. Elena y el príncipe cuentan además con otro defensor, Thomas Chips, un inglés que se ha jurado proteger á nuestros gentiles enamorados en interés de su país. Toda esta gente se divierte en grande, dice tonterías y canta canciones en que á cada paso se escuchan sonar los cascabeles de la Locura. Cuando uno menos piensa desaparecen los actores, caen unos bastidores y suben otros y aparece la azotea del palacio del Gobernador de Stockolmo desde donde se admira la escuadra balanceándose gallardamente empavesada y simétrica, allá en el fondo de la rada, bajo los rayos argentados de la luna. No crean ustedes que esa escuadra está hecha á brochazos sobre algún bastidor; nó, allá en el fondo del escenario inmenso se ven barcos hechos y derechos. Acá en la azotea cantan á coro grupos de paisanos y de paisanas, y la banda de la guardia toca en seguida el himno nacional de Noruega. Por doquiera se ven banderas flotantes, mástiles de navíos, uniformes á bordo y en tierra, damas vestidas de corte con trajes suntuosísimos..... De repente el pirotécnico Ruggeri, parisién, enciende en la playa un árbol de fuego, mucho más grande, y mucho más bello que el mayor y más hermoso que hayan ustedes visto quemar en la plaza Bolívar. Toda la escena se ilumina con los colores del iris y forzosamente hay que aplaudir de firme y, como dice el

crítico Georges Bertal, "al ver ésto las personas mayores toman sus binóculos, los niños palmotean y los poetas murmuran: una pieza en verso no se arregla de esta suerte. Oh! estos vaudevillistas no saben andar sino con palacios de pórfido, nubes de azul, rayos de estrellas, brocado, diamantes, vastas escenas, trajes reales y decoraciones sin igual.... ¿Que te parece Scribe?" Lo cierto es que mientras que los poetas censuran, él traidor Misaour arranca al Principe Sol de los brazos de Elena.

Es inútil decir que la familia Piperboom asiste á esta fiesta de palacio, pero no que en ella es que averiguan que el discípulo de botánica es nada menos que un príncipe heredero y esto en el momento en que Misaour realiza su odiosa misión. Me olvidaba decirles que durante la fiesta hay un gran baile. Como doscientas muchachas, mitad galanes y mitad doncellas, vestidas airosamente, representando las banderas de todos los países del mundo (de América, los Estados Unidos solamente tenían puesto: de esas *republiquitas* que quedan *por allá* nadie se acuerda; no se toman en cuenta, no figuran; no son *personas jurídicas*, como diría de las inhábiles un pica-pleitos: son *personas interpósitas* como dice cierto amigo mío, procurador, muy conocido de ustedes) y llevando cada figuranta en la mano el pendón respectivo; las cabezas cubiertas con el yelmo romano, el morrión francés, el képis francés, el chacó ruso, el casco prusiano, el gorro turco ó el plumado sombrero de los *bersaglieri* italianos. Cada recluta de aquellos, desarmados como están, sería muy capaz de derrotar un ejército, y Gonzalo de Córdoba se vería muy apurado si tuviera que cruzar su acero en campo raso con uno de estos gallardos *capitanes*. Qué evoluciones tan precisas, qué movimientos tan graciosos, qué marchas y contramarchas, qué cambios de flanco, qué hileras en batalla, qué frente á retaguardia, qué des-

files, qué cuartas sucesivas; en fin, el mejor regimiento del mundo no tiene más disciplina y sobre todo no conoce, porque en el Código Militar no están, por cierto, prescritas, las admirables danzas de estas inimitables bailarinas.

El pobre Piperboom no sabiendo qué hacer para consolar á su hija, le propone un viaje.... *á cualquier parte.* Precisamente el Gobernador de Stockolmo acaba de encargarle de una misión científica. La irascible Mme. Piperboom alza los brazos al cielo, implora á todos los dioses y finalmente se decide á embarcarse.... camino de Portugal.

Aquí termina el primer acto.

Al subir la cortina para el segundo, aparece una posada en la embocadura del Tajo. Tiene dos pisos y el interior de entrambos se distingue perfectamente. Por la escalera del jardín suben al primer piso los amigos del príncipe (ménos Jonás.) Continúa su mutismo; pero la mímica llega al absurdo. Saltan, bailan, se revuelcan, caen como masas y se levantan como gatos. Encuentran una puerta cerrada y ¡zas! la traspasan como si fueran balas; hallan una ventana abierta y se precipitan por élla, se almacenan en una alhacena donde no caben. El toreador se acuesta en una cama y la cama lo entierra; al ruido, el hotentote le da al chino un puntapié que lo lanza al tejado, y el gitano le atiesta á la hotentote un cachete que la empotra en la pared. En la pieza no queda vidrio sano, ni mueble entero. Al ruido que meten estos diablos sube el pobre Jonás á ver qué pasa y apenas ha llegado á la mitad de la escalera le descubren, y adivinando á lo que va, castigan su osadía arrojándole, primero, colchas, sábanas, almohadas; luégo, sillas, cascos de vidrio, plumeros, vasos; después, biombos, camas, ventanas y puertas. Afortunadamente al empezar el aguacero, cuando todavía es *llovizna*, Jonás *toma distancia*, que, si no, le mataran.

Fatigados de tan violento ejercicio se duermen *á suelo raso.* En esto entra Mad. Piperboom al piso bajo, junto con un barbero, que la acomoda en una butaca, la ata un paño al pescuezo, la pone el pañete al hombro, la enjabona y se dispone á afeitarla.... Quién hizo el ruido, no se sabe, pero los cinco mastuerzos del primer piso se levantan furibundos, atribuyéndose la culpa los unos á los otros y dándose cada linternazo que el espectador les reza, el "Dios lo haya perdonado." Tanto Mad. Piperboom como el mancebo de barbería quedan suspensos, aquélla con la boca abierta, éste con el brazo levantado.... El hotentote jura que él no ha sido el causante del alboroto y como no le creen dispara al suelo una patada que hunde un metro de piso. Una nube de caliche ciega á Mad. Piberboom y medio ahoga al rapabarbas. Por aquella trampa van cayendo sobre una mesa, del primer piso al segundo, unos encima de otros, los amigos del Príncipe y mesa, suelo y casa desaparecen debajo del escenario.

Suena un timbre, cambia la decoración y hénos aquí en presencia de un regidor portugués. La familia Piperboom entra á quejarse ante esta autoridad de policía del abuso de los cinco bribones de la ruina de la casa del posadero y su mujer. Escena más cómica no puede darse. Toma la palabra Piperboom, y su cónyuge lo aparta porque no sabe discurrir, la hija corta, ruborizada, la palabra de la madre, el barbero asegura que la cosa pasó en el momento de encontrarse él en tren de afeitar á la señora; el posadero grita, su esposa patea y jura, y nuestros culpables en fila, al fondo, gesticulan como macacos denunciándose los unos á los otros : el torero capea al hotentote, pero la media naranja de éste, agarra al chino por la trenza y le hace bailar una polka, mientras que el escocés y el gitano se apurruñan que es un gusto. Hay varios gendarmes portugueses en la sala que tratan de impo-

ner el orden, pero los hacen rodar por el suelo como si fueran pelotas!

El regidor toca retirada y la multitud le sigue al interior del palacio de justicia con una algarabía capaz de resucitar á Lázaro la segunda vez que se murió.

Juega la maquinaria y aparece el entrepuente de un acorazado. Qué sé yo cuántos inmensos cañones asoman por las inmensas troneras dejando ver sus inmensas culatas. ¿Vamos á asistir á un abordaje ó á una batalla naval? Nó. Se prepara una fiesta. No tardan en presentarse trescientas bailarinas, "que con la sonrisa en los labios, las espaldas y el seno desnudos, corren y danzan sobre las puntas de los piés, ligeras, graciosas, semejantes á mariposas que vuelan en un rayo de sol."

La luz eléctrica ilumina este baile de una manera prodigiosa. Terminado que ha, el maquinista da un golpe con su *varita de virtud* y surge la más bella decoración de la pieza. Representa una vista de Gibraltar á ojo de pájaro. Al fondo está el *Monte de los monos* y la guarnición inglesa invita á sus huéspedes á la "fiesta de los cuadrúmanos." Llegan representantes de los países de Europa, Asia y Africa. Españolas y moras.... olé, con los boleros y galopes, arriba la *première danseuse* con su cohorte de doscientas hijas del espacio.

Que jolgorio, qué alegría. Golpe de vista más espléndido!

Con el ruido que hacen los trajes de seda al crugir, rompe cierto asno su ronzal y se presenta en las tablas, seguido de una manada de monos, grandes y chicos.

El burro vale la función. Es mucho actor el que *burrea* dentro de aquel pellejo.

Con este gran baile cómico-burlesco da fin el segundo acto.

Da principio el tercero: en el escenario vemos un gran vapor en alta mar, el *Príncipe Alberto.* Demás está decir que á bordo van Piperboom y su familia, Misaour y Thomas Chips, el príncipe y sus admirables compañeros. La nave está cortada por la popa, de arriba abajo, para que así como se ve la cubierta, se vean también, el comedor, los camarotes, etc., etc. La ilusión es perfecta, pues que no se ha olvidado el menor detalle en la hechura del buque.

Misaour tiene preso al príncipe en un camarote y cuando Sol quiere salir. el capitán se lo impide; monta en cólera y Misaour se la aumenta hablándole del bien de su país, de la razón de Estado......

A la hora de comer, Piperboom, señora é hija, solos, se sientan á la mesa.

Pero no comen porque cada plato que traen los *garçons*, desaparece de sus manos al pasar éllos por los camarotes de los cinco foragidos. Es de ver al hotentote comiéndose un jamón como si fuera un muslo de perdiz, y al escocés *achicando* vino como si se tratara de un camello sediento.

Para hacer la digestión suben por las mangueras y bajan por las chimeneas del vapor con la agilidad del mono.

A fuerza de astucia, el príncipe se escapa del camarote y encuentra á Elena á quien jura que la hará su esposa. El dúo de esta escena es de lo más delicado, sentimental y apasionado.

Misaour se apercibe del caso y sin temor á Dios ni al diablo, visto que el Príncipe Sol se olvida de sus deberes más sagrados.... ¿qué creen ustedes que hace el maldito? Pues poca cosa: le pega fuego á la Santa Bárbara!

Vieran ustedes hacerse pedazos la nave en el momento en que estalla la pólvora y las mil peripecias del naufragio; á nuestros personajes luchando á brazo partido con las olas, estereotipada en su rostro la

impresión del terror! El maquinista tiene piedad de las damas que hay en la sala y corre un velo sobre aquel cuadro de desolación y de muerte. Después de semejante fracaso, adiós pieza comi-drami-óperi-zarzueli-tragedia!

Pero, las ondas han servido de blando lecho á los náufragos, y sobre su cima coronada de espuma, los ha llevado á la salvadora playa, sanos como nunca. Sólo que el Príncipe no halla á Elena por más que la busca. Helo aquí refugiado en una fonda de que es dueño Diego García; está tendido en un diván, pensando en *élla*. Según la frase de Alfredo de Musset, "la embriaguez de su desdicha le quita la razón."

El dolor le rinde y al fin halla un dulce consuelo en el sueño que le narcotiza.

Sueña que está en el Sol. Y parece que en realidad lo está, porque de pronto invade una blanca nube la posada y cuando la brisa se la lleva, aparece el palacio del Sol en donde se celebra el matrimonio de Sirio, hija del astro, y á quien el Príncipe toma por Elena.

Dejo á la imaginación de ustedes figurarse la belleza y el efecto de las decoraciones, y el brillo y lujo de los trajes. Baste decirles que las trescientas bailarinas representan las estrellas, el Sol, la Luna y demás astros, y que se celebra nada menos que el casamiento de Sirio. ¡Cómo resplandecen el oro, la plata, el azul....! La fiesta es suntuosa, magnífica, celestial. Como era disciplinado el ejército, así describen sus órbitas, con matemática precisión, aquellos luceros y así giran y así cruzan el espacio.

La novia, conmovida por las lágrimas del Príncipe, le da un ramo florido que le conducirá al país en donde le espera Elena con el corazón destrozado, y le muestra *el país*.... Lo forman de repente las estrellas: es un abanico viviente, de cien hermosas compuesto; é iluminado por sorprendente juego de luz

eléctrica. En la radiante atmósfera flota, vuela una mariposa de oro, mejor dicho, un serafín, que hiende el éter en todas direcciones "con una gracia exquisita, ligero como un suspiro, y blanco como un rayo de luna."

Miss Enea se llama la artista que desempeña este papel y está tan apropiadamente dispuesto el aparato que la sirve de sostén en el aire que el ojo más perspicaz no puede descubrirlo. El efecto es maravilloso. Creo que es una ilusión óptica.

En el cuarto acto la escena pasa en el Japón. Estamos en pleno Jardín de Yokohama.

Ciento cincuenta artistas aparecen sentados, muy atentos á lo que pasa en el teatro en que están congregados. Al fondo del escenario hay el del dicho teatro, convenientemente elevado. En él se representa *El trío de abanicos*, desempeñado por tres francesas que, á no serlo, fueran las tres Gracias. Es un baile japonés de tanto gusto que uno podría estarlo viendo un año entero sin fastidiarse. Entre los espectadores están, japonizados, todos nuestros antiguos conocidos. El príncipe tiene ahora un perro fáldero, pero ¡qué perro! Sabe más que Merlín. Dentro de su piel está el mismo actor que hizo el burro: como ya se los he ponderado, nada tengo que agregar.

Terminado *El trío de abanicos*, ejecútase un paseo con muñecos y farolillos de color y el *Baile de las linternas* en que figura *El paso del paraguas chino*, de lo más original, por el primer bailarín y la primera bailarina. Representan cruzar una calle, lloviendo, cubiertos con un paraguas chino, grande como un facistol. No puedo describirles este *paso* que me parece contiene cuantos movimientos y piruetas son comunes á los hijos del Celeste Imperio, y lo siento, pero no está en mis manos remediarlo.

A un golpe de batuta desaparecen el jardín de flores, el teatro y los danzantes, y como por encanto surge el palacio del rajah. A pesar de los sentimientos humanitarios que caracterizan á este príncipe, de acuerdo con su Consejo condena á su hijo á ser arrojado de cabeza por un antro, una especie de Roca Tarpeya, sentencia que contribuirá á su gloria, según dice Misaour quien, el infame, se alegra mucho de la próxima desgracia del pobre Sol.

Saben el caso los amigos del condenado y disfrazados de guardias de palacio, van con Misaour á preparar el suplicio. Como están muy bien disfrazados uno ignora que son éllos, hasta el momento en que con el pretexto de que hay cierto defecto en la boca de la trampa mortal, inducen á Misaour á reconocerla y cuando éste queda *á tiro* ¡ chupulún ! La idea es de Thomás Chips ; no será muy ingeniosa, pero sí muy eficaz, eh !

En cuanto á ideas, la mejor es la del rey : se muere de apoplegía á la mejor del tiempo y cata aquí al príncipe Sol sobre el trono. El mando y los honores no lo desvanecen ; sigue siendo noble y generoso, agradecido á sus amigos y fiel á su amor.

Piperboom será Ministro, *ministra* su barbuda señora, reina *la niña* Elena ; cuando menos embajador, Thomás Chips y de seguro que Jonás, el chino, los hotentotes, (marido y mujer) el gitano, Miguel y el escocés tendrán un buen pasar : no les nombrarán maestros de escuela.

La corte no guarda luto para no aburrir á los espectadores y al grito de ¡ Viva el rey ! hay casorio y gran fiesta en palacio, á la cual asisten brahmanes y dervises que parecen legítimos.

Por supuesto que la función concluye con un baile de los que entran pocos en libra.

Cuando uno deja su asiento parece que viene del otro mundo; parece que se ha estado divirtiendo en el cielo!

¡Qué enojoso me ha parecido este cuartucho de la *rue Lafayette* después de haberme hallado, á lo ménos *de ojo videtur*, en el palacio del Sol!

De seguro que mañana en la noche volveré al *Châtelet*, pues así como me place ver al *Príncipe Sol*, gozo admirando la gentil belleza de *mademoiselle Lantelme*, á cuyos talentos y gracia está encomendado el papel del protagonista.

Esta carta no puede ya ser ni más larga ni más fastidiosa.

Ténganle paciencia á un hombre que ve las cosas por primera vez!

- -

Es increible el número de los contrastes que uno ve en este país. Vaya un ejemplo:

Por la noche se venden públicamente en los bulevares, el *Journal des Cocottes* y *Le Cochon*, por no hablar de otras producciones más sucias é indecentes, que allí se pregonan con el mayor descoco, y leyendo las cuales.... no, no pueden leerse, tal grima dan, hay que tirarlas con asco, por más fuerte que uno pretenda ser. Arma más temible contra la inocencia y la virtud no puede esgrimirse como esta del periódico, que el joven y la niña están en capacidad de procurarse, al paso, por la suma siempre á mano, de un centavo, para irlo á devorar en cualquier sitio público ó privado de esta gran ciudad, en donde es tan fácil aislarse el tiempo que se quiera, ó allá en el fondo del paterno hogar, burlando la vigilancia de la avisada madre ó del celoso padre.

Ved el reverso: hay muchachas bonitas que harían recordar la sentencia: "Infeliz de la que nace hermosa!" empleadas en estos grandes almacenes,

trabajando asíduamente desde las 7 de la mañana hasta las 10 de la noche, en roce con muchos dependientes jóvenes, buenos mozos, duchos en las lides del amor, vendiendo sus mercancías á marchantes que no solicitan estas últimas sino por ir á hacerlas una corte galante, un sitio en regla, marchantes entre los cuales se encuentran con frecuencia príncipes poderosos que ofrecen palacios, diamantes, carruajes y cuanto su capricho les sugiere y su posición les permite. Pues bien, esas niñas se mantienen puras á todo trance y, como podrían hacerlo las flores de porcelana, resisten el furioso vendabal sin deshojarse, prefiriendo ganar honradamente su escaso salario de tres á cinco francos diarios para el sostén de sus ancianos padres!

Así concibo yo la virtud; la pureza rodeada de seducciones, manteniéndose incólume; bien así como la proximidad de la charca inmunda no embota el aroma de la rosà que á su márgen yergue el tallo.

Las mujeres públicas que aquí son legión, pasean altaneramente, convertidos en lujosos trajes, los trofeos de sus víctimas; sobre todo de sus *tipos* (así llaman á los vejetes - cada una tiene el suyo - que creen tener su preferencia.) A veces llegan á poseer coche ó caballo, criados, librea que lucen en el Bosque de Bolonia con el aplomo de princesas.

Allí, sentadas bajo los árboles de los Campos Elíseos, en una glorieta del Bosque, están, de paseo, esas hijas del trabajo de quienes he hablado hace poco. Ellas contemplan la dicha retratada en los semblantes de las hijas de Vénus, podrá cruzar por su pensamiento (son mujeres) el deseo de brillar como esas *afortunadas*, saben que de placer en placer pasan la vida, recuerdan que ellas irán á afanarse al día siguiente, todo el mes, el año entero sin salir de su olvidada oscuridad, pero pueden ustedes estar seguros de que por nada del mundo querrían trocar su condi-

ción modesta por la condición bochornosa, aunque deslumbradora, de las prójimas aquellas.

Nadie os pedirá limosna por las calles de París. A pié ó en coche anduve gran parte de los principales barrios, observando si había pordioseros. Uno ví en la calle Lafayette, otro en el Puente Nuevo: ambos eran ciegos, uno viejo, el otro jóven: no pedían. Arrimados al muro, con el sombrero colgado del cuello, copa al pecho, por su actitud no más imploraban la caridad pública. Amigo de averiguarlo todo, me situé media hora á corta distancia de cada uno de aquellos infelices. Centenares de personas pasaron y les vieron, ni un solo centavo ví caer en aquellos sombreros! Quise probar el efecto, y aunque no me gusta dar limosna en público, deposité un centavo doble (diez céntimos) en el sombrero del más viejo. Como estába seguro de que era ciego (tenía las cuencas vacías) me detuve á contemplarle. Como si le hubiera sacudido una corriente eléctrica su cuerpo tembló de piés á cabeza, la torpe mano agarró febrilmente la moneda y los labios se movieron como para proferir una oración, miéntras que la fisonomía se iluminaba de satisfacción. Pobre cieguecito! Y allí, á dos pasos de él, en el café, un centenar de predestinados de la fortuna, bebiendo sin sed copiosos *bocks*, por matar el tiempo y dejando cada uno en manos del *garçon* lo que fuera bastante para que el ciego almorzara!

*

Unos efectos de población: la ropa súcia la recogen las lavanderas en unos grandes carretones cubiertos que dirige el marido y cuida un can, feo hasta más allá de la cuenta; ¿saben ustedes cuántas camisas caben en uno de esos carros? dos mil.—La panadería más chica expide el pan por carretadas (bollos

de cerca de un metro de largo) y por carretadas se hallan en las calles las zanahorias, los nabos, las lechugas, los repollos, todas las hortalizas conocidas, en una palabra; y así el vino, las frutas, los sifones de agua de Seltz, etc, etc. Mercados hay que no se cierran sino por un rato de la madrugada y en los cuales hay *lleno* lo mismo á las 7 de la mañana que á las 7 de la tarde. Los teatros repiten 300 veces en 300 noches consecutivas una misma pieza cada uno, y todas las noches están llenos desde el patio hasta el Paraíso (aquí, propiamente hablando, no lo hay: digo así por la posición de esas localidades que aquí se llaman 1ª, 2ª y 3ª galerías – están superpuestas.)

Y ya que hablo de teatros, diré que en todos las señoras van indistintamente á cualquier localidad de los mismos; que al principiar los espectáculos los franceses hablan más que nunca é interrumpen contínuamente á los que callan; que los forasteros (escribo en París) son muy malcriados y meten mucha bulla; que las acomodadoras se pintan para sacarle á uno aunque sean dos centavos; que en los entreactos se pregonan los periódicos á grito herido, y lo mismo naranjas, refrescos, etc. (Aqui se comen por la noche las naranjas, sin miedo al cólico.) Lo que es bueno hasta dejarlo de sobra son los actores y las actrices, los cantores y las cantatrices–bailarines y bailarinas por de contado. Recuerdo que en el teatro de la Opera de Caracas no gustó el bailarín y hasta, la primera noche que salió á las tablas, además del murmullo de desaprobación hubo dos ó tres silbidos; pues aqui se le aplaude tal vez por ser el maestro de la bailarina: no será tan gracioso como ésta, pero lo hace bien, fuera de que yo creo que así como gusta la bailarina á los hombres ha de gustar el bailarin á las mujeres.

*

En este momento leo en un periódico que en el faubourg Montmartre han arrestado á varios pordioseros fingidos, uno de los cuales tenía en el bolsillo 31 francos, producto de las limosnas del dia, lo que hasta cierto punto destruye mi párrafo sobre los mendigos : mejor para París y para los sentimientos caritativos de sus habitantes.

*

He vuelto á la Exposición : visité exprofeso el carabanchel de Venezuela : la ropa sucia, en casa, no valía la pena de presentarnos en peor condición, ó la misma, á lo sumo, que las Repúblicas africanas. Ya me lo figuraba yo : les contaré á la voz, porque estas cosas no se deben escribir.

Son unas 36 las clases de maíz que exponen los Estados Unidos : hay blanco, duro, blando, pequeño, grande, liso, fruncido, pálido, mate, trasparente ; hay verde, morado, rojo, amarillo grano de trigo, grano de arroz, largo, chato, redondo, etc., etc., como para todos los gustos. Allá en la tierra de las arepas tenemos maíz amarillo, blanco, yucatán, tengueragua, cariaco, y san se acabó, ni ¿para qué variar ni aumentar si no ha de haber quien lo compre ?

Como en esta Exposición todo es grandioso, vieran ustedes una fuente en bronce en cuyo tazón se encabritan cuatro caballos más corpulentos que los americanos ; un altar mayor como para la iglesia de San Pedro, en Roma ; un lecho, mejor dicho, un ajuar de dormitorio de príncipe, todo forrado de seda azul, blanca y rosada, que parece ser la estancia en donde reposa Cupido, de regreso del mundo ; el panorama de la Compañía General Trasatlántica en que desde un vapor fondeado en el Havre se ven las 64 naves de esa rica empresa como si se contemplaran en

alta mar; jardines plantados hace dos meses que parecen ser de algunos años, llenos de rosas, de tulipanes, de jazmines, de qué sé yo cuantas flores; vieran millones en diamantes y joyas de las más lindas del mundo; vieran castillos de trajes de señoras, desde el peinador de batista hasta la vestidura de una reina, de una riqueza incomparable; los más caprichosos y elegantes sombreros para señoritas, que estas francesas, éllas solas, pueden fabricar; objetos de arte, de decoración y de lujo como no es posible superarlos; lunas de Venecia nunca vistas; estátuas en mármol, preciosísimas, en fin, cuanto quieran ustedes figurarse en artes, industrias, ciencias, oficios, religiones, razas, historia, etc., etc., lo tienen ustedes en esta estupenda, maravillosa Esposición de que no quiero decirles más, tanto por no fastidiarlos, como por temor de que me crean exagerado.

*

¿Les dije que estuve en el Jardín de Plantas? Me parece que no Allí no solamente se aclimatan plantas de remotos países, sino que se cuidan bestias feroces y mansas. peces, serpientes y otros bichos curiosos.

Cuando yo era cazador.... (de tortolitas y copetones, á orillas del Caroata, por donde está hoy la estacion del Ferrocarril de La Guaira) una tarde sentí un rugido en una cueva, junto á uno de los manantiales hechos por las lavanderas al pié del que fué barranco y hoy es puente de la esquina de Marcos Parra. Lleno de valor dí un paso atrás y armé los dos gatillos de mi escopetica, dispuesto á vender cara la vida. Esperé inmóvil diez segundos, y luego, resuelto, temerario, avancé á matar al león dentro de su

propia guarida. Digan ustedes que si no se me hubiera vuelto pacífico cochino aquella fiera, en su piel, delante de mi cama dejara yo todas las noches mis zapatos!

Me vino el recuerdo de esta hazaña al ver los hermosos leones del Jardín de Plantas, aquellos tigres reales, las hienas, las panteras. Yo había visto *retratadas* á estas respetables personas y declaro que los originales me gustaron mucho. Si algún día vuelvo á ser cazador y en una batida oigo el acento de alguno de estos *campesinos*, aunque de los degenerados de mi tierra, tendré cuidado – lo aseguro – de no esperar á que se me convierta en marrano: preferiré yo trocarme en ciervo.

Aquí tuve el gusto de hallar á varios paisanos, *indios del Caroní*, gentuza que habla poco. Estaban dentro de una buena cerca de hierro, bañándose en cómodos estanques, unos, y otros oreándose á la orilla, esperando el sol de los trópicos. Los saludé en español y no me contestaron, como si hubieran olvidado la lengua patria; les hablé en vancuence .... y nada!

Caimanes habían de ser,
parientes de Lucifer.

*

Aquí es preciso tener el *bon jour* en los labios desde que uno se levanta hasta que oscurece; bien pueda usted entrar y salir del Hotel ochenta veces en el día, á cada ida ó á cada vuelta, si usted no lo da, le da el *bon jour* la patrona, el criado, la criada, todo bicho estante y habitante en el olivo en que se mora. A veces uno se asusta, pues cuando menos lo piensa,

en la escalera, en el comedor, al cruzar una puerta, en su cuarto, le sale un prójimo con su eterno *bon jour, monsieur* y á uno no le parece que le dan los buenos días, sino que trae el gabán roto ó tiznado, el rostro de máscara, cara de crímen ó de comediante en ejercicio y que le avientan como de burlas un: "*muy buena que la ha hecho usted!*"

Este no es cariño: es *politesse*. ¿No fuí á una botica á comprar un pedazo de adhesivo, no me dieron una cuarta por cuatro centavos, y tan enorme gasto no bastó para que me acompañase el mancebo hasta la puerta, en genuflexión constante?

Ni por cuatro mil centavos de *acqua destillata et saccari alba* que le vendan á usted como drogas raras y caras en farmacias de donde yo me sé, le hacen á usted semejante demostración á la que produjo esta compra de cuatro centavos de adhesivo!

Se esmeran los franceses en agradar y en efecto que lo logran, pues en ninguna parte se consiguen relaciones más pronto que en Francia sin necesidad de cartas de introducción.

No deja ésto de tener sus ventajas, porque con un conocido aquí y otro acullá, se anda mejor este mundo: los conocidos son como las ventas de los caminos: va usted de viaje, entra, toma informes, refrescos, almuerzo, cena y cama, según su necesidad, y "*hasta otra vista.*"

No me critiquen ustedes que tiempo tendrán de ponerme á la vista de Júdas en cuanto mis apuntes lleguen á la firma.

Por ahora, vayan guardándome en una gaveta de mi escritorio estas cuartillas, por si acaso un día de deseos de verlas en "letras de Catón" se me ocurre mandarlas á un director de periódico para cuando quiera publicarlas como "*Cuñas*," es decir en la *Sección de Sandeces*, lo que ocurre siempre que (y éllo es frecuente) que al pobre suscritor no hay que darle

sino noticias alechugadas, es decir, verdes, insípidas y cogolludas!

Mañana salgo para Italia.

Au revoir!

París á pesar de todas sus ventajas, y tal vez por éllas mismas, me cansaba ya.... aunque parezca malo decirlo. Aquel bullicio, aquella repetición de placeres, pues al fin no son tan variados los que vimos, ya me hastiaban.

El Bosque de Bolonia, procesión interminable de coches por las avenidas de un extenso parque; la Avenida de los Campos Elíseos, recta calle bordeada de árboles, sin más; *Folies-Bergére* con su invariable programa; los cafés cantantes llenos de *lions* y de *grissettes*, bebiendo cerveza; los bulevares cuajados de paseantes; los restoranes con igual concurrencia que los cafés cantantes; vistos los monumentos y museos principales, fatigado el espíritu de contemplar tanta materia y tantas materialidades, salímos de la gran capital con rumbo á la Suiza-alemana, es decir dejamos el *esprit* por la flema teutona.

*

¡Qué bello, qué encantador espectáculo presentaron á mis admirados ojos los preciosos valles de la Suiza! Yo los contemplaba al despuntar la aurora. Blanquísimos copos de bruma envolvían las caprichosas colinas ó se cernían en las cañadas cubriendo otros, como un velo de tupido encaje, el fondo de los valles; y el sol naciente tocándolos con sus rayos de oro, rayos mágicos, los iba elevando lentamente en confuso tropel hasta los cielos.

La brisa matinal cargada con las emanaciones de los pinos y de las plantas silvestres que crecen á su

sombra, traía de lejanos y apartados sitios el grito del pastor, el mugido de la vaca y la animada cháchara de las aves de corral, vueltas á la vigilia después de una noche bien empleada. La humilde yerba agobiada por el peso del rocío, alegraba la vista con el verdor de su mullida alfombra; los empinados montes en donde las nieves son eternas hacían brillar sus altas cumbres, polarizando la luz en un cielo despejado, azul, trasparente. De las cimas, el calor, licuando los hielos hace descender hilos de agua cristalina por los flancos de las montañas, hilos que se convierten en caprichosos riachuelos primero, describiendo las curvas más originales, como si apostaran al que con mayor gracia lo hiciera, y después, más abajo, engruesan juntándose en impetuosos torrentes, se despeñan al fin en ruidosas cataratas, para formar á poco hirvientes rios que corren encauzados en tortuosos lechos de piedras, contra cada una de las cuales el líquido y friísimo cristal se arremolina cubriéndose con un manto de chispeante y murmuradora espuma como la nieve, blanca.

Si los ángeles son aficionados al arte de Apeles, de seguro que el cielo está lleno de cuadros que representan paisajes de la Suiza.

Iba el tren salvando inconmensurables abismos, largos y contínuos túneles del mayor atrevimiento como es ese del San Gotardo, pero apenas ponía mi atención en la obra del hombre, aunque gigante, por embelesarme en aquel panorama sin igual.

Cuando volví de mi éxtasis empecé á notar que las muestras de los hoteles y restoranes del camino y de las aldeas *dejaban de hablar en alemán* y convidaban al viajero en la lengua del Cisne de Sorrento.

Y á propósito. Paró el tren 20 minutos á la hora de almuerzo en un sitio bien agreste, de hermosas

perspectivas en donde hay un hotel muy confortable y se nos sirvió una colación, *de tres bbb: buena, bonita y barata;* eso sí, á paso de carga, y no por mozos, sino por unas muchachas frescas y graciosas que parecían, como yo las llamé, rosas de la Cumbre, (la Cumbre es aquel lugar que ustedes conocen en el *camino viejo* de Caracas á La Guaira, en donde *Pablo* vende flores tan lozanas y tan bellas.)

Y bien de prisa teníamos que despacharnos, pues apenas íbamos por el *dessert*, ya se presentaron en el salón los conductores dando el grito de marcha:

En voiture, messieurs, s' il vous plâit!

Casi todos los que tenían dientes postizos, y aun algunos *tiburones*, como el amigo de marras echaron mano, *sans compliment*, de los duraznos, melocotones y ciruelas, para *exterminarlos* en plena marcha. Como que todo estaba comprendido en los tres francos y medio del valor del cubierto!

¿Creerán ustedes que aquel *buffet*, allí, en lo alto de aquella montaña, lejos de poblado, sin competencia, está montado con tan buen gusto como cualquiera de su género en Paris?

Como estas rancherías las constituyen, un hermoso salón, de madera en losanje el piso, de madera tallada las paredes, de estuco ornamentado el plafond; grandes y pequeñas mesas de nogal, y sillas de lo mismo, brillantes, tersas como espejos, cubiertas de albos y finos manteles aquellas; un *side-board* monumental que ocupa enteramente una testera, todo él tallado con gusto artístico; un mostrador de mármol, lleno de frutas exquisitas y de dorados pastelillos; un aparador cuajado de licores finos, de golosinas y conservas; ágiles *garçons*, de rigurosa etiqueta; por dependientes, señoras y señoritas endomingadas; el lujo, la decencia y la armonía presididos por la comodi-

dad, no pude menos que recordar á Guaracarumbo en sus buenos tiempos, y en todos á los ventorrillos de nuestros caminos, con sus mesas como en las que se representa *La Cena* en las *Entradas á Jerusalén*, sus bancos de javillo, sus burdos manteles *manchados de limpio*, el mostrador, la armadurita, los bizcochos *cabeza de gato*, el rollo de tabaco de mascar, los medios -atravesados de *romo* con sus llaves mugrientas, el barril de *guarapo*, las botellas de *amargo* y los *puros* de á dos por un centavo.... Horror!

Bien dicen que las comparaciones son odiosas.

*

Al entrar en los valles de la alta Italia y ver las casas de la campiña todas con sus matas de parra, recordé á los italianos é isleños que, entre nosotros, siempre, si no lo reciben, hablan del vino que se da en *su casa*: todas son viñas según su cuenta, pero á buen seguro que de los cuantos vasos de vino que puedan dar esos pocos racimos haya para remitir á los parientes, nada ménos que á América. ¿No se han fijado ustedes en que esos vinateros siempre están dando lecciones *sobre cómo se hace el vino en su casa*, siempre por barricas? Ya pueden ustedes reirse, porque paréceme que *con una mano y un colador* se esprimiría en media hora la cosecha entera!

*

Bale, primera ciudad á que llegámos no nos gustó. Sería tal vez á causa de lo chocante, mejor dicho de lo violento del contraste. ¡Qué diferencia entre

Bale y París! La vista del hermoso Rhin, de la iglesia de Santa Isabel y de los buenos jardines públicos no nos compensó la visita á Bale, y á las pocas horas salímos para Lucerna, llevando sí el grato recuerdo del agradable desayuno que tomámos en la primera *Restauration* que hallámos al paso; no porque fuera compuesto de algo extraordinario sino porque los elementos, aunque sencillos, eran ricos en sumo grado: pan, que parecía hecho por Ceres; leche, ordeñada á Amaltea; era teobroma, el chocolate y la manteca, ambrosía! [De todos, el único que *contestó* fué el chocolate. Estuve envenenado durante tres días y tuve que ingurgitar algunas papeletas de Dower para restablecerme.]

*

Lucerna, propiamente hablando, no es bonita ni tiene mucho que enseñar en sus calles estrechas y tortuosas, pero qué pintorescas perspectivas no la rodean! Nacida donde muere el lago de los cuatro cantones, tal vez el más bello del mundo, parece servir de galante introductora á aquella maravilla, encerrada entre caprichosas montañas que retratan en su tersa superficie sus altas cumbres esmaltadas de nieve, sus faldas cubiertas de rectos pinos y de lujuriosa verdura de todos los matices y sus cinceladas playas sembradas aquí y acullá de preciosas aldeas.

Una flotilla de catorce vaporcitos de río, limpios como el salón de un palacio, cómodos como el mejor trasatlántico, hace el servicio del tráfico, yendo constantemente cargada de paseantes alemanes, franceses, italianos, yankees é ingleses. Ni un español, ni menos un americano del Sur, vimos entre los mil pasajeros que encontrámos en Lucerna. Mi compañero y

yo veníamos á ser allí algo así como plantas exóticas y tanto que éramos objeto de atento exámen para aquella gente, por nuestros ojos negros y nuestra piel trigueña. En Europa nadie sabe la geografía de América y así lo mismo seríamos, para unos, mejicanos, que para otros patagones, pues que aquí hay quien crea que Buenos Aires está en la frontera de los Estados Unidos! Los avisos en los trenes y lugares públicos en que se necesita prevenir algo á los extranjeros, están en francés, en inglés y en alemán; *nunca en español*, como si fuéramos chinos!

El vapor que montámos nos llevó, cruzando el lago en todas direcciones, á Hertenstein, Weggis, Viznau (por donde subimos en tren funicular al empinado Rigi], Buochs, Beckenried, Gersau, Trei-See-lisberg, Brunnen [en donde almorzámos], Rutli, Sisikon, Telisplatte, Banen Isleten y Fluelen. Aquí llegámos á las 3,50 p. m. habiendo salido de Lucerna á las 10,10 a. m. y volvimos á ésta á las 7,15 p. m. cambiando de itinerario, pues adoptámos otra ruta.

Nos habíamos hospedado en el *Grand Hotel National*, hermoso palacio, montado con un lujo asiático, fiados en que, al tomar los informes del caso, se nos dió un confortable cuarto con dos camas, en el primer piso y con balcón á la calle por el moderrdo precio de nueve francos al diá y se nos dijo que se comía á la carta.... Esta fué nuestra perdición.

Ocho lacayos de rigurosa etiqueta nos habían recibido en el vestíbulo y ofrecido sendas butacas en el bello salón abierto de conciertos que ocupa lo que entre nosotros viene á ser *el corredor de adentro*, mientras llegaba el Gerente, quien se presentó á los pocos segundos con un plano de la casa en una mano y un lápiz en la otra. Nos hizo un profundo saludo,—tal vez por mirarnos detenidamente de piés á cabeza,—y con cumplida, pero helada cortesía, nos indicó los cuartos que tenía y *aquello* de que se comía á la carta.

Por sabido se calla que comer á la carta es no poca ventaja, primero, porque al consumidor le queda tiempo de *consultar sus haberes* y de elegir los platos que éllos le permitan, y luégo, porque si no le acomodan los precios, bien puede irse con la música á otra parte ; así es que nos parecieron las condiciones aceptables y ¡ pesianosotros ! nos quedámos.

Después del baño de órden, cambio de traje y toma del *aperitivo*, bajámos al comedor, suntuosa sala, ricamente tallada y cuyo *plafond* es una verdadera obra maestra. Tan ciegos, tan confiados estábamos, que estos signos no nos causaron alarma. Eran las 3 de la tarde y fué preciso que nos frieran dos pares de huevos y un lenguado ; nos pusieron además un pedazo de carne fría, una ensalada, una botella de vino y dos tazas de café.

Hecha esta ligera colación fuímosnos á descansar á la sombra de la alameda que está al borde del lago. Escogimos la inmediación de los baños públicos, á donde iban llegando los muchachas y muchachas que salían de las escuelas para recibir allí clase de natación. Venían con sus respectivos maestros de primeras letras, quienes los entregaban á los acuáticos, cada sexo en su respectivo departamento. Como trescientos eran los rapaces, y, si nadaban como peces, metían una algarabía infernal, cuidándose mas de jugar en el líquido elemento que de estudiar las reglas del arte de las ranas.

Rematámos el día con un paseo en coche para conocer rápidamente la ciudad, y el día nos remató con un aguacero de padre y señor mío, acompañado de retumbantes truenos, horrísonamente repercutidos por las quiebras de este anfiteatro de montañas, y de relámpagos dobles que parecían salidos de la tierra. Nos refugiámos en el Hotel. Me sentia quebrantado y pedí una taza de leche solamente y unas cuantas galleticas. Mi compañero comió poco ¡ más vale asi !

pues se contentó con un plato de sopa, un trozo de carne y un vaso de vino. [Más luego se sabrá el objeto de estos fútiles detalles.] En blandos lechos dormímos, no turbado nuestro sueño por el atronador ruido de las calles de Paris, sino custodiado por un grato silencio.

Como la víspera no habíamos podido conciliar el sueño en el tren de París á Bale, nos levantámos á las 9 y dimos por el lago el paseo de que hicimos mención. En Brunnen almorzámos ¡afortunadamente! Vueltos al Hotel, fuímosnos al comedor y pedímos.... [¿No hemos dicho que el Menu no tenía puestos los precios y que fiábamos en lo que á este respecto es de uso en muchas partes?] pedímos, mi compañero, medio langostín, que más era camarón, los dos un par de chuletas de *jabalí casero* y ¡oh Dios! Madre de los Desamparados! amén, de una botella de vino, dos helados, una taza de café y tres duraznos, Vírgen del Socorro! también pedímos.... una perdiz!

Hecha *la consumación* entre gentes que parecían de la *high life*, considerado el lujo de aquel vasto comedor, el esmerado servicio, y sobre todo la faz judáica del apuntador, elevado en un escritorio como un rey en su trono, y girando sus ojos de rapiña, de los comensales á los criados y de éstos al papel en donde derramaba números, platos y francos, no sé qué vago terror se apoderó de mí. Mi compañero me invitó á dar un paseo y salímos; él, taciturno como es; yo, silencioso y como embargado por un fatal presentimiento....

Como partíamos para Milán al día siguiente temprano; pedímos la cuenta para la hora de nuestro regreso del paseo, las once más ó ménos. Al volver la hallámos sobre la mesa. Nó, no estaba allí, y fuénos preciso reclamarla, como si se tuviera pudor de pre-

sentar aquella monstruosidad. Júzguese: la copio íntegra para edificación de posaderos-salteadores:

Cuarto (24 horas)............	18,	francos.
Servicio (agua limpia en la ponchera)........................	4,	"
Luz (dos cabos de vela).......	2,	"
Omnibus para traernos de la Estación al Hotel (dos cuadras y media)........................	2,	"
Equipaje (dos maleticas)......	1,50	"

Almuerzo:

2 huevos fritos................	2,	"
1 lenguado frito...............	3,	"
2 pedazos de carne fría.......	2,	"
1 ensalada de lechuga	1,	"
Uso del cubierto...............	50	"

Comida:

Uso del cubierto...............	50	"
1 plato de sopa tapioca.......	1,50	"
1 tajada de carne.............	3,50	"
½ taza de café	50	"
1 " " leche con dos biscochos	1,25	"

Comida:

½ langostín....................	4,50	"
Alquiler del cubierto...........	50	"
2 chuletas con arvejas........	7,	"
1 perdiz asada................	6,	"
2 helados......................	3,	"
3 duraznos.....................	1,50	"

Agréguense 3 botellas de vino peleón, á 5 francos..................	12,	francos.
Pan, media docena de tabacos regulares...........................	16,	"
Omnibus para llevarnos á la Estación (nos fuimos *huidos, á pié*).	2,	"
	98,75 francos.	

Cien francos por 24 horas de posada *en Lucerna*, sin comer cosa de peso, que digamos!

Tres días estuve rabiando por este grosero asalto al bolsillo, uno de los más descocados que he sufrido, y en mis sueños aún me persigue *la imágen del Grand Hotel National* de Lucerna, como una *agradable* pesadilla. ¡Si descenderán de *Juan Palomo* los dignos propietarios de esta Sierra Morena!

MILAN

—

Vino á distraer mi pena la linda ciudad de Milán, á la que llegámos á las 5½ p. m. del día 11 de julio. Dos cosas me agradaron sobremanera en Milán: su archicatedral ó *Duomo* y la gentileza de sus mujeres. Mezcla feliz de la airosa caraqueña, de la indolente hija de Cuba, de la manola *pur sang* y de la señoril austriaca, la milanesa reune á estas condiciones la suya propia, típica, original, *sui géneris* que la hacen ser una de las mujeres más graciosas del mundo.

En el andar, en los modales, en el gesto, es que más se exhibe la distinción de su personalidad,: anda como si no tocara la tierra, acciona como accionaría un ángel, sus movimientos son rápidos y correctos y juega con su fisonomía de una manera encantadora. Del abanico ha hecho una arma poderosa. No lo sueltan ni en la calle ni en la casa, así el ama como la criada. Infeliz del que élla queme con sus ojos y aviente con su abanico!

Buenos y espaciosos paseos tiene la ciudad, en donde se tocan retretas por cuenta de los *Ristoranti* que en éllos hay, y á donde concurren bastantes familias. Los juéves y domingos ejecuta una banda compuesta de profesores, por cuenta de la Municipalidad, en la plaza inmediata al Teatro San Carlos que rebosa de *dilettanti*. Allí se ven cuatro muchachas guapas! Las huríes del Profeta, sin necesidad de ir al cielo!

Las principales calles están alumbradas por luz eléctrica, como las de los bulevares de París, las otras por gas. Muchos cafés de gran lujo hay y varios cafés cantantes. Es notable la *Galería Vittorio Emmanuele*, pasaje en cruz que sobrepuja en altura y anchura á to-

dos los de la capital del mundo y que viene á ser otro *rendez-vous de bon ton.* Allí concurren por las noches damas y caballeros á departir en grata compañía.

En esta Galería ví los primeros oficiales del ejército de Italia y á fe que si son tan valientes é instruidos como bizarros, la patria tiene en ellos muy dignos defensores.

Visitámos el Teatro de la Scala, los monumentos á Leonardo de Vinci—el competidor de Miguel Angel—y á Alejandro Manzoni, el dulcísimo poeta, San Ambrosio, el Museo Cívico y el Palacio de Brera.

Un grato recuerdo tenemos para el *Albergo dei Promesi Sposi (Posada de los Novios.)* Allí no estábamos por cierto en un palacio. pero sí en un posada bien servida y confortable. Los precios, muy razonables, mejor dicho baratos. Después de la copiosa sangría que nos dieron en el *Grand Hotel* de marras, *I Promesi Sposi* nos restañaron la hemorragia de las cuatro venas.

Pesónos tener que ausentarnos de la gentil ciudad, pero ello era forzoso. Tomámos un coche y luego el tranvía de circunvalación para dar nueva recorrida á la ciudad, á cosa de las ocho de la tarde, porque por un falso informe fuimos á la estación á las 6 para tomar el tren de Venecia, resultando que dicho tren paraba en Bolonia y el que nos llevaría á Venecia, saldría poco después de las once de la noche.

Sin cambiar ideas tanto mi compañero como yo nos felicitámos interiormente de lo que debiera sernos un contratiempo: tanto nos alegrábamos de permanecer en Milán unas cuantas horas más! Empleámoslas en visitar cierto Café á donde concurre la flor y nata de la sociedad milanesa, y dos jardines públi-

cos cuajados de paseantes, á quienes animaba la inocente y expansiva alegría de las personas que están ó parecen estar contentas con su suerte.

Con cuánto pesar proseguimos nuestra campaña de Italia!

Alquilámos en la estación, mediante la *lira* de ordenanza, cada uno su almohada y metímosnos, mohinos, en el wagón, á hacer que dormíamos, pues mucha es la trepidación del trén para realizar tal empresa, aún en los coches-camas en donde, por echarse, pagar diez pesetas parecióme siempre caro.

Repercutió en la férrea bóveda del patio-cochera de la *Stazione* la trompetilla del *Capo* (jefe del tráfico) como suenan las cornetas grandes de palma real que hacen los muchachos el Domingo de Ramos; tañó dos golpes una campana en el andén, silbó la locomotora que piafaba como corcel de guerra cuando va *á salir*.... y nos arrastraron lejos de la simpática Milán....

VENECIA

—

Eran las 5 a. m. del 13 cuando llegámos á Venecia. Envuelta en vaporoso manto de espesa neblina nos recibió la Reina del Adriático. En el andén marítimo de la estación, al pié de extensa gradería nos esperaba la negra góndola de encina, y como si fuera difícil su acceso, inmóvil en el dormido canal como se hallaba, ofreciónos su brazo tembloroso *il vecchio gondoliero*, que por limpiar de algas el último escalón y por hacerle creer que aún trabaja, sujeta con el bichero la ligera embarcación, cosiéndola á la orilla, obra por la cual es uso pagarle en cada vez *cinque centesimi* (un centavo.)

En la alta y aguda popa, de pié, girando el remo apoyado en un garabato de tres huecos á la banda de estribor, va el gondolero, manejando con asombrosa maestría aquel fúnebre y largo ataúd sin tapa, por los estrechos canales de la ciudad, mugiendo *¡ ahìhoé !* al llegar á cada esquina, para evitar las colisiones, pues que la góndola se desliza sin hacer el menor ruido, tanto por la quietud del agua cuanto porque la embarcación no tiene quilla.

No parece que los edificios de Venecia estén construidos sobre islotes, sino que hecha la ciudad en tierra firme la ha anegado el mar, de tal modo salen del agua las paredes.

Un silencio de muerte reinaba por todas partes (en Venecia no hay un coche ni un caballo) y nos parecían las casas, no tales, sino inmensos mausoleos. Ni un alma por las calles, y ni un grito, ni una voz, ni un ladrido siquiera se escuchaba. Espesa niebla bajaba hasta el nivel del agua y hacía horizonte á los

diez metros. El canal, no hendido por la góndola, apenas se rizaba y la revolución del remo no hacía vibrar el aire. De vez en cuando, al cruzar, gritaba el gondolero: *¡ Ahihoé !* y el líquido cristal llevaba á la distancia con gran limpidez el sonido de su voz, pero nadie contestaba. El ánimo sufría con aquella triste soledad y un estrecho nudo oprimía la garganta, como para que no fuéramos á turbar el sepulcral silencio que nos rodeaba.

El prurito de Venecia, contrario al de algunas *niñas*, es parecer vieja, y en verdad se sale con la suya porque difícilmente se hallarán muros tan señalados por la mano del tiempo y que parezcan tan súcios y derruidos.

Venecia parece una ciudad muerta hace dos mil mil años y salida del mar como debe salir de la tumba el que resucita y ha sido recién enterrado en urna de pino en la madre común: con el cuerpo acartonado, rígido, color de cimento romano, empolvado, con una chapa de barro aquí y otra allá, carcomido, roto, agujereado, incompleto, preñado de gusanos....

El agua y el sol han empañado las brillantes aristas de las piedras que forman sus edificios y monumentos, dando á éstas un color térreo seco, mate, aquí y allí manchado por la humedad ó chorreado por el estiércol de las palomas, aves que sobreabundan en Venecia.

La piedra que se desunió no se manda á calzar con su vecina; el ladrillo que se pudre no se repone hasta que no amenace ruina, el mármol que se desgastó adquirió mérito.

Aquellos tétricos callejones, verdes, estrechos, profundos, cuyas aguas ni besan ni lamen los cimientos de las altas casas,—muchas de cinco pisos, separadas por una distancia de dos metros apenas,—sino que aparentemente se empozan como las de los fosos, parecen haber sido inanimados testigos de crímenes

atroces. De cada puerta que da á los canales, de cada ventana, cree uno ver salir horripilantes espectros perseguidos por la terrible sombra del verdugo; á cada esquina que cruza la góndola cree uno entrar á la laguna Estigia.

¿Y es esta la Venecia tan alabada, tan pintoresca, tan llena de músicas y fiestas, de garridos galanes y bellísimas damas?

La ilusión, los recuerdos duran un momento. Aparece el disco del sol, huye la bruma, el silbo de los botes de vapor que cruzan el Gran Canal cargados de pasajeros, se oye á lo lejos; de todos los callejones, de muchas casas parten góndolas llenas de transeuntes, de viajeros, de mujeres. Abrense las puertas y por todas ellas ve el pasajero la vida y el movimiento del interior. Ya los edificios no parecen viejos mausoleos sino antiguas construcciones de todos los estilos revueltos á destajo: aquí el gótico italiano, allí el oriental, acá el del Renacimiento, acullá el jónico, etc., etc.; los cuales se iluminan, bien que mal, y se ve cruzar sobre los puentes de mármol ó de piedra que los unen tal cual otro transeunte. Sin embargo, aquel silencio, aquella soledad en donde respiran 148.000 habitantes, inspira no sé qué especie de tierna melancolía; algo así como la sensación que se experimenta contemplando la tumba de una persona que nos fué querida. Para distraer esta penosa impresión nada mejor que echar mano del cicerone que nos ofrece el portero del *Albergo de la Luna*, posada que escogimos y que por económica y confortable puede recomendarse, y salir con él á conocer la ciudad. Primero os llevará á la *stupenda piazza* de San Marco. (En Italia todo es *stupendo*, *carísimo*, *ottimo*: hay que seguir la corriente de los superlativos). Una plaza enlajada, fea, súcia, rodeada por cuatro galerías (corredores) con arcadas de piedra (aquí todo es de piedra ó de mármol)

se os presenta á la vista. De dos lados está el Palacio Real, de otro la Catedral, del cuarto, otro palacio (hoy Museo) y la Torre dell'Orologio. Cerca de la Catedral, al frente, en la plaza, aislado, tétrico, *cursi*, está el campanario, de ladrillo, que más parece estribo de un puente gigantesco que otra cosa. No entrámos á palacio porque en él está desde hace una quincena S. M. la Reina Margarita y *no la quisimos molestar.* La Catedral es un magnífico monumento, de estilo bizantino y copia de la de Constantinopla. En el fróntis están completos los cuatro caballos de bronce que Napoleón el Grande se llevó para Francia en 1805 y que reclamó después Venecia. Cruzando á la derecha encontramos la *Piazzetta*, de un lado continúa *Il Palazzo Reale*, del otro el de los Duxes, y al frente hacia el Gran Canal, dos columnas: la del León de San Marcos y la de San Juan Bautista, antiguo patrono de la ciudad. A la espalda del palacio de los Duxes, y uniéndolo con la célebre prisión, está el *Puente de los Suspiros*, paso de los condenados por aquellos despiadados tiranos. El guía guió hácia *Santa María de la Salute*, á donde fuimos en góndola para admirar en la Basílica, que es bella, tres lienzos de Lucca Giordano: La *Natividad de la Virgen*, *La Asunción de Nuestra Señora* y la *Presentación de la Virgen ;* cuatro de Ticiano: un *San Sebastián*, un *San Roque*, *La Visita del Espíritu Santo á los Apóstoles*, *Caín y Abel*, *El Sacrificio de Abraham*, *David y Goliath* y dos *Madonnas* de Saso Farato ; también las *Bodas de Caná*, de Tintoreto.

En *Santa María dei Fratri*, templo que tiene ya 650 años, vimos, del Ticiano, *El Dux de Pésaro ante la Virgen pidiéndole su protección para las guerras de Oriente ;* de Francesco Rosa, *El Milagro de San Antonio de Padua ;* de Parma [el joven] *el de Santa Catalina ;* de *Il Viverini*, abuelo artístico del Ticiano, *San Marcos*, *Santo Domingo* y uno ó dos lienzos de

menor importancia; de Salizatti, la *Asunción de la Virgen*. Allí están los Sepulcros de Ticiano, de Canova, de los Duxes de Pésaro y Nicolau Trou y de Foscari, obras de alto mérito artístico.

También la de Tenerani el escultor del sepulcro de Bolívar.

Fuimos á la iglesia de San Roque (*Saroco*, como decía el guía) y á la galería que antes era convento del mismo templo y que está adyacente, las cuales contienen una larga colección de pinturas del Ticiano, Antonio Rizzo, (discípulo del Tieppo) y sobre todo del Tintoreto [unos 50 cuadros] entre los que descuella *La Crucifixión*, magnífica. Catorce años estuvo aquí refugiado *Tintoreto* por causa de aquel célebre retrato, al cual tuvo que aditarle los cuernos.

Quisimos ver las fábricas de espejos y demás objetos de vidrio, y durante dos horas contemplámos la habilidad de aquellos hombres, mujeres y niños que manejan el vidrio como si fuera miga de pan, plegándolo á todos los caprichos, tiñéndolo de todos los matices.

De regreso vimos el Mercado. La sección de pescado es muy selecta por la variedad de pesca, pero el suelo es un charco de agua salada, y súcia hasta sobrepasar á toda ponderación. Tan fresco es el pescado que salta dentro de las cestas en que se vende. Y en cestas están las frutas, acomodadas en estantes de cinco ó seis tableros, de los cuales el más alto queda como dos metros detrás del más bajo, formando gradería inclinada. ¡Qué ricas frutas las de Venecia! Las fresas son pequeñitas y huelen á ambrosía, los higos son del tamaño del puño y dulces y frescos en sumo grado; ricas son las ciruelas, preciosos los albaricoques, y los duraznos, gloria. Las verduras y menestras son también exquisitas. Al salir del Mercado, dimos un paseo á pié por gran parte de la ciudad, pero como el calor era sofocante y mi compañero, poco

amigo de excursiones diurnas, debía esperar ya mi vuelta para almorzar, regresamos á *La Luna.* Después de la comida salimos á pié por la Plaza de San Marcos y paseo del muelle, muy concurridos á esa hora por gente de todas condiciones, pero más por la clase media. Dimos una vuelta por *el único jardín* que tiene Venecia (aquí jardín es paseo sombreado por calles de árboles, porque no hay flores en éllos) y á donde nos condujo un buen vaporcito mediante el módico procio de *due soldi* por persona. Regresamos al Hotel y no dejó de llamarnos la atención hallar iluminadas todas las piezas bajas de las galerías de San Marcos: cada una era una tienda de lujo. Mucha concurrencia vimos entonces, en aquellos claustros sombríos.

Pagada la cuenta que fué moderada, tomámos una góndola á cosa de las 10 y rema que rema por aquellos oscuros callejones, en donde se bañaban hombres, mujeres y muchachos, charlando, riendo, jugando y sobre todo nadando como peces, oíamos las diferentes músicas de uno que otro café y las canciones de los hombres del pueblo, saludando á la luna que surgía con una limpidez sin igual.

A las 10,40 rodábamos por el camino de Florencia y como á las 2 debíamos cambiar de coche en Bolonia, velábamos al postigo, contemplando aquellos valles fértiles, sembrados de maiz, ahullamas, caraotas, uvas, etc., etc., sin que un solo palmo fuera egido.

Qué diferencia en Venezuela!

*

FLORENCIA

—

A las 6½ de la mañana del 14 descendimos en *Firenza* para conocerla, después y para dormir primero, pues que ya era larga la vigilia.

El *Hotel de Milán* nos brindó albergue y allí dimos con la molida humanidad.

En vano quise concebir el *Sueñito de la Virgen:* el ruido de los coches [era domingo] sobre las calles enlajadas, me lo impedía. Abrí el balcón y me puse á ver las mujeres que entraban á la iglesia de Santa María la Mayor que está al frente. Vestidas con lujo parisién y llevando el traje con más garbo, siendo más bellas que las francesas, las florentinas me parecieron encantadoras; aunque todas llevan abanico como las milanesas no lo usan tanto. En cambio, de diez, ocho iban vestidas de color crema, lo que me hizo suponer que ese matiz hace furor por acá. Breve tienen el pié, airoso el talle, la faz graciosa; en una palabra, me gustaron tanto, que ya era medio día y yo estaba en el balcon.... viéndolas: eran estrellitas desprendidas del cielo!

Después de almuerzo las calles quedaron desiertas, como quedan las de Caracas los domingos á las 2 de la tarde. Salimos en coche para irnos á refrescar á algún jardín, pero el único importante estaba lejos, en las afueras, y el sol estaba ardiente para aventurarse á sus rayos. No nos quedó otro recurso que azotar las calles. Al paso leímos un cartel que avisaba que desde las seis habría fiesta en el Casino (paseo aludido), concurso de velocipedistas, concierto al aire libre, música en el *Ristoranti* del primero y que sé yo qué otro

entretenimiento. Preferimos aguardar. Fuimos. La fiesta no nos pareció digna de hablar de élla.

Estuvo *cosi*, *cosi*.

No encontrando á donde dirigir nuestros pasos y siendo tan hermoso el día nos dejámos conducir por nuestro cochero más allá del Casino hasta el apartado sitio en donde se halla la tumba de aquel desgraciado príncipe indiano que en su viaje de regreso al extremo Oriente sucumbió en Florencia en la flor de su salud y de su edad. Allí, bajo aquel cielo diáfano y sereno, á orillas del Arno majestuoso, sentados en un banco de piedra que altos pinos sombrean escuchando los misteriosos y lejanos ruidillos de la desierta campiña y de vez en cuando los melancólicos carrillones de los campanarios de la ciudad, iluminada en ese momento por los rayos del sol poniente, que la hacía resplandecer como la plata pulida, respirando la tibia brisa vespertina perfumada con efluvios silvestres, creíamos asistir á un idilio no escrito, ni trasladado al lienzo por la mano del artista, sino ideado por la Naturaleza para complacer á una criatura privilegiada por los cielos. Sólo la proximidad del crepúsculo, desvaneciendo la ilusión, nos hizo tomar al azar el primer sendero del cercano bosque donde todo convidaba á la poesía y al amor.

Pero como de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, una vejezuela salida de no sé donde, fea, bien que limpia, y con el aire de haber servido de camarera, en su tiempo, á la ninfa habitadora de aquella soledad, llevando en la mano izquierda un cestillo de pequeños ramilletes de claveles, se nos puso delante empeñada en que le compráramos alguno. Era oportunidad de pensar en Vénus y hubiéramos recibido bien á Flora para obtener de élla un homenaje á favor de la madre de Cupido; pero encontrarnos de manos á boca con aquella harpía que nos daba tres claveles en cambio de *due soldi*,

era como recibir un cañonazo de prosa al salir de un raudal de armonía: era como recibir en el Olimpo un puntapié para caer en el Averno.

Como Atropos el hilo de la vida, cortó la viejecita el que nos guiaba – como á Teseo – en el laberinto de nuestras ideas vagas, confusas, parecidas á las que nos embargan durante un sueño agradable.

Una hora después estábamos en el palacio del *signor* Morfeo, agasajados como dignos cortesanos suyos.

Al rayar el alba mi primer cuidado fue ir á ver el Duomo, el Bautisterio y las galerías *degli Ufizzi* y del palacio Pitti.

Que ricos monumentos! Qué espléndidas colecciones de estatuas y de cuadros griegos, franceses, flamencos é italianos!

Horas enteras estuve abismado entre aquellas suntuosas obras de los más renombrados artistas y dos lágrimas se escaparon de mis ojos al recordar que en mi patria *¡no hay nada¡* y que yo jamás podré volver á proporcionar á mi espíritu estos goces divinos.

Yo soy profano en todo, que el imperioso deber de trabajar para vivir me llamó muy temprano al taller del artesano, primero, y al escritorio del comerciante, después, pero ¡cómo amo yo el arte, Dios mio, cómo me cautiva, cómo lo admiro sin comprenderlo y cómo me duele saber que nunca podré disfrutar del inmenso placer de conocerlo!

El calor de la tarde nos obligó á quedarnos en el Hotel (en donde escribo estos reglones pues borroneo mis impresiones horas antes de salir de cada ciudad) y en la noche vagámos un rato por las calles bastante animadas por los paseantes de á pié y de á caballo.

No sé si he hecho constar que en Paris, vi solamente tres perros, ninguno en Bale, ninguno en Lucerna, tampoco en Milán, ni en Venecia. Aquí vi

dos, pequeñitos y feos que vendía un *mocho.* ¿Qué hará esta gente para no tener perros? ¿Cómo impedirán su propagación? Bueno fuera que nuestros Concejos Municipales pidieran la receta para librarnos de la inundación de perros que nos acosa en Venezuela.

Creo de este lugar decir que desde que estoy aquí no he visto una sola mujer en cinta. Entre tantos miles de Evas, la cosa no deja de ser rara y por eso la apunto.

Pasada la cuenta que fué tan módica, como atento y cumplido habia sido el servicio, hízose cargo el *facchino* de nuestras flacas maletas y condújonos al ómnibus de la posada que en pocos minutos nos llevó á la *Stazione* para tomar el tren de Nápoles, vía Roma....

*

Alto ya el sol, por cierto mui ardiente, entrámos á la Ciudad Eterna, sólo para cambiar de tren. A la vuelta de Nápoles sería nuestra visita pues según nuestro itinerario, por élla debíamos pasar al remontar la Italia.

En Europa no se toma café. Algunos que repiten en mi tierra la especie de que allá nó, sino aquende el Atlántico es en donde se bebe puro, hablan por boca de loro, que no de ganso. El café en Europa es oro; el menjurge que le dan á uno como tal café es de lo mas detestable. Y la tacita vale *cincuenta céntimos!*

Mientras salía el tren para Nápoles, entrámos á un *Ristoratore* y pedimos de desayunar. *Pane, burro, café e latte per questi egregi cavallieri*....gritó el dueño de la cantina al mozo. Sabía de antemano cómo prodigan los italianos los adjetivos exaltadores, pero

oyéndome llamar *egregio*, en Roma, me quedé hecho una pieza: por poco nos llama el hombre *eminentisimos!* El *pane* y la *burro* [mantequilla] eran buenos, pero *la mixtura* mala, y la leche, si no era agua de arroz caliente, mucho se le asemejaba. No teníamos el recurso de ir á solicitar cosa mejor, y nos *endrogamos.*

"*Partenza! Velletri, Cápua, Caserta, Nápoli!*" gritaba ya á la puerta de la sala de espera el joven encargado de advertir á los viajeros. Dímosnos prisa, y al salir al andén uno de los sirvientes del trén, espontáneamente, nos acomodó en un coche bien ventilado, provisto de *Cabinet et toilette*" [no todos tienen por acá ese *indispensable*] y después de desearnos "*bon viaggio!*" nos saludó tendiendo hacia nosotros el brazo derecho.... armado de la gorra, con tan expresiva intención que nuestros portamonedas variaron de peso.

Esta escena nos hizo recordar á cierto individuo que ahora años paseaba un oso por las calles de Caracas y le hacía bailar de trecho en trecho; esperaba que el corrillo de curiosos se espesara y entónces, gorra en mano, recorría el círculo, exclamando con voz sentenciosa: "*Todo se paga en este mundo!*"

*

Estéril, silenciosa, tristísima es la campiña de Roma, pero á medida que nos acercábamos á Nápoles, recobraba su imperio "*la nodriza de las gentes*," y contemplaban con placer nuestros ojos aquellos fértiles campos cuajados de verdura. Hasta perderse de vista se extendían los maizales, casi maduros ya, y entretejidos por festones de caraotas, colgantes de

hileras de altas varas, fijadas para dividir los tablones. Luego vinieron los cuadros de hortalizas, por leguas enteras, los humeantes caseríos en que se acababa de preparar la *coluzione* (el almuerzo) y por fin Nápoles la bella, con sus 700.000 habitantes, tendida en arco al fondo de su dormido golfo y bajo su trasparente cielo, con toda la indolencia meridional.



Godofredo Mallory

(VERUTIDIO)

NAPOLES

—

Dicen que el Vesubio tiene 5.400 piés de altura, pero, comparado con el "*Avila altanero,*" me pareció "un cerrito," respetable sólo por el humo y el fuego que continuamente despide. Cuando llegámos, hacía ocho días que empezaba á correr por lo alto de su flanco que ve á Cabo Campanella una columna de lava, que á ojo desnudo vimos desde un balcón del Hotel.

De prisa almorzámos, como que eran las 3 p. m., *al fondear*, y el estómago no se acordaba ya de la comunión hecha en Roma, y cumplido este precepto higiénico, salimos á recorrer la ciudad, en un coche, cuyo conductor apechugó con nosotros al vernos asomar á la puerta de la posada. Nos cayó encima como el milano á la paloma y desde ese momento le pertenecimos, pues que apenas salíamos al balcón, debajo de él estaba acechándonos; si salíamos á pié por la puerta falsa del *Albergo*, cata á nuestro Automedonte dándonos caza por las calles para ofrecernos hasta de balde el coche.... Me parece ver su rostro acuchillado como el de un zorro, denotando la expresión de quien tiene empeño en servirle á uno á cualquier precio. Acabó por hacérsenos simpático el tal auriga, á quien luego trató de corrompernos un sugeto llamado Vincenzo Rizzó, del cual hablaremos á su tiempo.

Hasta las 7 de la tarde estuvimos recorriendo las animadísimas calles de la antigua capital de las dos Sicilias. Las más concurridas son la de Toledo y la de Santa Lucía: en la primera están las tiendas y comercios finos: en la segunda hay de todo, fotografías, cantinas, tabernas, hoteles, fruterías, cerve-

cerías, casas de pescadores, etc., etc. Al frente de esta calle de Santa Lucía tiende su manto azul la hermosa mar napolitana, y por tanto allí se ven en activa y sorprendente mezcla todas las clases del pueblo, es decir, gentes de todas las profesiones, aunque en particular marineros y obreros.

Tuvimos el placer de admirar gran parte de la magnífica escuadra italiana, anclada en el puerto, y de observar los ejèrcicios de su tripulación, que se prepara á grandes maniobras en estos próximos días.

Evitando el calor actual, gran parte del pueblo napolitano, por decirlo así, vive en la calle. A las puertas de las casas cosen el sastre y la costurera, cocina y lava la madre de familia; martillea el zapatero, asierra el carpintero, etc.

Tal vez contribuya á esto el estrecho local en que están las ventas y los talleres: en algunos hasta las camas se ven.

Es prodigioso lo que se bebe en Nápoles, pero no por cierto bebidas alcohólicas sino refrescantes. La limonada es una de las preferidas. (Los limones agrios aquí son como los dulces de Venezuela, aunque algo menos jugosos.) Siguen el vino y la cerveza que se consumen en gran cantidad.

Casi todas las callejuelas que caen á la gran S que forman Santa Lucía y la Vía Toledo, son materialmente hervideros de gente, pero ¡cosa que nos llamó la atención! no meten el ruido que es de esperarse, ni forman las *peloteras* que surgen en otros lugares en que hay estos apiñamientos.

Después de todo, franceses é italianos se dicen hasta *barriga verde* por quítame allá esas pajas, se acercan el uno al otro, los que riñen, con los puños cerrados y echando llamas por los ojos, y cuando van á acometerse, cuando de los dos leones no van á quedar por tierra sino las dos colas, en el punto preciso

en que la catástrofe es inminente.... aflójanse los músculos, ábrense los puños, los brazos caen, se restaura una polémica descendente, vienen las explicaciones suaves, recobra la conversación su puésto y *adieu*, *compére*, tan amigos como antes!

Estos argumentos, tengo para mí que son mejores que *la piña*, *la chirimoya* y otras *frutas* de los trópicos, y aunque menos contundentes que el revólver, más eficaces; fuera de que no atentan contra la estadística de las naciones.

Al regresar al Hotel nos ofreció sus servicios el guía del mismo para las excursiones del Vesubio, de Herculano y de Pompeya, con el cual, mediante ocho liras (pesetas) de comisión, nos pusimos en marcha al anochecer del dia siguiente, yendo antes al Convento de Santa Clara, en donde profesan varias damas de las principales familias partenópeas; á una capilla privada de antiguos patricios en la cual hay una notabilísima estatua de Cristo yacente, por la que se ha ofrecido *su peso en oro* á la familia; en vano por su puesto; á la Catedral, que es suntuosa, y por fin al Museo pompeyano, único en el mundo, y de una riqueza incomparable.

Los frescos transportados de la muerta ciudad, después de diez y ocho siglos de cubiertos por las cenizas del Vesubio, están allí intactos, con sus colores vivos y su dibujo correcto. Y luego, apenas dando crédito á nuestros ojos, vimos que los mismos, mismísimos útiles domésticos de que nos servimos hoy, eran antiquísimos entre los hijos de Pompeya. Como si fueran extraídos hoy de una casa arruinada por un incendio á ella vecino, están allí el cuchillo, la cuchara, la campana, los vasos, las llaves, los picos, las hachas, las barras, el compás, las cerraduras, las azadas, el carmín para las mujeres, pulseras, brazaletes, telas, platos, hasta cajas de hierro claveteadas

para guardar dinero, *todo idéntico* á lo que usamos ahora, después de dos mil años!

La colección de cuadros y de estátuas antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, es de lo más extensa é interesante. Tres horas apenas nos bastaron para echar una ojeada á aquellos valiosísimos tesoros.

Era preciso tomar el tren de las 11 y 35 para irnos á almorzar al "Hotel Diomédes," á dos pasos del esqueleto de Pompeya. En 50 minutos estábamos en él, después de atravesar los *villaggios* de Portici, Torre del Greco, Torre dell'Anunziata y Torre Centrale, desde donde siguen hasta Capo Campanella, unidos, casi todos, como los prenunciados, Pompeya, Castellamare, Vico y Sorrento, el más bello de todos. Surge Capri enfrente del Cabo como un testigo voluntario, salido expresamente del Océano, para contemplar el espléndido paisaje de aquel golfo sin igual.

Terminado que hubimos de almorzar, bien que era la una de la tarde y el sol hería con fuerza emprendimos la excursión á Pompeya. Por un repecho corto y bastante pronunciado, á cuyos lados se han plantado algunas flores y arbustos, y desde donde se encuentran los primeros guardianes de las antiguedades, que el Gobierno Nacional mantiene en todos los monumentos, se asciende á la antigua Pompeya, pagando el billete de entrada, (por su puesto), que vale cosa de un franco.

Al atravesar aquella puerta que daba al mar y por donde han debido escaparse los desgraciados habitantes en el instante de la catástrofe, no sé qué conmovedora sensación embargó mi ánimo, sumiéndole en honda tristeza y sugiriéndole las ideas que á uno le ocurren cuando piensa sobre esos terribles enigmas que se llaman la eternidad y la muerte. Pompeya es la viva representación de la idea del Valle de Josafat: aquellas piedras gruesas, negras,

lisas, ovóides que forman el empedrado de las calles, desgastadas por el roce del calzado y hondamente surcadas por las grandes ruedas de los carros; aquellas aceras estrechas que daban paso á una sola persona; aquellas casas sin puertas, ni techos, con los huecos de las ventanas arruinados; aquellos baños públicos, secos, silenciosos, bajo sus bóvedas respetadas por el peso de las escorias y por la mano del tiempo; aquellos enormes vasos que sirvieron en estos almacenes para depósitos de vinos y de aceites; esos *impluvium* intactos, bajo cuyas cubiertas de mármol se conserva fresca el agua; las paredes, cubiertas aún de pinturas al fresco; las fuentes públicas tan concurridas ayer y tan desiertas hoy; las columnas de sus templos paganos, fabricadas de ladrillo con una capa de estuco que todavía se conserva; las muestras de los talleres, en mármol, empotradas al frente de los edificios en que los había; las inscripciones, los sepulcros en que solo las cenizas se guardaban, todo parece asistir á una resurrección general bajo el juicio de los hombres. El "*Aquí fué Pompeya*" que parece leerse en los aires trazado por la mano de Dios, viene á ser como el *memento homo*.... ¡Cómo ocurre pensar allí en las vanidades y vilezas de este mundo! De aquella ciudad tan animada un tiempo, mudo esqueleto desenterrado de una campiña solitaria, queda. El esqueleto de un hombre jamás nos impresionó tanto como el esqueleto de Pompeya. El hombre, al fin, es débil, pero la ciudad es fuerte.... Bah! Qué valen para el tiempo, ni el hombre, ni la ciudad, ni el imperio? Tan mortal es el uno como los otros, y como tal vez un dia lo sea el planeta que habitamos. El universo es una sucesión de mutaciones.

En aquel largo y oscuro sótano en que se refugiaron las 22 personas que formaron la familia de Julius Diomedes, para morir asfixiados en tan breves

momentos, vimos patentemente cómo es del todo inútil pretender no escuchar la hora postrera; al pié de las columnas de los templos paganos consideramos la grandeza de las cosas de la vida; debajo de los arcos conmemorativos de los triunfos de los emperadores, la duración de la gloria; en las ruinas de la casa del rico, el poder del dinero; en los monumentos fúnebres, la vanidad humana....

Y qué sé yo por qué pensé sobre la inmortalidad del alma al ver en sus urnas de cristal los esqueletos de unas cuantas personas, conservados dentro de la musculatura de yeso vaciada en el molde que dejó impresa la natural en las cenizas, finas como el polvo de las alas de las mariposas.

Oprimido el espíritu por tristes ideas, salimos de Pompeya, que siguen sacando de su sudario de escorias hábiles ingenieros y numerosos trabajadores, pagados por el Gobierno de Italia. (Los hallazgos van á enriquecer el Museo de Nápoles, desde hace ciento cincuenta años.)

Pompeya era del tamaño de Macuto con callejones por calles.

Nuestro regreso á Nápoles fué muy pintoresco como que la orilla del mar iluminada por el sol moribundo, estaba llena de bañistas, de paseantes y de niños formando todos un conjunto seductor; y como que las calles se veían cruzadas por innumerables coches, carros y cabalgaduras, en animada confusión.

Salíamos del antro de la muerte para entrar al paraíso de la vida.

Nuestra atención se la llevaron esta tarde, con toda preferencia....digámoslo sin rubor: los burros!

Estos burros de Nápoles, tirando cochecitos (*carricolos,*) con una agilidad y prontitud que parecen peculiares á éllos sólos, me recordaron la flojera de los nuestros, flojera que no logran combatir los

argumentos de araguaney y los juramentos expresivos de que se valen por allá los arrieros. Aquí no se les apalea y, simbargo desempeñan su tarea con suma diligencia.

¿Será porque el burro es más apto para el tiro qne para la carga?

Lo cierto es que mientras en Venezuela parecen agobiados bajo el peso de cien kilógramos, aquí arrastran quientos con la mayor facilidad aparente.

Bueno sería que nuestros arrieros probaran, á lo menos por la cuenta que les dejaría. Un carrito es más caro que una enjalma, pero *carga más.*

Por supuesto, digo semejante cosa porque ustedes saben que allá todavía *los burros le hacen la competencia á los ferrocarriles!*

(Como este positivo aserto puede parecer antipatriótico al Gobierno, ó pecado político á lo menos, déjenlo en secreto hasta que haya libertad de imprenta.... del lado fuera del libro de la Constitución.)

*

A la puerta del Hotel, haciendo el muerto en el pescante de su *vettura*, estaba nuestro devoto cochero. Al vernos cerca, á tiro de pelota, se tiró á tierra y *capello* en mano:

—*Signorini, ecco la vettura*, nos dijo.

—Bien, la vemos, pero es temprano para embarcarnos en élla: antes vamos á comer(!).

—*Benissimo. Dopo il pranzo andremo á San Telmo, se voi volete. E molto bello, e il panorama della cittá, stupendo!*

—*Giá! Aspetta una mezz' ora, ma per el tuo conto.*

—*Oh, signori, e per un secolo.*

¿Qué hacer con un hombre así? ¿Cómo despe-

dirlo? Y sobre todo, después de contemplar la expresión de su semblante?

Algunos minutos después bajámos y por chancearnos, le digimos que habíamos comido mucho y que deseábamos pasear á pié, hartos ya de rodar. Por poco nos carga para meternos en el coche, jurándonos que nos llevaría tan despacio, tan *dolcemente* que no sentiríamos malestar alguno. Además, no nos cobraría sino cuando consideráramos que fuera tiempo de entregarnos á *la vida arrastrada*. Nos venció su tenacidad y *lo moderado del precio* y á una cuadra del Hotel, importunados por su seguimiento, subimos á la carroza.

De entre las ruedas salió, como evocado por *el espíritu malo*, un hombre alto, grueso, tuerto, de voz aflautada, el cual tendiendo el cuello por encima de la portezuela nos dijo en francés chapurrado: (*)

- -

La malicia del sujeto para hacer sus ofertas, los dimes y diretes que mantenía en dialecto napolitano con el cochero, á cuyo lado subió durante el *invitatorio*, nos puso en guardia; pero el deseo de ver bailar la *Tarantella* era antiguo y grande en mí y quise ir, á pesar de la inquietud del cochero y de su resitencia á aceptar la propuesta de Vicenzo. En el interín, rodando íbamos. Como no entendía el dialecto, dije á los contrincantes que hablaran en francés ó en italiano. Cortóse así la discusión y pedí al cochero que me llevase á ver el antedicho baile. Vióse Rizzo burlado en el si niestro propósito que nuestra sagacidad presumía y tuvo que cejar. A poco estábamos en la Via Chiaia N°.... en donde unas graciosas damiselas, y dos marineros nos dieron el gusto de contemplar aquella dan-

(*) A última hora el viajero ha suprimido la aventura que le pasó con Vicente Rizzo, por temor á la gente escrupulosa.

N. E.

za *sui generis*, en que se finge haber sido mordido por el venenoso arácnido de la Pulla.

Vicenzo cobró su comisión y aquí fué Troya, porque el auriga se le enfrentó.

Hubiéramos podido desembarazarnos de los dos con sólo llamar á un policía, pero queríamos divertirnos á su costa.

Rizzo quedó derrotado, el traidor! El cochero nos fué fiel.... hasta que nos sacó *una bona mano* (propina.)

ROMA

—

Al amanecer del 18 salímos para Roma, á donde llegámos como á las 3 de la tarde. Nos alojamos en el *Hotel Molaro*, como casi todos los del interior, desierto en esta época, en que la gente [al revés de nosotros] va á veranear á la orilla del mar. No nos disgustó la soledad: estábamos mejor servidos. Al vernos mi compañero y yo, sentados íngrimos á la mesa del Hotel, parecíamos un par de escépticos, principal y suplente, huyendo del contacto social.

No había baño en el Hotel y el gerente nos dió un criado para que nos condujese á un establecimiento balneario. El agua estaba fria como nieve. Cáspita! Si los romanos la gastan siempre así, deben estar templados como prima de violin.

Roma es una ciudad séria. Parece que le pesa ser *Eterna*. A ella no puede venirse sino por devoción histórica ó religiosa; por admirar estos monumentos paganos ó los innumerables templos católicos que á cada paso se alzan en la capital de Italia.

Más de cien iglesias vimos.... San Pedro nos llenó de pasmo, pero San Pablo nos llenó dc admiración. San Pedro será el más grande, pero San Pablo es positivamente, y aun no está concluido, el templo más bello de la cristiandad.

¡Cómo se ha *derrochado* mármol de todos los matices en volutas, columnas, zócalos, capiteles, muros, altares., etc.! Qué de millones gastados en honor del Supremo, para quien todo homenaje es mezquino, dada su grandeza y nuestros medios!

Yo no sé qué Papa sacrificó la belleza de San Pedro elevando un altar en el centro de la nave principal.....De esperarse es que venga un sucesor me-

nos....ferviente y restituya las cosas á su primitivo estado.

Casi todos los Papas están enterrados en San Pedro y muchos de sus sepulcros vi: uno solo de estuco, los demás de mármol, algunos costosísimos. Pío IX está enterrado en la iglesia de San Lorenzo. Creo que hizo bien....!

Los mosaicos de San Pedro son magníficos: los cuadros parecen pintados al óleo aún á muy pocos pasos de distaucia.

De los cuadros que contiene, de sus múltiples riquezas, de la grave majestad de la Basílica no hablaré porque tanto se ha descrito y tan conocidas son esas descripciones que temo importunarles repitiéndoles que tiene tres naves de 30 metros de anchura por 210 de largo; que la cúpula tiene 156 de altura; que San Anacleto puede muy bien llamarse el fundador de este templo; que en su erección trabajaron desde el emperador Constantino que lo edificó, Nicolás V y Paulo II que lo salvaron de su ruina doce siglos después, hasta Sixto V que terminó la cúpula; que en él han consagrado sus talentos, entre otros, Bramante, Sangallo, Rafael, Miguel Angel, Barozzi, Dalla Porta, Buonvicino, Donatello, Giotto, Bernini, etc., etc., y entrando en otros detalles que pudieran ser cansados.

He traducido del italiano la adjunta guía de la Basílica, que puede serles de alguna utilidad.

*

En el Panteón—templo fundado por Agrippa hace 1863 años—está la tumba del *Re galantuomo*. Sencillísima es. En un sarcófago de bronce oscuro, coronado por las armas de su casa, sin más adorno que esta inscripción:

VITTORIO EMMANUELE II

Padre de la Patria

A. D. MDCCCLXXVIII

reposan las cenizas del que realizó la unidad italiana después de tantos años de luchas, proscripciones y patíbulos....¡hasta asesinatos oficiales! en persecusión de la alta idea que debía convertir esta "*expresión geográfica*" en una de las primeras potencias modernas.

Un franciscano que hallámos á la puerta de la iglesia de Santa Prajedes (fundada hace 1007 años y en donde hay reliquias de 3200 mártires) nos mostró la columna en donde fué azotado Jesús: es de mármol azulado, apenas de un metro escaso de altura, con parte del capitel roto; sin zócalo [está en Jerusalem] y sin rastro de la argolla que debió tener en la cúspide para atar á ella á los reos.

Encima de la puerta de la capilla en que está la columna hay un cartel en lengua italiana que dice:

Está prohibida la entrada á las mujeres! so pena de excomunión!

Cuál sea la razón de aquel decreto, es cosa que no pudo explicarnos el fraile, pues para él mismo es

un enigma, según nos dijo, agregando: "porque es esta una capilla como cualquiera otra."

Malo es el alumbrado por gas en Roma y si no fuera porque en algunas tiendas del Corso, en la Plaza Colonna y en unos cuantos sitios más, hay focos eléctricos, nada diferenciaría á Roma de noche, de otra ciudad que le fuera inferior.

Extraño paseo es el que frecuentan los sobrinos de Remo: vanse á la Plaza Colonna, que es un cuadrilátero enlajado sin más adorno que la columna de donde toma el nombre, [erigida en honor de Marco Aurelio Antonino] y allí se están *parados* conversando unos con otros durante las primeras horas de la noche.

Por defuera, ni el Vaticano ni el Quirinal tienen cosa que llame la atención: sobre todo el último que no se distingue de las demás casas sino porque tiene un escudo de armas sobre la puerta y unos cuantos soldados de facción en el *zaguán.*

Bajámos en la mañana á San Pedro (*in Carcera*) y allí, en aquella fría subbóveda en que él y San Pablo fueron encerrados durante nueve meses, vimos la fuente milagrosa en que ambos apóstoles bautizaron á tantos convertidos.

Las ruinas de los Foros de Trajano (en donde hay una columna dórica de 122 pies de altura, la más alta del mundo) Romano y de Augusto (?); las del *Colosseo*, que la imaginación pobló en el acto de sanguinarios espectadores, presididos por el César; de los infelices gladiadores; de horribles bestias feroces; de sangrientas víctimas; de gritos de beodos y lamentos de inocentes; y las de algunos templos paganos también tuvieron su visita.

No era dia de estar abierto el Museo del Vaticano, y aunque hubo quien nos ofreció abrírnoslo con llave de oro, *no teníamos á mano* un puñado de *vil metal* para forjarla. Esperar tres dias no nos era posible: tuvimos que resignarnos á no verlo, y fué lástima, porque son dignas de verse las riquezas artísticas que sabemos contiene.

Después de comer fuimos al Pincio, y al Aventino tan famoso para nosotros, por haber jurado en él Bolívar la Independencia de Sur-América; al primero, como jardin, no lo hallámos mejor, ni siquiera igual al del Calvario de Caracas.

En el Pincio hay un grupo en bronce de los dos hermanos Cairoli, matados á las orillas del Tíber por los soldados de Pio IX poco antes de la invasión de Roma por las tropas unitarias, al momento de ir á acompañar en su embarque á Garibaldi.

Después fuimos á la Villa Borghese, que es un bonito parque.

Flores en los paseos de Europa, salvo en los jardines de Versalles, Dios las dé!

¿A qué contar los obeliscos levantados por los Papas, las monumentales fuentes antiguas, los palacios, las ruinas notables que encierra Roma?

Hay Guias y Relaciones que pueden consultarse, sin que me vayan ustedes á tener por plagiario ó fastidioso. Mi objeto es contarles lo que ví, para distraerlos un rato.

En esos libros no consta que el Municipio de Roma, como el de Caracas, no barre las calles, en donde se levantan polvaredas como según dicen se forman en el Sahara.

No toda la ciudad está edificada. Hay muchos barrios nuevos y otros precisamente en construcción en

los lugares más centrales. Roma tendrá 400,000 almas, y está más poblada en la llanura que se extiende del río al Viminale, al Pincio, al Quirinal y al Capitolio. Muchas tortuosas callejuelas hay, como en otras grandes ciudades de Europa. [El tráfico, el comercio, son los que han abierto las modernas calles, anchas, rectas, planas y hermosas,]

Imponente es el Mausoleo de Adriano ó Castillo de San Angelo, que no pudimos visitar. El barrio en que está es el más pobre de la ciudad.

Ya no son siete sino diez las colinas que ocupa Roma. Al Capitolio, el Palatino, el Quirinal, el Aventino, el Viminale, el Celio y el Esquilino, se han agregado ahora los montes Pincio, Vaticano y Gianicolo.

Sucede en estas ciudades de Europa que todos los dias parecen de fiesta y sobre todo las tardes y las noches. El trabajo como que no obliga tanto como en América. Hombres y mujeres van siempre vestidos con esmero, y las criadas en poco se diferencian de las señoras. ¡Cuando hasta las lavanderas en los sitios adecuados de las ciudades, hacen su oficio, de corsé, de polizón, de *gran quipú*, con solo un delantal que les defienda el traje! No se parecen á las de Anauco, por cierto.

Por las tardes ve usted en los paseos á todo el mundo y en éllos y en las noches rebosan de gente los cafés, los teatros, cuanto lugar de recreo hay.

Dinero se necesita para ello y si se comparan las diversiones con el trabajo, no se comprende como aquellas parecen superiores á éste.

Un lance que hará reir á mis hermanos me sucedió en Roma. La víspera de mi salida, al terminar de comer, me puse á elegir en la frutera que me presentaron, el durazno que me pareció más bonito y

mejor, y cuando lo estaba mondando, creyó el mozo que, como era verdad, yo no habia acertado, por más que pareciera rico el durazno y hermoso como pocos, me señaló otro, diciéndome:

—Señor, tome también éste, que es menos duro que el que usted ha elegido y también es más dulce.

Por más que el otro fuera mejor, el que yo tenía era muy bueno, y no pude dejar de exclamar :

—Si este hombre supiera cuántos duraznos agrios y verdes me he comido en las procesiones de Semana Santa !

Lo único que me pareció caro en Roma fué aquel baño, frío como nieve : á pesar de los calambres que me acasionó tuve que afrontar por él cinco reales !

Así como me llamó la atención el estado polvoriento de las calles, extrañé que no hubiera Mercado. En ciertas plazas, al amanecer, se venden legumbres, pero la carne se compra en la tienda del carnicero y en otras semejantes las aves, las frutas el pescado, todo : lo concerniente á la bucólica. A cada paso hay uno de esos expendios, lo que facilita mucho las faenas culinarias.

Antes de venir á Roma, creí encontrar en élla vestigios siquiera de aquellos fornidos legionarios " que el conjurado mundo "—como dice Bello—supieron allanar con su valor ; matronas arrogantes de alta estatura y formas estatuarias ; pero hube de sufrir un desengaño al ver que los hijos de Rómulo son de *complexión civilizada.* (Si no me explico, digan como la reina de España cuando en sus dudas ponía al márgen de los escritos que no entendía : " *Averigüelo Vargas.* ")

Como nota curiosa para ustedes y para dar fin á esta carta, hago relación de las iglesias que tiene la Ciudad Eterna :

Santa Bibiana, San Adrián, Santos Apóstoles, Santa Agnese (Circo Agonale,) San Apolinar, Santa María de Aracœlis, San Agustín, San Andrés de la Valle, Santa María del Pueblo, San Carlos (en el Corso,) San Luis, San Buenaventura, San Lorenzo [extra-muros,] Santa Cruz de Jerusalem, San Ignacio, San Crisóstomo, Santa Agnese (Puerta Pía), San Antonio, Santa Anastasia, San Bartolomé, San Lucas, San Clemente, Santa Lucía de Gonfalone, De Capuchinos, San Lorenzo (in Damaso), Santa Catalina de Funari, San Lorenzo (in Lucina), San José, Santa Cecilia, San Carlos, San Francisco, San Juan de Dios, Santa Francisca, De Jesús y de María, San Jaime (ó Jacobo), San Juan y San Pablo, San Juan Bautista, Santa María la Mayor, Santa María de Loreto, N S. de la Victoria, N. S. de las Animas, Santa María [in Vallicesa], N. S. de Consolación, Santa María de la Escala, Id. [Monticello], N. S. de Monserrate, Santa María de Montesanto, De Jesús, San Gregorio, San Juan de Letrán, San Juan [florentino] Santa María [in Dominica], N. S. de los Angeles, Santa María [in Aquiro], Id. [templo de Minerva], N. S. de la Paz, Santa María [in Capitelli], Id. [in Cosmedin], Id. [in Trastevere], La Virgen del Milagro, Santa María [in Traspontino], La Trinidad del Monte,San Pablo, SAN PEDRO [in Vaticano], San Pablo [en las Tres Fuentes], San Marcos, San Roque, San Pedro [in Montorio], San Nicolás [dei Lorenese], Id. (in Carcere), Santa Prajedes, San Sebastián, San Pedro (in Vinculis), Basílica Lateranense, Santa Marta, San Martín, San Nicolás de Tolentino, San Pancracio, San Onofre, Santa Prudencia, Santísima Trinidad, San Esteban (ó Estéfano), San Sixto, Santa Sabina, San Salvador, San Teodoro.... y San Silvestre!

Si he contado bien, son *ochenta y ocho*. A San

Silvestre lo dejé para el último porque por algo lo tendrán así en el Calendario, y sabido es que cuando se pretende alterar algo en la Iglesia debe contarse con el veto de Su Santidad, el célebre *Non possumus*, ó, como diría Sancho: *No meneallo !*

GÉNOVA

Entre Roma y Génova, nada de particular pude advertir, pues á la derecha teníamos aldeas y montañas y á la izquierda el Mediterráneo, sin que fuera el paisaje muy variado. Muchos bañistas había en Civita Vecchia y en su playa los vimos, mezclados hombres y mujeres, con sus salvavidas al cuello haciendo que se divertían en las rompientes (porque baños como los de Macuto no los hay por acá;) muy buen vino y ricas frutas en Orbitello; mucha quietud en Pisa, cuya torre inclinada nos fijó la atención; buenas obras navales en Spezia, el magnífico arsenal de Italia, y poco antes de llegar á Génova una larga sucesión de túneles que nuestro expreso no salvó en menos de ochenta minutos: cada estribo de aquellos cerros peñascosos (los Alpes marítimos) muere por aquella parte en el mar y ha sido preciso perforarlos para establecer la línea férrea, haciéndola, á nuestro juicio, costosísima.

En este camino tuvimos ocasión de ver dos minas de mármol, más ricas que las del Callao porque son dos cerros de mineral, altos como el Avila......

Llegámos á Génova como á las 7 de la tarde y apenas comimos ya estábamos en las calles, admirando tan bella y extensa ciudad, limpia que parece nueva, acabada de hacer, con sus hermosas casas y esbeltos edificios. Da gusto contemplar á Génova.

Debo decir para que mi crónica sea fiel, que al subir al cuarto que nos destinaron y abrir el balcón, que daba á una callejuela, ví en el frente, que estaba á toca teja, una linda trigueña "tez de rosa y de canela como América las dá," que me hizo saltar violentamente el corazón. Sea que con su instinto de mujer comprendiera, aunque no tendría sino 17 años, á lo sumo,

la impresión que me había causado, sea que mi éxtasis fuera muy cómico, lo cierto es que me dedicó su más bella sonrisa, autorizándome á saludarla, lo que hice tartamudeando y haciendo tal vez con ello poco honor á la lengua italiana. Creo que mi linda vecina vió mi turbación con benevolencia, pues me contestó con mucha gracia y siguió cosiendo un trajecito que tenía entre manos y que se apuraba en terminar, pero no sin lanzarme á hurtadillas unas miradas que me ponían en grave aprieto. Por un instante me olvidé que era casado.... Cuando fuí á cerrar el balcón para vestirme, no sé si le dije: *Con il suo permezzo, signorina*, ó *io vi amo con tutto il mio core.* Me puse á contemplarla á través de los visillos y ella que (á lo menos así me pareció) esperaba impaciente mi vuelta, me sorprendió *in fraganti.* Cómo me vió la niña entonces; cómo inclinó su cabeza como las de las madonnas del Correggio, bella; como sonrió, Dios mío!

Me ví al espejo y me parecí algo más feo que de costumbre: ¿en que consistirían, pues, mis éxitos? Porque dicho sea en honor de la verdad: *hice efecto.*

Ya iba á preparar una declaración.... pero recordé que era *cohete quemado*, que iba á cometer una infamia, ó cuando menos á pasar por un malvado á los ojos de aquel ángel.... bajé al comedor no sin haber antes dicho adiós á mi vecina

No puedo contar la despedida....

Salí loco del balcón....

*

El *rendez-vous* de Génova, que si tiene paseo público, no es de uso diario, está en las calles de *Roma, Carlo Felice* y *Garibaldi* y *Plaza de Ferrara* iluminadas por luz eléctrica.

Miles de damas y caballeros, á pié, las llenan por la noche de tal modo, que la circulación se hace en masa. Ahí no hay música, ni entretenimiento alguno: sólo se pasea de arriba abajo, conversando y mirándose los prójimos los unos á los otros. "A la tierra donde fueres...." dice el refrán. Pues lo que vimos, hicimos; con fruto, porque contemplámos á nuestro sabor la gentileza de las graciosas muchachas y el buen porte de las damas compatriotas de Colón.

Se representaba *Francesca de Rimini* en *Carlo Felice* y después de pasar un rato en el bonito Café de la Plaza Ferrara fuíme al coliseo. *Guido* interpretado por un *stupendo basso comprimario; Francesca* por un soprano magnífico, *Lanciotto* por un buen barítono y *Paolo* por un tenor de dulcísima voz, me llenaron de encanto con el desempeño de esta tragedia lírica.

De buena gana *me llevara en peso* esta compañía para Caracas. Ah, malhaya un empresario aquí para que hiciera economías!

Bueno estuvo el melodrama....
pero está mejor la cama.

*

Heme aquí en Savona sin más tiempo que 20 minutos para almorzar. Los aprovecharé para decirles que visité el espléndido puerto de Génova y me quedé hecho una pieza. Inmensos, grandiosos trabajos se han hecho allí, millones han costado, pero en cambio es aquel uno de los buenos puertos del mundo. [El de La Guaira no le da *por la pretina!*)

En cambio, ya que La Guaira está en parangón, Génova tiene unas callejuelas estrechas, tortuosas y

de escaleritas, peores que *Sal-si-puedes* y que la *Calle de los escalones*, y.... *váyase lo uno por lo otro* (que es como aquello del comerciante: "no me pagó la cuenta, pero le vendí bien caro!")

*

Un recuerdo para San Remo, el pueblecito más lindo y pintoresco de este precioso golfo.

Vi la casa en que agonizó el simpático Federico III. Porque aquí pasó de Príncipe á Emperador no pudo convalecer: estas balsámicas brisas, este cielo, este mar, este conjunto es tan vivificador que á mi parecer están vivos los muertos de San Remo!

NIZA

—

Niza es, como dijo un ilustrado escritor, un florón arrancado de la corona de Italia, y decimos nosotros que hoy es el nimbo que remata la diadema de la República francesa; porque Niza es en efecto como piedra preciosa depositada por esta diáfana mar mediterránea en el rincón más pintoresco de sus playas; porque Niza está cubierta por un cielo siempre azul y siempre claro, en donde el sol parece recrearse esparciendo con una ténue brillantez los más bellos rayos de su disco; porque Niza tiene un ambiente saturado con el dulce perfume de las violetas y de las rosas que constituyen sus jardines, perpétuamente verdes y floridos; porque Niza convida al amor, convida al placer con sus misteriosos encantos, que la más tierna poesía no podrá nunca encarecer, que es demasiado ruda la palabra, por melodiosa que sea, para traducir los inefables transportes á que se entrega el alma satisfecha.

Como de costumbre, tomámos un coche para recorrer la ciudad, apenas nos hubimos instalado en el Hotel Nacional, Hotel de tercer orden tan finamente servido, como cualquiera de primera, á pesar de lo moderado de sus precios. Niza tiene pocos monumentos públicos, fuera de su catedral afamada; pero en cambio posee rectas, planas y limpias calles, cortadas en elegantes manzanas de graciosos edificios, y el hermoso *Paseo de los ingleses* que por cuatro kilómetros se extiende, bordeando la playa, á cuyo frente se alzan en línea recta, en interminable sucesión, preciosas *Villas*, cercadas de jardines cultivados con el mayor esmero y que, á vista de pájaro, denuncian que sus dueños han podido reunir esas dos condicio-

nes que raramente se amalgaman: el gusto y la riqueza.

En la actualidad, Niza está desierta, como que es en el invierno que de todos puntos de Europa acuden sus acostumbrados huéspedes á disfrutar, lejos del trabajo fatigante y de las contrariedades de la vida, el dulce reposo que brinda ese canastillo de flores que un día de estos ha de llevarse un ángel á los cielos; por eso su comercio está paralizado, sus calles intransitadas, silenciosos sus paseos, monótona su playa; está como una virgen que vuelta del baile, se echa en un diván con su traje de gasa, de cintas y de plumas, calzados los guantes, resplandeciente de joyas y allí la rlnden la fatiga y el sueño. Ella despertará de su rosado sueño y el recuerdo del placer pasado prestándole nueva vida, le dará con ella fuerzas para las nuevas vigilias que de continuo crea su fantasía.

Niza no ha olvidado su suave indolencia italiana y está en su sér la encantadora coquetería francesa, imán con cuyo dualismo atrae al apartado habitante de Siberia lo mismo que al apasionado hijo de la región ecuatorial.

Niza es muy bella, muy bella; no es la morisca Granada ni la bordada Stambul; no impera en el Adriático ni en las riberas del Sena; no es la orgullosa señora del Tíber, ni la industriosa Nueva York; pero la lloraría Boabdil; palacio del Profeta fuera; dueña y emperatriz de quien una ocasión la vió es y será, sin que la revista torpe orgullo al tiranizar las rendidas almas de sus voluntarios adoradores, entre quienes siento no poderme contar el primero.

De vuelta del paseo, como no había otra cosa en que pasar la primera noche, fuimos á *Los Mirmidones*, á gustar de estas interminables *chansonettes* con que la poesía y la música francesa enriquecen el Teatro de este país.

*

Al despertar oímos un canto singular por un coro de voces infantiles. Como provenía de la calle corrimos á la ventana: era un entierro. Precedían al carro fúnebre, cruz alta, tres sacerdotes revestidos y, en alas, hasta 32 niñas de diez á 14 años coreando á veces solas algún salmo de difuntos de una expresión de tristeza, de dulzura y de resignación sin igual. Detrás del coche iban primero, en hileras de á cuatro, unas ochenta señoras y señoritas, vestidas con trajes serios, pero no precisamente negros como entre nosotros; lo mismo iban otros tantos caballeros que cerraban el fúnebre cortejo.

Jamás se borrará de mi memoria aquel sencillo espectáculo, é impresa ha quedado en mi oído aquella música que parece producida por un cerebro galvanizado por un espíritu extraño.

¿No creen ustedes que es tonta la costumbre de asistir á los entierros forzosamente en traje negro? Siempre me lo ha parecido. Cada uno debe ir como puede, pues que en esos actos no se va á exponer trajes sino á demostrar afecto y á procurar consuelos.

En este entierro ninguno de los acompañantes, excepto los sacerdotes que rezaban y las niñas que cantaban, abría los labios, ni alzaba los ojos. Qué imponente, qué respetuoso silencio!

Comparadle con las conversaciones, cuchicheos, risas y displantes que se acostumbran allá en iguales actos, á pesar de las advertencias de Carreño!

MARSELLA

Tan pronto como brilló la aurora, fuímosnos al muelle en donde termina la Cannebiére para tomar un bote de vela, — el *San José*, se llamaba — que, ante todo, nos condujera al castillo de If, inmortalizado por Alejandro Dumas en su popular novela del *Conde de Montecristo ;* y era tan fuerte la ilusión de que nos hallábamos poseídos recordándola en ese momento mismo, que creímos ver allá, en la playa, bajo frondoso emparrado, con todos sus detalles: la escena de la prisión de Dantés, la siniestra fisonomía de Mondego, la avinada cara de Caderouse, la sorpresa de Edmundo y la desesperación de Mercedes. Hasta se nos figuró *El Faraôn* el primer buque que hallámos moviéndose sobre sus amarras como se balancea un niño en su cuna !

La topografía del castillo no corresponde á la descripción hecha en el romance, pero sí espeluzna contemplar la estrechez de aquellos calabozos labrados por la tiranía de los reyes para tormento de sus súbditos rebeldes, ó que por su audacia se atrevían á censurar actos punibles de la autocracia monárquica Por otra parte, el viejo guardián de aquella sombría fortaleza, sabiendo ó adivinando que no se va al castillo á ver los calabozos de Mirabeau y de Máscara de hierro, apenas le hablamos del abate Faría no tuvo escrúpulo en indicarnos que cierta tronera abierta en la pared de aquellas mazmorras, había dado paso al esforzado Dantés, como futuro descubridor de los tetesoros del Cardenal Spada.

De la terraza del castillo primero, batida por una fresca brisa matinal y del Faro de la Joliette después, contemplámos conmovidos el golpe de vista que presentan el Lazareto, los fuertes, erizados de

cañones, *Notre Dame de La Garde*, enhiesta sobre la hermosa colina que la sustenta y atestada de los ex–votos con que la llena la fe de los marinos marselleses á quienes la mar pone en peligro cuando la borrasca destroza sus débiles esquifes; la nueva Catedral; el puerto de la Joliette, la ciudad entera con sus 400,000 habitantes; la trasparencia de ese mar Mediterráneo, azul como turquí en este punto, verde como esmeralda en el otro; los isletas, los buques, desde la balandra pescadora hasta el vapor transatlántico, atracado á los muelles ó entrando y saliendo constantemente del puerto. Marsella en cuanto á centro de navegación está relacionada con todo el mundo, así es que comercia con Smyrna, Beyrouth y Jaffa, como con los Estados Unidos, con Alejandría, Algeria, Italia y España, como con la India y la China, con Grecia como con Sur América: para ello está admirablemente situada. De los 50,000 extranjeros que forman la población flotante de Marsella, creo que los únicos venezolanos seríamos mi compañero y yo. Allí vimos prójimos de las cinco partes del mundo....hablando en francés, prueba evidente de que los hijos de San Luis no se ocupan de aprender lenguas extranjeras, contentándose con imponer la suya á los demás.

Y á propósito, ¿ qué tal si en mis verdes años no me hubiera hecho mi malogrado padre aprender á *rasguñar* el inglés, francés y el italiano?

En Inglaterra si uno no habla inglés, le dan la espalda; en Francia si no habla francés le dan lecciones y en Italia *se non parla gli parlan:* en cuanto á lo que sucede en Alemania al que no *puntea* la lengua de Schiller....más vale que no lo sepan ustedes!

Por la noche fuimos á la retreta que toca una excelente banda en uno de los bonitos parques de

la "Cannebiére," retreta concurrida por más de dos mil personas que se instalan, de pié ó sentadas, alrrededor de la baranda que circuye el paseo, del lado afuera, sobre las aceras, en apretados grupos del peor gusto, sobre todo porque se eclipsan las mil damas que forman la mitad del concurso; y luego á un teatro, en donde se ejecutaban buenas piezas de canto y de baile.

Es de notar que la gran mayoría de personas pobres va siempre bien vestida, de casimir los hombres y de lana las mujeres aquí no hay pobres que no tengan zapatos, ni mujeres que se vistan de zaraza.

Y ya que hablamos de vestidos, cabe decirles aquí que no existen mujeres que sepan vestir como las francesas. Por sencillo que sea el traje, les sienta tan bien, lo llevan con tanta gracia, es tan *chic*, que viene á ser una peculiaridad nacional. Lo mismo digo de los sombreros que usan. Para éllas el sombrero es la corona del traje y naturalmente ponen en su arreglo, disposición y adorno el mayor esmero. Las francesas tratan de ser, y en verdad que lo consiguen, *las mujeres más femeninas* del mundo, descollando en tan *évico* empeño las espirituales parisienses.

*

Un dato extraño al viaje, pero obtenido en él, aquí en Marsella: en este globo terrestre viven 500 millones de carneros, 300 de vacas y 60 de caballos, según ha calculado quien lo entiende; y como ustedes saben que, los humanos somos 1.250 millones, pico más, pico menos, entreténganse un rato en sacar la proporción, para saber cómo deberíamos repartirnos esos cuadrúpedos *amigos* (la amistad es unilateral por supuesto, de parte de esos pobres animales) que tanto sabemos explotar.

LYON.

Hemos pasado hoy por Lyon, la segunda ciudad de Francia, hermosa en extremo y tan comercial que, para darles de ello una idea, en la estación del ferrocarril llamado París-Lyon-Mediterráneo, larga como de La Guaira á Maiquetía, en esa sola estación conté más de *quinientos wagones* cargados de mercancías.

PARIS.

A las once de la mañana hemos hecho nuestra segunda entrada á París.

Esta tarde misma volví al Museo del Louvre.

Una cosa singular me pasó al contemplar ciertos cuadros reputados como obras maestras: no me lo parecieron! Profano en el arte, claro es que mi opinión tiene que ser absurda, pero debo decirles ingénuamente mis impresiones, que es á lo que me he comprometido en estas cartas.

Una de estas mañanas, por ejemplo, recorriendo las galerías del Louvre, tuve oportunidad de ver la *Concepción* de Murillo, la misma que trajo de España el Mariscal Soult, cuando Pepe Botella, y que le compró la Francia por 615.000 pesetas, y por más vueltas que la dí, no pude lograr que en mi pecho vibrase la fibra de la admiración. Así me sucedió con varios otros cuadros célebres. No crean ustedes que dejé pasar sin exámen tan refractaria conducta de mi espíritu: consulté con personas ilustradas....y algunas me dijeron que les había pasado lo mismo! No le refieran esto á nadie para evitarme sonrisas de lástima, y las pullas que merece mi ignorancia.

En cambio, puedo decirles que la *Virgen de la Silla* es lo más admirable que el pincel haya pintado. Ante ese medallón, el pasmo que se apodera del espíritu es instantáneo. Verlo es sentir una poderosa atracción, algo celestial que es inesplicable. Para referirles el aprecio en que tengo esa obra les diría que vale más, élla sola, que todo el Museo de Nápoles, en donde está. Pero aun tal comparación es pobre, porque cuando existe algo que no tiene par, algo que no es reproducible, viene á ser inapreciable. ¿En cambio de qué, á ser posible, daríamos la luz del sol?

Anoche oí en el jardín de las Tullerías un concierto musical ejecutado por mil doscientos músicos. Creo que debió ser muy bueno, pero mis pobres oídos, por más que adelgazaron sus tímpanos, no recibieron *las amazonas de armonías* sino como si oyeran una tempestad de notas, sin análisis posible; algo así como si á uno le inyectaran en el estómago el jugo de cien platos muy sabrosos y quedara á revienta pretina sin que el paladar pudiera dar cuenta de la irrupción hecha en el palacio de que es centinela. (Aunque el símil es malo, no conozco el contrapunto.)

*

A pesar de que ustedes no son fuertes en política, y menos en la francesa, no faltarán amigos por casa que de élla se ocupen; por eso les diré que á mi regreso á París me he encontrado con la derrota del General Boulanger. Francia, como buen pueblo latino, es ante todo muy amiga de pagarse de ídolos, mejor diré de tenerlos, y si el ídolo pasa por mártir entonces su delirio es llevar su adoración al fanatistismo. Eso ha hecho con Boulanger, que es simplemente un ambicioso como cualquier otro, que sin tener el prestigio de la victoria, como por ejemplo lo tuvo Napoleón el Grande para imponerse á su país,

ha venido siendo, no precisamente el instrumento, pero sí el cuerpo de delito de que se han valido los monárquicos é imperialistas para atacar la República. Esta, para defenderse, no ha dejado de cometer arbitrariedades [Platón era un soñador!) probablemente porque el Gobierno, desentendiéndose de teorías muy buenas para escritas y leídas, ha tenido presente aquella sentencia de la desesperación política: *Salus publica suprema lex*, que lo mismo ha servido para suplir las leyes que para evitar su cumplimiento.

Aquí apenas hay persona que no se ocupe de política; que no pertenezca á un partido. Hay dos clases de políticos. los que *ejercen* y los que ni siquiera sueñan con vivir del presupuesto. Estos últimos, por de contado, son los exaltados y admira saber el desinterés con que desempeñan el cometido que se han impuesto.

La dictadura de Boulanger indudablemente que habría traído la ruina de este prosperísimo país; no por la tiranía que su Gobierno estableciera en el interior, sino porque precisado el General á consolidar su poder, á justificarlo, digamos, aquel no andaría remiso en correr locamente tras una revancha soñada desde ha veinte años por el amor propio de los franceses, revancha que hasta el presente ha evitado el pícaro de Bismarck atrincherándose detrás de la formidable triple alianza; y que siempre sería una aventura, un azar en que se jugaría la suerte de la Francia por luengos años.

Si esa guerra, con mengua de la civilización, llegara á realizarse, cualquiera de las dos naciones verdaderamente enemigas – Francia y Alemania – la que triunfara, aniquilaria á la vencida de tal modo que en un siglo no pudiera ser potencia.

Los franceses – como nosotros – niegan y condenan el personalismo, aman el imperio de las leyes...

pero soportan facilmente la voluntad de aquel que logre, con su prestigio, adueñarse del poder. Y esto cuando más declaman la libertad y el derecho!

Sin embargo, tan cara les costó, sobre todo á su orgullo, la dominación del hombre del 2 de diciembre, que, como les digo. por no incurrir de nuevo en tan deplorable error, han preferido ahora, para librarse de Boulanger, valerse hasta de medios ilegales, que todo le es permitido á un pueblo para mantener su dignidad.

Bueno fuera que la pobre Venezuela, tan valiente como merecedora, después del infierno en que ha vivido, de eterna felicidad, tomara nota de la patriótica conducta de los actuales gobernantes de este gran país!

*

Y ya que miento la triple alianza y hablo de política, les diré que pude observar en Italia una profunda aversión por Alemania. Los italianos no quieren mucho á los franceses, pero solamente obligados por el honor, ese maldito honor que tantas catástrofes engendra, haría armas contra sus descendientes, que así pueden llamarse los hijos de los legionarios de César.

No sé cómo se las compondrá *il signor* Crispi para entretener la opinión publica, pero colijo que como no ha llegado el momento de irse á matar por un convenio diplomático, puede ir ganando tiempo y recrearse en la gloria de haber aliado su patria á la nación que, por su éxito, tiene la reputación de ser hoy la primera de Europa, militarmente hablando.

Qué lástima que esta gente no piense sino en armarse hasta los dientes para diezmarse bárbaramente, no por los principios, no por la civilización, no por

el bienestar común, por ninguna idea santa, sino por venganza primero, y por unas cuantas leguas de tierra, después! Valiera más zanjar la disputa sorteando los soldados. Me explicaré.

Supongamos que Francia organice un millón de soldados y otro la Triple Alianza, y que los Estados Mayores respectivos, basándose en el cálculo de los muertos y prisioneros que debieran resultar del choque de los ejércitos, echaran suertes, á ver qué nación perdía más. Hecho ésto, los diplomáticos tendrían su Congreso, como acostumbran después de que las tropas se han escabechado, y en él ajustarían las bases de la paz. Bien, pues: aquel número de soldados nominalmente muertos y nominalmente prisioneros pasarían á fundar una colonia en esa rica hoya del Orinoco, en donde está nuestro porvenir; y así, lo que hubiera sido un mal, se convertiría para nosotros en un bien.

Pero, ¡quiá! esto no pasa de ser un castillo en el aire, fabricado por la idea que tengo de que mientras Venezuela esté tan despoblada como está, hace el papel de una polla descarnada, en una mesa llena de viandas: los comensales no se ocupan de élla! Y bien roída que está la pobre pollita; desde aquí no se le vé sino la trasparencia del carapacho......

No hablemos de política que hay moros en la costa.

DE PARIS Á NUEVA YORK

Despuntaba apenas la aurora del 3 de agosto último, cuando vino á despertarme Ernesto, el criado á quien de ello hube encargado la víspera. Salí al balcón y ví á París dormido. Uno que otro carro de pan, á toda velocidad; uno quo otro "letrinero," pesado, enorme, repugnante; algunos traperos; tal cual pasajero, acabado de llegar, cruzando en coche, en busca de posada; raros transeuntes, era cuanto se veía en las calles, tan concurridas siempre.

Iba á entregarme á no sé qué orden de reflexiones, cuando Carlos, el *garçon* que nos atendía en el comedor, vino á avisarme que el café estaba servido. Té, café ó leche nunca tomé en París: agua caliente de distintos colores, á la que bautizaban con el nombre de lo que pedía el huésped, sí; por tanto, taza más, taza menos, no hacía al caso. Y como hay médicos que aseguran que el agua caliente es saludable, sorbí mi dósis con grande estoicidad. Bajó Ernesto las maletas y, [Dios me lo perdone si no fue él] de paso *formó* en el zaguán á toda la servidumbre del hotel, por manera que cuando salí al portal por delante de sus filas, parecía un General pasando revista. Adela y Agnese, las camareras, Carlos y Guillermo, los *garçons* del comedor, Juan, el *sommelier*, *mam'zelle* Moineau, la cajera, Ernesto mismo, la chusma, en fin, estaba allí para desearnos el "*bon voyage!*"

Era el trasantepenúltimo *pourboire* y 20 francos costó; faltaba el del cochero que nos llevaría á la *gare Saint Lazare*, antepenúltimo; el del *garçon de bagages* que baja las maletas en la estación, penúltimo; y el del frenero que nos debía señalar un wagón cómodo.... por fin el último. Oh, infame *pourboire*, y cómo te colgaría yo como á un salteador de caminos!

A las 7,20 partió el tren y cuatro horas después estábamos en el Havre, no sin habernos detenido á tomar un tente-en-pié en la estación de Ruan, la vieja ciudad que tanta tela blanca fabrica.

Hasta el muelle mismo llega el ferrocarril, así es que nos desembarcámos en él; allá de costado, firme como un castillo, encontrámos al *Champagne*, uno de los cinco grandes vapores de la Compañía General Trasatlántica, y, como si lo asaltáramos, nos precipitamos en él, voluntarios prisioneros de aquella dorada cárcel flotante.

Los camarotes del *Champagne* son harto estrechos; en el lugar que dejan libre las dos camitas y el enano lavabó, no caben cinco hombres de pié..... si no los prensan; así es que me parecieron calabozos. Teníamos el 203-205 que es de los *interiores* y estuve tentado de hacérmelo cambiar, por uno de los exteriores, que tendrá dos palmos más, mediante cien francos suplementarios, pero el *mâitre d' hotel* [mayordomo,] consultado que hubo el caso, halló no ser posible la mudanza, en razón de que no había camarotes externos desocupados. Cuando uno no puede hacer otra cosa que resignarse, fuerza es hacerlo: *doblé el cacho*, pues, como un moderno Job; consolándome con que no necesitaba el camarote sino para dormir.

Momentos después, todos los pasajeros, instalados ya, almorzábamos, y apenas cumplido este diurno

precepto y subidos al puente á ver el puerto y las maniobras de leva, nos distribuyeron la lista de pasajeros de cámara que les incluyo, hecha, supongo, para que cada cual supiera con quien iba, y no por mal, creo, pues nunca podrá decirse "*dime con quién navegas y te diré quién eres.*" Si asi fuera, yo sería ó príncipe ó patán.

¿Que dicen ustedes de la nitidez de impresión de esa lista de pasajeros y del tiempo invertido en imprimirla?

Mándenla á reproducir en una imprenta de donde ustedes saben y *esperen la razón.*

El puerto del Havre es por decirlo así *puerto en tierra*, extenso, abrigado, magnífico, importante; lo que le falta de bello lo tiene de bueno. Muy agitadas son las olas desde que se sale del puerto, y aun las de este mismo nada tienen de quietas, tales son la resaca y la corriente. Para salir nos remolcó la *Republique*, lancha-vapor de la compañía, y al pasar por el rompe- olas ó malecón de la entrada, dos mil personas reunidas en él, formando un cordón de tres cuadras, nos saludaron frenéticamente con paraguas, sombrillas, sombreros, manos, voces y pañuelos. Parientes del puñado de pasajeros del *Champagne* [éramos 265 de primera, la mayor parte extranjeros] no podían ser: aquel saludo, es tal vez una costumbre. No como cuando dejé la patria amada me movió aquel espectáculo; con franqueza: me fué del todo indiferente, á pesar de la reprimenda que eché á mi egoismo, pues á ustedes es notorio que riño á mi espíritu como dan cilicio á sus carnes los ascetas.

Ya en alta mar divisámos tendidos en abanico en cada uno de los planos de la immensa perspectiva oceánica que alcanzaba nuestra vista, buques de todas formas, de todas capacidades, desde el botecillo tripulado por un sólo remero hasta los gigantescos

vapores transatlánticos, únos que convergían y otros que divergían del puerto. Hermoso panorama el que presentaba aquella inmensa escuadra con sus multiplicadas evoluciones sobre todos los puntos del cuadrante!

No será más vistosa la gran revista naval que en estos dias se verificará en uno de los puertos de Inglaterra. Cien barcos de alto bordo, acorazados, navíos, fragatas, corbetas, avisos y torpederos, á cuya cabeza irá el glorioso *Victory*, de Nelson, aquel viejo veterano de Trafalgar, decrépito y todo como está, de seguro que no presentarán este golpe de vista en que otros cien buques, desordenadamente ordenados, sin almirante, ni oficiales, ni disciplina, se mueven en todos sentidos con precisión matemática.

Muy pronto los perdimos de vista, cada cual en su rumbo, y en cambio, cada vez más raros, fuimos encontrando otros y otros, en aquella inmensa y silenciosa soledad del mar.

Apenas podíamos ver á estos transeuntes tampoco, porque la niebla, esa impasible, fría, blanca, densa, húmeda nube de vapores que tan bien sabe preparar las colisiones, nos envolvía en su triste manto, como si quisiera cerrarnos el paso con sus tupidas cortinas de átomos acuosos que la luz eléctrica, á pesar de su intensidad, no atraviesa, como no atraviesa el rayo solar las apretadas hojas de nuestros bosques seculares.

A falta de otro recurso, el magestuoso *Champagne*, navegando entre las olas como nada un cisne en un estanque, confiado en su fuerza, pero temiéndolo todo de un choque inesperado, soplaba su melodioso pito de vapor de minuto en minuto como diciendo á los colegas que suponía en sus aguas "*aquí voy: tengamos cuidado*," tal así como aquel ciego de Grecia que llevaba en la cabeza un cántaro de agua y

en la mano una luz: ésta no para aclarar él su camino, sino para que los demás le conocieran.

Y toda la noche y durante tres días y dos noches más, el incansable pito sonaba, poniendo algún miedecillo en los corazones de quienes no podíamos menos que pensar en un probable *linternazo*, ya que de vez en cuando oíamos cerca el campanéo de un buque de vela ó el agudo silbato de otro vapor. Nó, no es muy agradable esta "*gallina ciega*," en que al tocarse los jugadores, se hieren de muerte, y el mar, como un padre regañón á quien incomoda el ruido que meten sus hijos cuando estudian, en lugar de mandarlos á sentarse ó á dormir, se los sorbe en un abrir y cerrar de ojos, como si fueran ostras.

*

Instintivamente, atraídos por la simpatía de la raza y del idioma, nos habíamos ido agrupando en colonia los que hablábamos español: Don L. C. Stagg, del Ecuador,—hijo de un prócer de la independencia de Colombia, de aquellos ingleses generosos que, como Byron en Grecia, pelearon en América por la libertad—instruido y correcto caballero; Don Luis López Silvero, cubano ilustrado que sueña con el bienestar de su país, anhelo santo de los buenos patriotas; Don Joaquín Benítez, compatriota de Juárez, sujeto lleno de bondad y de finura; los hermanos Invernegaray, de Bolivia; Castillo, mejicano también, de Progreso; y otros y otros que no recuerdo ahora ó cuyos nombres no supe, hicimos tácitamente círculo aparte y cuando nos separábamos para atender á nuestras distracciones ó á nuestras necesidades, íbamos buscándonos para reunir lo que yo llamaba *cónclave*.

Apenas nos reuníamos dos, el grupo se iba engrosando como por encanto, hasta estar junta la colonia entera. Entonces hablábamos de la política de nuestros respectivos países, de sus costumbres, de su historia, de su comercio, de su agricultura etc., ó bien, de viajes, de ciencias, de literatura y de cuanto daba solaz al espíritu.

¡Cómo reíamos con los chistosos cuentos de Benítez, animados por su movible y expresiva fisonomía y cuánto le embromábamos! Corto se nos hacía el viaje y hasta la niebla nos parecía deliciosa: semejábamos antiguos amigos que se reunen de improviso tras larga ausencia, para contarse sus aventuras. Y cuando criticábamos? Eramos terribles, despiadados.

Venía á bordo cierta cotorrona, inglesa ó americana, por las trazas jugadora en *Monte-Carlo*, que cada vez que iba á la mesa se ponía pendientes, brazaletes y sortijas siempre diferentes, sin otro objeto que demostrar que tenía buenas prendas, la cual se complacía en sacar, viniera ó no viniera á cuento, un frasquito de sales, de oro, con tapa de piedras preciosas: la teníamos siempre en la picota, y más desde que, *vis á vis* de nosotros, en la mesa, se puso á conquistar á un señor gordo, á quien no le desagradó el juego, pues parece ser que le gustaron las *buenas prendas* de la consabida antigüedad. Benítez estuvo á pique de pasarse al enemigo. Artístico pelador de naranjas, mondaba una, cierta tarde, en la comida. Admirada la solterona, llamó la atención de su palomo. Cuchichearon en inglés. Hubo aquello de oh! oh....! ah! y el pobre Benítez, no pudo resistir. La hermosa naranja valenciana fué á parar á manos de la narcisa. A los postres, el gordo pidió *champagne*, llenó la copa de la vieja y ésta se la dió á Benítez, quien, á falta de inglés, le echó el *de profundis* en francés: *á votre bonne santé!* Desde este momento nuestro mejicano

flaqueó: *Dádivas quebrantan peñas;* pero pudo más el celo y la disciplina de la colonia y lo retrotragimos al *buen camino.*

Deseábamos ver un lurte, pero el polo no quiso complacernos enviando alguno á nuestro camino; en cambio, vimos al quinto día por la mañana una ballena con su cría. No largan estos cetáceos el agua á tanta altura como se pinta, ni los choros son tampoco como los de dos llaves de pila, boca al cielo; nó, sino que son apenas de dos ó tres metros y esparcidos como quien tiene la boca llena de agua y la despide violentamente *soplándola* con los labios medio cerrados.

El día 8 á la altura de Cabo Sake, empezámos á encontrar barcas pescadoras de bacalao, provenientes de Terranova: sus botes venían á saludar al vapor hasta muy cerca del costado de estribor: atrevidos pescadores aquellos, *buscando la vida* á tantas leguas de la costa, sufriendo frío, vientos, nieblas, impaciencias, azares y rudos trabajos en cambio de un pedazo de pan!

*

—¿Ha tomado usted un número de la lotería? me preguntó esa tarde Invernegaray, el mayor.

—¿De qué lotería me habla usted? le repliqué.

—Venga usted al *fumoir.* ¿No sabe usted que de Nueva York salen barcas de prácticos en busca de los vapores para conducirlos al puerto, barcas que distribuyen su cargamento dejando una unidad en cada buque?

—Sí, y sé que hay para ello una regata descomunal.

—Pues bien, aquí se apuesta qué barca será la que primero nos aborde. Cada una tiene un número. La acción vale 20 francos. Tome usted una, antes de que se agoten, pues sólo hay 22.

—Pero, faltan dos dias de viaje.

—¿Y cree usted que esos diablos de yankees—intervino un español—no son capaces de llegar hasta aquí?

—Estamos muy distantes del puerto, dije yo.

Llegó la colonia, empezó una discusión. Eran las ocho de la noche. De repente brilló una luz eléctrica roja en proa. Corrimos á ver la causa. Allá en lo más remoto del mar, en la línea del horizonte, brillaba á intervalos otra luz.

—Es un faro decían unos.

—Es un vapor, decían otros.

Y entre si es galgo ó es podenco, á las 9 paró el vapor su máquina, surgió de las tinieblas una gallarda goleta, corrió sobre las olas un bote, llegó al costado del *Champagne*, cayó un cable y subió un hombre: era el práctico! En la vela mayor de la goleta, pintado en rojo, grande, mayúsculo, se destacaba un número, el número I. Estábamos á 36 horas de Nueva York: á 560 millas de distancia!

Nos parece que este práctico merecía ganar sus honorarios, eh!

La goleta, que había quedado al pairo, recogió su bote y siguió su derrotero sobre nuestra estela, sondeando con su ojo luminoso las tinieblas, en busca de otras naves. Momentos después la habíamos perdido de vista, murmurando en su favor un "*Dios te guíe.*"

*

Pero ¿no les he dicho nada de los *yankees*? Flemáticos, taciturnos, durante el día mataban el tiem-

po, los hombres, leyendo, mascando ó fumando; alguna vez jugando una especie de esa *Gloria* que juegan los muchachos, pero con tablitas redondas, ya que á bordo no hay piedras; las mujeres, tendidas en sus sillas de extensión, las piernas abrigadas con cobijas muticolores, dormitando, leyendo también ó charlando; durante la noche los hombres jugando *pockert* en el *fumoir*; las mujeres en el salón leyendo ó dormitando; los jóvenes, en cubierta cantando las canciones más desabridas del mundo, acompañándose brutalmente con los piés, (extremidades á que parecen ser muy aficionados porque para todo dan patadas.) A las 9 a.m. se levantaban y se iban al comedor á desayunar fuerte: huevos tibios, carne en conserva, jamón, pan, mantequilla, frutas; *de todo un poco, pero bastante*, (como decía cierto sugeto) lo que no impedía que almorzaran á las 11 con el mismo apetito de los que nos habíamos desayunado con *agua caliente*, que luncharan á las dos, que se *distrajeran* con pan, mantequilla, cerveza, naranjas etc. de las 3 á las 4; que á las 5 se sentaran á la mesa como si tal cosa, y á las 8 tomaran su té con galletas y otras gollerías.....

Indudablemente, estos habitantes del Norte comen mucho: ¿será que los inviernos con sus frios les *perfilan* el estómago, haciéndoselos capaces de digerir como el avestruz?

Las niguas son unas beatas al lado de estos ciudadanos. Cáspita! Son lo que se llama personas de buen diente. Y no hay excepción, chicos y grandes, viejos y mozos engullen como tiburones. Esta gente no se distraería comiendo *sancocho* (1) está por la pulpa, por la sustancioso, por lo sólido. Mientras que los franceses y los italianos comen lechuga, rábanos, zanahorias, escarola y nabos, estos se entretienen con los huevos, el roastbeef y sus congéneres. No beben

(1) Cocido venezolano.

vino pero consumen wiskey como si fuera agua de coco ! No se les cae el *cabo* de la boca, y cuando no es *el cabo*, es la pipa, curada como el caviar, y cuando no es la pipa es la mascada......

Mientras que las colonias latina y sajona que formaban la *créme*, separadas por sus hábitos, usos y costumbres, hacían vida tan diferente en el departamento de las primeras clases, á proa, los pasajeros de tercera, sajones y latinos, mezclados en uniforme amalgama, se divertían á sus anchas, contrarrestando el frío y la niebla con animadas danzas y cantos, tan pronto animados por el fuego italiano, como helados por la nieve tudesca : ellos se divertían á su modo : mientras que la *créme* bebía wiskey ó apuraba copas de *champagne*, éllos, faltos de recursos, empleaban un preservativo más barato, pero no menos eficaz contra el frío : el ejercicio gimnástico, la danza, las carreras, el canto. Era de ver por las tardes cómo los aburridos pasajeros de primera, inclinados sobre la barandilla interior del sobrepuente, buscando matar su aburrimiento, arrojaban frutas y monedas á los párvulos ó contemplaban con grande interés las escenas animadísimas de aquellos desheredados qne, en cambio de los favores de fortuna, gozan de una apacible tranquilidad de conciencia y limitan su ambición á pasar la vida cantando bajo el yugo del trabajo.

A las 7 de la tarde de la víspera de nuestra llegada á New York, en el momento en que se brindaba en la *comida del capitán* á la salud del comandante del vapor, pasó cerca de nosotros, al costado de estribor, el *Bretagne*, que navegaba de aquel puerto con rumbo al Havre.

Los dos vapores, como dos caballeros que se saludan en un paseo, quitándose el sombrero, agitaron alegremente sus banderas en lo alto de los mástiles, deseándose mútuamente amigas ondas y feliz arribo.

NUEVA YORK.

Así fué el nuestro: al despertar la aurora del día 11 vimos tierra americana, la tierra donde la libertad alza su trono, en donde el trabajo es alcurnia, en donde el derecho es verbo, y tienen "freno la ambición, y la ley templo."

A poco de entrar en la hermosa bahía, cruzada en todas direcciones por velas y chimeneas, nos abordó un remolcador: traía los empleados de sanidad. Poco después otro: era el correo: ciento ochenta y dos balijas como de á 100 kilos le entregó el *Champagne* á través de un tubo de lona. ¿ Cuantas cartas había allí? Pocas, *pero muchas* ¿ verdad? Qué de buenas y malas noticias en aquel revuelto montón! Dinero, ayes, gemidos, risas, desinterés, odio, esperanzas, desengaños, amores, argucias, nobleza, villanía, todas las miserias y pasiones humanas unidas en aquellos sacos tan inofensivos: jamás volcán alguno habrá estado preñado de tantas materias ignívomas. Si aquellas cartas pudieran analizarse juntas! Qué de ideas diferentes, qué de estilos, qué barahunda! Aquello era un cementerio de cartas, si se considera que debían estar cerradas como tumbas y cada cual con su sobrescrito, como lo tienen las lápidas; pero un cementerio babélico, con inscripciones en todas las lenguas, porque lo mismo había sacos de Italia que del Japón, de Alemania que de Turquía, de Francia que de Grecia, de Rusia, de Polonia, de Austria, de España, etc.

Todos los pasajeros estábamos sobre el puente, los yankees remirándose en su emporio, los extranjeros admirándolo, cuando se nos advirtió que era preciso bajar al salón á pasar lista, ó cosa parecida, ante la Sanidad. Gravemente sentados en las cabe-

ceras de las tres grandes mesas del comedor, había seis empleados de la Aduana que nos invitaron á tomar asiento en las poltronas de aquellas, – como quien dice en los puéstos que nos habían servido durante el viaje para darle cuerda al estómago. Dichos señores tenían por delante listas de nuestros nombres y de nuestros equipajes respectivos, – estas últimas nos las habían hecho hacer al principio de la navegación – y á medida que íbamos deshaciendo *la cola* [1] y por consiguiente entrando en turno, nos preguntaron cómo nos llamábamos, á donde íbamos y cuántos eran nuestros bultos de equipaje. Anotado que habían estos en listas impresas *ad hoc*, y de que venían provistos, nos excitaron á jurar que no traíamos mercancías, fuera de nuestra ropa y objetos de uso personal, y que en caso contrario lo manifestáramos así. Despues de firmadas las indicadas listas, nos diero un boletín contentivo de ciertos artículos del Código de Hacienda y nos llamaron la atención sobre un parrafillo que dice que los que ofrezcan, ó dén, alguna gratificación á los aduaneros encargados de registrar los equipajes, serán sometidos á multa ó á prisión. Naturalmente, en el acto nos digimos: "estos empleados son corruptibles." Yo no tenía ningún contrabando, ni de cigarrillos siquiera, pero con franqueza, el tal aviso me dió muchas ganas de tenerlo, aunque no fuera sinó por ensayar la probidad de los *carabineros*, ya que tanto teme el gobierno que se los seduzcan.

Atracámos á un muelle cubierto de madera, negro y feo como un inmenso ataúd de pino pintado con alquitrán. Muchas personas aguardaban allí á sus

(1) En estos países en que hay tanta población, todo tiene que hacerse por turno en cuanto se trata de despachar al público; verbigracia, no permite la policía que la gente se agolpe á comprar boletos en la taquilla del teatro ó del ferrocarril, sino que los solicitantes van llegando y acomodándose uno tras otro, en hilera, como los muchachos cuando juegan á *La Cebollita.*

parientes ó á sus amigos. A nosotros no nos esperaban sino el dueño del hotel que eligiéramos y los aduaneros. A bordo nos habían dado los oficiales de la Sanidad un número escrito con lápiz azul sobre un cartoncito, el número 35, fatal número que correspondía á un *carabinero* recién empleado por el naciente gobierno de Mr. Harrison y que, como dice el proverbio alemán, por ser escoba nueva barría bien. Empezó por la sombrerera,le dió mil vueltas á la chistera, tanteó el fondo de la caja y la tiró á un lado, abierta, y con el pobre *pumpá* á medio meter; luego se fué á la cobija y le repasó con las manos *el parenquima.* Como no encontraba lo que yo no había puesto, el mozo se iba sulfurando á ojos vistas. Creí que lo que deseaba era tropezar un bodoque y para divertirme á su costa fingí estar azorado, dejé dibujarse en mis labios una sonrisa forzada y entorpecí las manos. El me veía de soslayo, como quien espera, como quien sospecha. Abrí temblando nna maleta y metióse en élla de codos, revolviéndome lastimosamente la percha. En el fondo halló una cajita de cartón y los ojos se le encandilaron primero, y después adquirieron ese tornasol del kerosene que ustedes conocen: abrió la cajita, rompiéndola, y de ella sacó un reloj viejo que un amigo dió en La Guaira á mi compañero para que le cambiaran la máquina; un reloj que á pesar de sus servicios durante cuarenta años no vale hoy un par de pesos (lo mismo que sucede con los hombres que han sido muy útiles, cuando llegan á viejos.)

Pues señor, el *fregado* – como lo tituló el amigo Benítez, que presenciaba la operación y tenía la barba en remojo, por algunos cachivaches que traía *almacenados*, puso el cadáver, digo el reloj aparte y como un gladiador victorioso me ordenó abrir el baúl, para él Caja de Pandora, según yo, y según él, cofre misterioso en que debían encontrarse paqueticos muy monos

de seda y de brillantes. Verdad es que yo tengo cara de pobre, pero en aquel momento, á pesar de abrigar esta convicción desde muy niño, saqué un espejito de bolsillo y me miré detenidamente, á ver si parecía rico ó contrabandista; nada, tan feo y tan vulgar mi rostro como siempre lo ha sido, más bién sello que cara.

Treintaicinco se metió hasta la cintura en el baúl, dando con sus rosadas narices en el fondo, husmeó, alborotó, hurgó, y como viese una inocente cajilla de cartón atada con una cinta azul, se lanzó sobre élla como milano sobre paloma, y como no halló sino papeles, le echó garra á unos guantes que contenían cada uno algo abultado. "¿Prendas? quién sabe!" pensó.—Nuevo desengaño, eran dos frasquitos de extracto y de aceite, pero como no habían sido destapados aún, desahogó en ellos su furor: los puso aparte junto con el reloj. Ya comenzaba á impacientarme porque me había tirado al suelo unos libros y estropeaba las camisas, con sus dedos gordos como cambures. El también se cansó en el momento mismo y se llevó el reloj y los frasquitos para *consultar el caso* con el jefe. Este no se rió en sus barbas, pero yo sí, cuando me trajo mis *valiosos* objetos, diciéndole con sorna que con ese trío iba hacer tal competencia á la industria de los Estados Unidos que dentro de un mes Patagonia tendría piedad de la República. Si mi *carabinero* fuera español y supiera aquello de

"Estos, Fabio, oh dolor, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado
un tiempo fueron *América* famosa....."

se lo hubiera recitado como postres; por ser yankee, solo pude terminar valiéndome de la frase de su compatriota Longfellow: "las cosas no son lo que parecen."

La primera impresión que causa Nueva York, al que no la conoce y viene de París tiene que ser desfavorable.

Después de París, será preciso morir para ver algo mejor.

Más hubiera valido salir de La Guaira para acá....

Estas casas de ladrillos colorados, estas escaleras de hierro mohoso, por fuera de las ventanas, bajando en zig-zag, de una á otra, para huir del fuego los vecinos en caso de incendio; estas calles súcias como chiqueros; estos parapetos de los *elevados* que hacen aparecer á aquellas como caballerizas criollas, de primer momento no previenen en favor de la gran metrópoli mercantil de los Estados Unidos.

He llegado en domingo y la ciudad me ha parecido desierta. Pregunto la causa. Es que aquí se guarda el día del Señor. La mayoría de los habitantes se queda en casa, leyendo, pensando, entretenida en algo útil. Algunos se van al campo, á *Coney-Island*, á pasear por el río en los bonitos vapores que lo surcan, á divertirse, en fin.

Pido un coche para reconocer la ciudad, que he visto á vuelo de pájaro, al venir al Hotel. Me previenen que por la hora hay que pagar dollar y medio (B 7,50!) Qué barbaridad!) ¿Es porque hoy es domingo? No, señor, ese es el precio. Sí? Pues dejemos la cosa para más tarde. Después que uno ha estado pagando 2 francos por la hora, es durillo de mascar, así, de bruces, eso de que le *espichen* á uno *mariquita y media.*

Hombre, y el cambio está á 132½. Un bolívar no vale aquí sino 92½ céntimos.

Tanto como un *nickel (1)* y la mitad de otro, se pierden, con sólo traer de allá buenos giros, sin contar con el uno por ciento de descuento....Vamos, almorce-

(1) Nombre popular en Venezuela de los centavos hechos de ese metal.

mos, que muchas veces un almuerzo resuelve las más sérias cuestiones. Nada más alegre y generoso que un estómago lleno á tiempo.

Creo que estoy afrancesado, porque la comida americana *ne m'a pas plu.*

Aquí, en el *Hotel América*, se come á la española, pero ¡Dios me lo perdone! este cocinero está *ayankado* ó los ingredientes, por lo menos, *hablan inglés.*

Me han bautizado *Medoc* el *California*, pase, no es más que gata por gato: los dos cojen ratones, pero.....pero "lo mejor es no *meneallo*," según el famoso escudero del adorador de Dulcinea. No lo meneemos, pués.

Venga una guía.

Millón y medio de *jurungos* en una isla de 16 millas de largo por de una y media á cuatro y media de ancho; isla por cuyas playas circulan más de treinta mil buques al año; adonde llegan en el mismo período 500,000 inmigrantes; que tiene 306 muelles, 100,000 casas, como 12,000 fábricas que producen toda clase de artículos por valor de cuarenta millones de dollars al mes; isla-ciudad que es un emporio.... (Y sinembargo el alquiler de un coche cuesta treinta reales de vellón la hora! Oh, contradicción!)

Y no hay, por lo pronto otro recurso. Al *elevado*.... mañana. Hoy quiero rodar *por sangre*, mañana será por vapor.

He aquí el coche. Es un landó muy fino, con hermosos caballos y un cochero *comm'il faut.* Sólo que cuesta la hora 7 francos y 50 céntimos, un ojo y parte de otro. No es por tacañería que me lamento, nó: *es por la moral.*

Hagamos de tripas corazón!

—*Driver, Central Park, via Fifth Avenue.*

En una ocasión sostuve por la prensa una polémica sobre *El lujo en Macuto*, con cierto *Zipa* que luégo supe era cónsul general de Colombia en Venezuela, y entre otros ejemplos que ponía me citó varias veces los palacios de la 5ª Avenida, por tanto tenia curiosidad de conocerlos. Son en verdad muy suntuosos, á lo ménos por fuera, que es por donde yo, que no poseo ninguna de las tres noblezas, pude apreciarlos. Pertenecen á la gente rica, no sólo de Nueva York, sino de toda la Unión. En esa 5ª Avenida están apiñados los millones como el maíz en la tusa. Allí viven unos *godos* que no han tenido nunca quien les pida bagajes, ni quien les tale las haciendas, ni quien les meta á la cárcel....La colmena está repleta de miel y no hay federación que la castre. Oh dicha, para esos privilegiados que nacieron ó medraron en donde sembró Washington y no en donde aró papá-Simón.

Pero ustedes no saben nada de ésto (ni yo tampoco!) y además viven hoy en una tierra de promisión, en donde el progreso ha sentado sus reales. Ya verán dentro de 99 años! Mientras tanto es preciso tener paciencia. Estos millonarios de la 5ª Avenida empezaron á trabajar, pobres, ahora 99 años.... y ya ven ustedes que al fin han hecho su masita.

Qué son 99 años? Ni un segundo en el reloj de tio Tiempo! Esperad, esperad! Y tendremos palacios como éstos, en Macuto....y convidaremos á *Zipa*, que para entonces nos *contará cómo son los de la Luna*!

*

¡ Qué de iglesias! Y son bonitas. Esta es la Catedral. San Patricio. Toda de mármol. Ha costado *ocho millones de dollars* y no está concluida.

Hemos llegado á Central Park.

En nuestra opinión; en nuestra humilde opinión, el Parque Central de Nueva York es no solamente, como dicen los americanos, el más bello de los Estados Unidos, sino el más bello del mundo. Por tal se tiene al Bosque de Bolonia. Pues bien, vamos á hacer un rápido paralelo entre los dos. El Bosque de Bolonia tiene mucha mayor extensión pero adolece del defecto de ser muy monótono; es posible que esto dependa de su mismo tamaño, que impide que la variedad alterne con cierta rapidez, que á primera vista se nota en el Parque Central. En éste la variedad de árboles, su diversidad de alturas, el ordenado desórden con que están plantados, contribuyen en gran manera á que la vista no se fatigue, ó mejor dicho no se *entontezca* contemplando por largo tiempo la misma perspectiva. El Bosque de Bolonia es un *viejo verde* mientras que el Parque Central es un adolescente lleno de vigor y lozanía. Si el Bosque de Bolonia tiene estátuas, lagos cascadas, botes, *restaurants*, *ménagerie* etc. etc, también los tiene el Parque Central. Ahora, la grande, la inmensa ventaja que tiene el *Parque* sobre el *Bosque* proviene de una circunstancia que es independiente de entrambos. El *Bosque* está cubierto por el plomizo cielo de París y envuelto en aquella atmósfera cargada de vapores acuosos y turbios, mientras que el *Parque* está dorado, digámoslo así, por los rayos de un sol resplandeciente, y envuelto por un aire ligero, transparente, que deja ver un cielo siempre limpio y siempre azul. El Bosque de Bolonia hace pensar en el Invierno; el Parque Central en la Primavera; el úno conviene más bien para que los viejos se paséen por la tarde; el otro sirve mejor á los jóvenes que aspiran el aire matinal; aquel es un papagayo de un solo color; este es una

pintada mariposa. El crepúsculo vespertino es, efectivamente muy bello, pero tiene cierta melancolía inexplicable ; la aurora es una sonrisa que se hace cada vez más persuasiva, más alegre: detrás del crepúsculo vespertino está la noche. Elegid entre una y otra. Si preferís el primero, tendreis el Bosque de Bolonia ; si os decidís por la segunda, tendreis el *Central Park*.

Los carruajes pueden recorrerlo en una extensión de nueve millas ; dos leguas tienen á su disposición los ginetes ; más de nueve los paseantes á pié, y la legión de velocipedistas por lo ménos otro tanto.

Tan sólo á medias pude gozar del hermoso paseo, animado con la presencia de veinte ó treinta mil personas en coche, á caballo, en velocípedos; andando, corriendo, sentadas, ora en los bancos, ora sobre el verde césped; por aquí un estirado caballero, con su almidonada familia ; por allá una doña Aldonza, cosida á las faldas de una simpática *miss* ; acullá un grupo de alegres muchachos, ó de traviesos niños ; por donde quiera un par de tórtolos acariciándose. Todo estaba allí animado por un soplo de vivificante alegría.... pero los mil quinientos céntimos, entiéndanlo ustedes bien: *mil quinientos céntimos*, aquellos, los de marras, los veía repartidos, rutilando en el cielo como si fueran estrellas.

El coche se había ajustado en el Hotel, no por horas sino por *paseo*, y el cochero tuvo á bien regresar cuando á él le pareció conveniente.

Por la noche fuimos al Museo Edén. Sus figuras de cera, no son, ni con mucho, comparables á las del Museo Grévin, de París, porque estas son toscas y aquéllas acabadas: las francesas son figuras de cera casi perfectas, éstas son unos muñe-

cos de cera, que parecen hechos, como decimos nosotros, por la mujer del artista.

El día siguiente fuimos á conocer el *Elevado.* Cuantos defectos tiene visto de la calle, se convierten en comodidades cuando se está en sus carros, tan lujosos como confortables.

Ahora me explico, viendo la animación de la ciudad; por qué vale fuerte y medio la hora de coche; porque en Nueva York, no hay treinta mil coches como en París.

El Elevado es un ferrocarril que corre como á la altura de los techos de las casas de Caracas, día y noche, incesantemente. *A cada minuto* llega un trén á cada estación. Cincuenta locomotoras hacen el servicio; cada tren es de cuatro wagones y en cada uno caben, 44 pasajeros sentados, y 25 de pié. Se calcula que diariamente viajan en los elevados 700.000 personas, ó sea *diez veces* la población de la capital de Venezuela.

*

Estos yankees por lo general son muy impolíticos. Lo digo porque muchas veces he visto á las señoras y señoritas de pié en los wagones sin que los caballeros que iban repantigados, les cedieran sus sitios, como es de uso y costumbre entre nosotros. A mí me hervía la sangre en las venas de ver esto y mi deseo hubiera sido echar de los carros á aquellos manganzones.

Lo mismo sucede en los tranvías. Como los elevados no dan abasto, debajo de ellos y en las calles en que no hay, corren centenares de tranvías en donde se acomodan 20 pasajeros, sentados, y otros tantos de pié. Hasta las dos de la mañana están

siempre llenos. Nada más curioso que ver entrar y salir pasajeros de los tranvías. Puede decirse que por segundos suben y bajan. Parece que los que acaban de entrar no han hallado sitio y se arrepienten de haber entrado. No hay tal, por supuesto. Es que van renovándose con pasmosa rapidez. Cinco centavos se pagan por recorrer la ciudad de un extremo á otro: como de Boquerón á La Guaira!

Miles de carros y de carretones cruzan la ciudad en todos sentidos, pero coches se ven pocos; no se necesitan tampoco, como he dicho, porque los elevados y los tranvías todo lo ponen cerca.

Aquí la mayor parte de las cosas populares cuesta cinco centavos: el elevado, el tranvía, un refresco. un dulce, etc.

Había oído decir que un limpia-botas cobraba en Europa y en los Estados Unidos *un centavo* por lustrar los zapatos; no es verdad: también se pagan por este servicio *cinco centavos*.

Dignas de mención son las frutas y legumbres de Nueva York.

En cada esquina, por decirlo así, hay una venta de frutas. Nosotros nos escandalizamos cuando alguna pobre vieja pone su azafate en la acera porque estorba el paso. Los neoyorkinos piensan de otro modo. Los fruteros ponen su promontorio de frutas en cada esquina y á nadie estorban; y eso que aquí hay gente. Dirán ustedes que las aceras son más anchas. Convenido. Pero tengan en cuenta que la población es *bastantica:* casi igual á la de toda Venezuela.

Las frutas son mui hermosas y ricas, sobresaliendo los lindos duraznos de California que son del tamaño de nuestras naranjas; las peras, que las

hay como challotas; las uvas y las ciruelas, Parece que no es la época de las manzanas porque he visto pocas y malas. Hay cambures pigmeos y morados, muy buenos. Los primeros cuestan 3 por cinco centavos y el doble los últimos! Qué negocio para los agricultores de mi tierra, si quisieran hacerlo!

En cuanto á las legumbres y hortalizas, son las mas grandes del mundo, como ustedes saben. Da gusto ver estas berengenas en que *se acomodaría* sin dificultad un pollo de á tres reales; estos tomates del tamaño del puño; estos repollos que no abarca un brazo; estas lechugas con que podría, – las hojas extendidas, – cubrirse una persona y sobrar para ensalada!

En ciertas esquinas y no excéntricas se encuentran cocinas portátiles, con grandes cacerolas, en que se cuecen por docenas mazorcas de maíz. Hay muchos partidarios de los *jojotos* en esta gran capital y se consumen de día como de noche. Por cierto que ni son mui tiernos ni les ponen sal. Más de una vez detuve el paso para probarlos. Verdad es que hace tiempo que no los cómo y que las ganas con que los vi atacar por estos parientes de Washington me tentaron. Lástima que aquí no sepan hacer cachapas. Si una *rinconera* (natural del Rincón de El Valle, Caracas) dejara sus cujizales y su laguna de Espino por venirse á establecer de cachapera á Nueva York, se haría millonaria. Es una industria vírgen, inexplotada, y podría sacarse patente, para evitarse que le fueran á poner olla ó budare en la esquina de más allá. Otro tanto digo del carato, chicha, conservas, jaleas y otras chucherías de mi tierra; porque aquí ni hacen *cositas* ni tienen gracia para hacerlas.

No se crea que hablo de burlas: aquí se venden hasta piedras, qué digo! hasta escamas de pes-

cado, convertidas en zarcillos y prendedores! Tener una industria: he ahí lo indispensable. Marchantes no faltan, á buen seguro.

Y en donde hay mucha gente, hay mucha novelería.

Vaya un ejemplo que me ha proporcionado un compatriota, el amigo Luis R. Guzmán á quien encuentro viviendo aquí por cosas políticas de allá.

El otro día se le ocurrió á un panadero vender, al mostrador, junto con las hogazas del magnífico pan neoyorkino de su expendio, tacitas de café, y se le llenó la casa. No le alcanzó el pan. Los consumidores pidieron biscochos. Fué preciso, cuando se agotaron, hacer una hornada de rosquillas. La cosa no ha parado ahí, como es de suponerse. Ya el panadero ha inventado cien modelos de preparaciones farináceas y ha tenido que montar un tren de café, comprar juegos de loza etc., etc., Lo malo es que ya tiene cuatro competidores en la cuadra!

*

No puedo darles idea de lo que se bebe en Nueva York sino diciéndoles que, por término medio, cada habitante adulto consume diariamente, ya en una bebida, ya en otra, como 5 litros. Lo que más se bebe es agua de soda: siguen la cerveza, el wiskey y....el agua; todo helado, (como que el hielo no cuesta nada: entiendo que el par de libras vale un centavo, con que sé yo cuanto por ciento de descuento adicional.)

Los licores son caros, carísimos. Una copita de brandy cuesta 25 centavos; una de wiskey 15 y una, mayorcita, de lagerbeer cinco; esto los días

de trabajo, porque en domingo no se bebe (en público) á ningún precio. Los botiquines están herméticamente cerrados desde que la Legislatura del Estado, considerando que el domingo es día de descanso y que el hombre debe pensar, no sólo en lo malo que ha hecho en la semana, en sus deberes religiosos y en remediar necesidades por medio de obras de caridad, si que también en su progreso moral y material y en el de su patria, decretó la clasura de aquellos.

Y como en estas latitudes las leyes no son libros, los *hermanos* que no tienen cómo comprarse el sábado la ración del domingo para tenerla desde la víspera en sus casas, ó se resuelven á cumplir el Decreto de la Legislatura ó beben Château-Croton.

Ayer quise tomar un vermouth á la hora del almuerzo, y, por equivocación entré á un botiquín por la puerta que conduce al salón destinado á las mujeres que beben. Han de saber ustedes que cuando las mujeres adquieren el vicio del licor son peores que los hombres, pero que cuando lo que beben es wiskey la cosa pasa de castaño á oscuro. Nó, mejor es que no les refiera la degradante escena que presencié. ¿Y eso es la mujer, ese nuestro ángel custodio ? Nó, nó : esas no son mujeres, son borrachas !

*

Aunque la Estadística es árida, voy á mostrarles dos datos *fértiles ;* uno de la fertilidad de esta tierra y otro de la *fertilidad* de su industria ferrocarrilera.

Los Estados Unidos producen anualmente 940 millones de hectólitros de cereales, es decir casi tanto como Rusia, Francia, y Alemania, *juntas !*

Las líneas de ferrocarril podrían darle *cuarenta vueltas* al contorno de nuestra inmensa Venezuela, y aun sobraría para atravesarla en cruz !

*

No será del momento la observación, pero yo sé que ustedes perdonarán la inoportunidad.

Nosotros hablamos mal, muy mal. Veo que no solo estropeamos nuestro rico idioma, sino que lo hemos *recortado* y corrompido mucho. Dígolo porque estos *extranjeros* hablan correctamente su lengua, tanto porque la pronuncian bien – de lo cual parecen hacer alarde – cuanto porque siempre emplean la palabra precisa para expresar bella y apropiadamente su pensamiento.

Aquí no podría decirse : " Cójeme *ái* ese *bicho ;* " " *amarra* bien el *bojote* ; " *áhora* tengo que *subí pá rriba ;* me *devolví* de la *caye*....como diariamente, en *estilo familiar (!)* se oye en esos trigos hasta á personas muy cultas y que, escribiendo, son incapaces de cometer un error de ortografía.

Es posible que nuestro oido se haya viciado desde la infancia, por la mala pronunciación de nuestros criados, sobretodo....¿ no es verdad ?

Esto mismo es una de las causas de que hablemos mucho.

¿ Se han fijado ustedes en el tiempo que se pierde en hablar ?

Desarrollaremos el tema en primera ocasión, ya que en estas cartas no he de tratar sino del viaje, y saliéndome del plán ofendería la memoria de Horacio, quien sentó como precepto :

(Y esto es salirse más !—Me callo)

*

A pesar de la decantada libertad, aquí pasa una cosa singular. Los negros no son reputados iguales á los demás hombres. Lo son ante la ley, no hay duda; pero en lo social....por nada! Hay personas que se creerían deshonradas si les dieran la mano. La preocupación no viene del color, sino de que han sido esclavos. ¡Cómo si los que lo fueron hubieran venido á venderse por degradación y vileza; como si no hubieran sido víctimas de las sórdidas especulaciones de sus aprehensores y *dueños.*

*

He oído decir en mi tierra que los *yankees* son muy orgullosos y que miran con desdén á los suramericanos; pues bién, aseguro todo lo contrario.

No es que los yankees son orgullosos; es que no les gusta perder el tiempo en fruslerías; es que son eminentemente positivistas. Miéntras que nosotros vamos á estudiar retórica ó metafísica, éllos estudian el modo de hacer que las gallinas pongan pollos; mientras que nosotros comentamos un discurso de Castelar ó discutimos con el sastre el ancho de los pantalones, éllos inventan una máquina para hablar y otra para escribir. De aquí, que á primera vista parezcan insociables.

Cuanto nosotros somos sentimentales, son éllos prácticos. Hasta los que aquí mueren no pueden contar con muchas lágrimas. Y necrologías Dios las dé. El muerto no es un sér perdido: es *uno que falta* á la vertiginosa tarea de estos cíclopes modernos.

A los suramericanos les estiman mucho en este país y hasta hay cierta emulación para enseñarles los

prodigios de esta tierra; parece que existe el secreto deseo de sacarnos del berengenal en que estamos metidos desde la Independencia!

La verdad es que en los Estados Unidos tenemos mucho que aprender, pero que no lo aprendemos porque – como decimos puerilmente – los yankees no tienen nuestras costumbres nuestro idioma, ni nuestra religión.

¿No está ahora de moda darnos besos y abrazos con la madre-patria.... para pronunciar discursos en las Academias y cruzarse cartas y folletos los Secretarios *perpétuos*?

¿No hay gente en mi tierra que anda averiguando si desciende de Carlos V., ó si su familia fué favorita de Fernando VII?

Por mi parte, yo quisiera ser Edison, aunque escribiera clavel con *erre*, ó Jay Gould, aunque, mi abuelo hubiera sido sembrador de patatas.

En resúmen los norteamericanos piden "*ménos pañitos y más chocolate!*"

*

Ya que del correo no les hablé de Europa, les diré que allí, como aquí, existe el sistema de que las estampillas se venden en el mismo local de las oficinas de Correos, en muchas de las cuales hay estaciones de telégrafos. En París hay, además, buzones y ventas de estampillas en los expendios de tabacos. En Nueva York los buzones están en los postes de los faroles de las esquinas. Y en una y otra ciudad las ofinas centrales de Correos son palacios magníficos, sobre todo este de Nueva York. ¡Y cómo se hermanan para el despacho la rapidez con el orden!

En verdad que el servicio es admirable.—Los periódicos de por acá no se quejan de no recibir el canje, ni los particulares de que les *desuellen* las cartas......Nosotros pagamos portes muy elevados para el interior del país, mientras que aquí cuesta la correspondencia *sesenta por ciento* ménos que allá. El porte que en Venezuela vale cinco centavos cuesta aquí dos. El resultado es que la gente escribe más, y la renta ; por consiguiente, es mayor. No hablemos de la exactitud y rapidez conque se transportan las cartas : parece cosa de enamorados, para quienes el tiempo y la distancia no existen.

El Dios de los yankees es el "poderoso caballero" que ellos llaman *Money*, y aquí, más que en ninguna otra parte, vale úno lo que tiene.

Será porque yo soy pobre que encuentro inaceptable ese axioma, ó que me habré enamorado de aquel dicho de Juan Jacobo Rousseau .

" No me hacen falta sino los placeres puros, y el dinero los emponzoña todos. Si no son gratuitos, los encuentro insípidos. El dinero no es bueno por sí mismo ; es preciso transformarlo para que sirva y aquí está el peligro...."

Bien es que el filósofo de Ginebra dice también que " el dinero que úno posee es la salvaguardia de su libertad."

*

Grandes preparativos se hacían la noche última (22 de agosto) en la sombría prisión de Nueva York, que lleva el fúnebre nombre de Las Tumbas : esos preparativos eran nada ménos que para ajusticiar á cuatro asesinos. Cada uno de estos infelices mató á

su mujer ó á su querida; á navajazos úno, á golpe de hacha otro, á balazos los demás: éste por celos, aquel por embriaguez, por ímpetus de rabia los demás. Aun no está en uso aquí la pena de muerte por el sistema eléctrico, como se ha decretado, y los cuatro asesinos han sido ahorcados en el espacio de siete minutos. Una inmensa multitud, silenciosa y comentadora, rodeaba la prisión desde ayer tarde, aunque la ejecución fué esta mañana á las 7 y á élla no asistieron, en el gran patio de la cárcel, sino los empleados de la misma, miembros ó delegados del Jurado y de la prensa, cuatro sacerdotes y tres *sheriffs*. El terrible espectáculo ha sido uno de los más notables que se haya verificado aquí, tanto porque han subido juntos cuatro hombres al cadalso cuanto porque, por rara coincidencia, los cuatro han asesinado mujeres. Todos han manifestado la mayor calma; dos de entre ellos mucho orgullo, ¡triste orgullo! al saber que los periódicos se ocuparán de los últimos detalles de su vida.

Mientras que en Las Tumbas preparaba Atkinson[el verdugo] los cuatro árboles de las horcas, y sus ayudantes suavizaban el cáñamo, escogido entre el mejor de Italia, que debía apretarle las gargantas á los condenados, un muchacho de veinticuatro años entraba por la ventana de la habitación de un tendero de Brooklyn, ayer de madrugada, para robarle, y como fuera sorprendido por éste á quien despertó el ruído que hizo el ladrón, entablóse una lucha, en la cual el pobre tendero recibió varias puñaladas que le dejaron muerto en el sitio; y ayer un marinero ébrio, asesinó á un policía en el momento en que éste le arrestaba por escandaloso.

Además de éstos, varios asesinatos ocurren diariamente por pares, por docenas en los Estados de la Unión y es de preguntarse ¿la pena de muerte

precave el homicidio, disminuye los asesinos, infunde temor á los hombres de bajos sentimientos, garantiza á la sociedad contra los infames que en élla pululan como una amenaza constante?

La estadística prueba que en los países en que ha sido abolida la pena capital, los asesinatos son mucho más frecuentes que cuando tal ley existía, en virtud, según parece, de que allí el reo condenado á algunos años de presidio, si no cuenta con librarse por un golpe de fortuna, espera salir después de un tiempo más ó ménos largo y recobrar sus derechos civiles. Peor sucede en donde el asesino queda impune por la indolencia de la policía, por el terror que haya logrado imponer ó por cualquiera otra causa viciosa que lo exime de todo castigo; pero aquí, en donde el que mata, muere bajo la cuchilla de la ley, sin que haya influencia que pueda valer en su favor, no se concibe que el temor á la muerte no paralice la mano criminal que arrebata la vida del ciudadano á quien aquella misma ley ampara ó trata de amparar.

El asesino de Brooklyn sabía indudablemente por los periódicos (que aquí todo el mundo lée porque sólo cuestan un centavo) que hoy iban á ser ajusticiados por *femicidas* cuatro hombres. Desde el sitio en que levantó su puñal sobre el infeliz tendero se oía, por decirlo así, el ruido del martillo que clavaba las tablas del cadalso y sin embargo esta consideración no le detuvo. ¿Es, pues, la pena de muerte un preservativo ó un homicidio legal sin consecuencias morales? No evita el crímen, puesto que el crímen se repite una y otra vez, aun al pié del cadalso, como sucede ahora. La experiencia prueba que veinte años de presidio, la prisión perpétua misma, tampoco lo precaven. ¿En qué quedamos, pués? ¿Debe matarse al asesino ó nó? El patíbulo no es una venganza: es un castigo, es una precau-

ción; pero, ¿produce los resultados que el legislador se ha prometido, ó, por el contrario, viene á ser indiferente para esos infelices á quienes el licor, las pasiones, y sobre todo la falta de educación mantienen en un estado próximo al del bruto, para algunos de los cuales es un singular placer, y aun motivo de orgullo, el manifestarse impávidos, serenos, desdeñosos, insolentes, despreocupados en la hora final, como para hacer alarde de un valor y de una calma que han de proporcionar á la horrenda memoria de sus crímenes una notoriedad efímera en las columnas de un periódico?

No sé qué pensar de todo esto, por más que me abisme en profundas reflexiones; sólo encuentro en el criminal una inclinación bestial más desarrollada que en el hombre honrado, quien, por otra parte, comete diariamente infinito número de crímenes morales, capaces de producir la muerte, y, lo que es aun peor, la deshonra ó la miseria.

El hombre es ladrón por instinto, y asesino por necesidad ó por locura.

Yo no sé quien no haya sido ladrón alguna vez en su vida, desde robarle los dulces y pastelillos á la madre ó á la tía, el vino al abuelo y los centavos y los cigarrillos al padre, hasta....hasta donde cada uno, *honradamente*, haya podido llevar sus depredaciones.

Muchachadas! Nó, muchachadas nó, eso es robo. Muchachada es una travesura y el robo no es una travesura; el robo es un crímen.

La educación, los consejos paternales, la conveniencia personal, moderan, subyugan ese instinto, pero no lo matan: ahí queda latente, como en la semilla el gérmen, hasta que una ocasión favorable viene á desarrollarlo. Así el asesinato......¡cuán-

tas veces un pensamiento homicida cruza por el cerebro de un hombre virtuoso! En el hombre educado, el que teme la deshonra pública ó el castigo de Dios, ese pensamiento se extingue como el relámpago: en el hombre salvaje, en el hombre brutal para quien la sanción de la sociedad es una palabra vacía de sentido, para quien el temor de Dios es un mito, el gérmen se desarrolla y crece como en terreno apropiadamente fecundado, florece, y da los amargos frutos que á cada paso recoge la sociedad.

Ecco il problema. Ayúdenme los jurisperitos á aconsejar á los Gobiernos que el medio más eficaz para cohibir el homicidio consiste *en la educación del pueblo.* La educación es fuente donde se beben todas las virtudes sociales, privadas y políticas, como provienen las del espíritu del sagrado é inagotable manantial de la religión.

*

Hoy fuí á Harlem, un arrabal de Nueva York, en donde está *High-bridge* (Puente alto) cuyo objeto es dar paso para la ciudad á las aguas que trae el célebre acueducto de Croton, uno de los mejores del mundo por ser obra de ingeniería de elevado mérito, y el nuevo Puente Washington cuya construcción está terminándose. Harlem es un arrabal muy bonito, poblado de casitas de veranear, paseos, arboledas, pintorescas colinas, lujosos restoranes, etc.

Ahora hay un nuevo acueducto que estará concluido el año entrante, cuesta veinticuatro millones de dollars. De las once leguas de largo que tiene, me informan que diez están cavadas en roca, en forma de túnel, cuyo diámetro es de 18 piés brutos y de

14 netos, capacidad bastante para traer diariamente mil cuatrocientos millones de litros. (Como Nueva York tiene 1.700,000 habitantes, á cada uno le tocan aproximadamente mil docientas botellas; suficiente líquido para bañarse un par de veces por dia ¿no es cierto?)

*

Y ya que he hablado de restoranes, nombraré uno al azar: *Dairy Kitchen*, que está aquí cerca del Hotel, en la calle 14, enfrente de *Unión Square*, para darles una idea de cómo entienden los yankees su negocio. Al entrar, media docena de muchachas frescas y buenas mozas expenden bebidas refrigerantes que sirven de un depósito de mármol con tantas llaves de plata como siropes desea el público, y que tienen, además, de agua de Seltz, de Vichy, de crema, de café, de chocolate, de agua, de limonada, etc. Encima de las puertas, por dentro, como los *coros* de las iglesias antiguas, hay un tablado en donde una numerosa y buena orquesta toca contínuamente piezas selectas. Pasando adelante encontramos 145 mesas siempre á punto de recibir 580 personas á quienes atienden 175 empleados......ó más si fuere menester. La carta de los platos y vinos, nó, allí no se venden licores, es, lisa, llana y simplemente un periódico del tamaño del *Diario de Avisos*.

Aquí viene como de molde hablarles de una *canastilla*. También elejiré una cualquiera. La de Hearn, en la misma calle 14ª Esta calle 14 no debía llamarse así, sino calle de las damas. De seis á seis la cruzan de arriba á abajo lo menos *cien mil mujeres que van á tiendas*. (Estos pobres padres, estos pobres maridos deben verse á vapores!) Vol-

vamos á *la canastilla.* Tiene seis pisos, pero no se asusten ustedes por las escaleras, que no es preciso subirlas: para eso están los cinco ó seis ascensores que tiene el establecimiento. Entremos. ¿Qué os admira? Esas mil quinientas señoras y señoritas que van y vienen en todas direcciones son compradoras. Parece que no salen de la casa, pero es que se renuevan á cada instante. ¿Las otras mil? Son las empleadas.

Ved con qué modestia, con qué finura, con qué tacto reciben á su marchantía. Y no hay confusión posible: la que vende medias, no vende pañuelos. Un piso entero está lleno de modistas, otro de telas blancas y de color, otro de fantasías, aquel de abrigos, ese de loza y porcelana y de menaje de casas, estotro de botitos y de cintas, de corsés; en fin, de cuantos miriñaques se valen las hijas de Eva para parecerles bién á los biznietos de Noé.

¿Oyen ustedes mucho ruido? Nó, ¿no es verdad? Y dos mil quinientas mujeres juntas debieran formar un zipizape infernal. Pues parece que no hay sino diez y que están *nerviosas.* Y miren, como no pueden hacer *apear la tienda,* las marchantas vienen á comprar y no á embromar. Para éllas también, *time is money.*

Aquí no entran hombres, á pesar de que la tentación de ver tanto palmito es una tentación tentadora; pero como aquí no hay tiempo para gastarlo en esas bagatelas, los feos andan en busca de los dollars por otro lado. Yo entré, en mi carácter de extranjero, que tiene derecho á curiosearlo todo. No me recibieron mal las niñas, ni bién tampoco (por no alabarme) pero sí noté que me veían con cierta desconfianza. Al punto se lo hice notar al dependiente que me acompañaba y éste me contó la anécdota siguiente:

"Don N. N. Cónsul de Venezuela en ésta ciudad, se propuso venir todas las mañanas al almacén para ver tanto pimpollo florido, fijándose con particularidad en las más bonitas pichonas de 15 á 18 años; lo cual prueba que el Cónsul cuando hace el oso no tiene mal gusto. De dos á tres horas se pasaba aquí el enamorado protector de los intereses mercantiles de su país, y como se observó que no compraba nada sino que andaba distribuyendo miradas, sonrisas y suspiros, uno de los empleados de la casa se le acercó mui urbanamente y le insinuó que sus visitas eran perjudiciales al negocio porque distraía mucho á las niñas, sin que ingresara un céntimo á la caja.

Ofendióse mui mucho el Tenorio y encarándose con el dependiente le dijo: "Por nada de este mundo saldré yo de aquí sino por mi voluntad. ¿Sabe usted con quién está usted hablando? Pues si no lo sabe, sépalo: [y ahuecó la voz como si fuera á tragárselo,] yo soy el Cónsul de Venezuela!

El empleado lo dejó pavonéandose y á los pocos minutos regresó acompañado de un policía.

El Cónsul pateó, gritó, se salió del pote, pero el gendarme y el dependiente le pusieron de patitas en la calle....y hasta el sol de hoy.

Observe cómo cuchichean las muchachas y nos ven. Se están preguntando las unas á las otras, ¿será Cónsul?"

*

El asunto palpitante aquí hoy es la Exposición de 1892, con el pretexto de conmemorar el cuadrucentésimo aniversario del descubrimiento de Amé-

rica. Digo con pretexto porque los yankees aseguran que Colón no tuvo sino navegar al oeste y dar con un continente que hasta un ciego habría podido encontrar, como que tiene nueve mil millas de largo y mil quinientas de anchura!

Que síno el de Colón! Nadie le ha agradecido su inmortal obra, una de las más pasmosas que haya realizado el hombre. Es preciso cruzar hoy en uno de los veloces vapores modernos esa vasta extensión que separa á Europa del Nuevo Mundo, y aburrirse siete ú ocho días en esa inmensidad, á pesar de que se navega sabiendo á dónde y adelantando siempre, para comprender el valor, la entereza, y la convicción del sábio navegante genovés, que en un frágil barquichuelo se aventuró por ruta desconocida, desafiando peligros ignorados, en un piélago que para sus compañeros no tenía fin, hasta ver coronado su cálculo con el más brillante éxito.

La intriga, la calumnia, la ingratitud, he ahí la infame trinidad que sirvió de premio al almirante, he ahí su corona de espinas, he ahí su inri.

Y no llega la apoteósis de ese mártir á sellar su gloria! Todavía hay pobres de espíritu que se atrevan á decir que no tenía sino navegar al occidente, cosa ya al alcance de cualquiera!

Pero volvamos á la Exposición. Costará, dicen, diez millones de *dollars*, ó sean cincuenta millones de pesetas. Me parece poco, porque después de la de París estos *yankees* tienen que echar el resto. La Exposición se hará por suscrición pública, es decir por emisión de acciones de $ 10 cada una, sin que el Gobierno tenga que poner de su parte un centavo. Los neoyorquinos no hallan donde poner el huevo, ó lo que es igual no hallan sitio para instalar el certámen internacional de 1892. Acabarán por hacer alguna *barbaridad.* Cien perso-

nas forman el comité, dividido en cuatro comisiones de á 25 individuos. El grupo financiero está compuesto de unos pobres diablos que en caso de apuro no se dejarán ahorcar por falta de mil millones de pesos.

*

Ayer fui á Brooklyn, para conocerla, para visitar el cementerio de Greenwood y para ir á Coney-Island, por tanto el día de ayer fué un día de impresiones fuertes.

El puente! Una hamaca de alambre, tesa, de una milla de largo, con dos líneas de ferrocarril, dos de coches y una para gente de á pié. Medio millón de personas lo cruzan cada día y por debajo de él pasan más de cien mil buques al año. Cien veces leí su descripción, pero lo cierto es que me quedé atónito al verlo.

Greenwood no es un cementerio, es un paseo adornado de tumbas. Estoy tentado de decir que es más bonito que el Central Park. Ya les hablé del cementerio de Génova, el cual me pareció espléndido. Lo es en efecto, pero no supera á Greenwood sino en cuanto á las obras de arte que encierra. Aquellos suntuosos mausoleos realzados por sus magníficas estátuas de blanco mármol no admiten comparación. En Greenwood ha predominado la *monolitomanía*, supongo que por escasez de escultores. Un monolito puede labrarlo cualquier casca-piedras, pero para ejecutar una estátua se necesita un artista y aquí......ni á peso de oro.

Creo, á propósito de artistas, que desde París les describí el célebre cuadro de Millet, *L' angelus du*

soir, pero no les dije el precio que en el remate pagó por él una Compañía americana, disputándosela *endineradamente* (pues no cabe decir encarnizadamente) á la Dirección del Louvre.

Ese precio fué de *quinientos cincuenta y tres mil francos!*

Dar ciento treinta y ocho mil y pico de pesos por un cuadro con dos personajes, (dos campesinos en actitud de orar en pleno campo á esa hora melancólica del crepúsculo en que el silencio de la naturaleza convida á la meditación y al reposo) es una aberración que en los días que corren no tiene nada de particular.

I menos si se considera que la puja era cuestión de amor propio para los norte-americanos: si los franceses no suspenden las ofertas, los yankees hubieran llegado *al millón*.

¿No les he dicho que si estos señores no son artistas, al menos pagan bien las obras de arte?

Son muy prácticos: en vez de acostarse temprano los sábados para salir de madrugadita, cargados con la escopeta. el morral, las municiones de boca y guerra, botas gruesas ó polainas, cuchillo y demás chismes del caso, y llevar sol toda la mañana, si nó lluvia, y presentarse á las cuatro de la tarde á su casa con seis perdices flacas, que regularmente otro se come, hacen lo más cómodo, lo más sensato del mundo: compran la *cacería* y se la engullen!

*

Los ocho lagos, las vueltas y revueltas de Greenwood, aquellas tumbas rodeadas de césped

en los montículos graciosos, presentan un golpe de vista seductor.

Los principales monumentos que me enseñó el cochero-guía fueron el del coronel Vosburgh, del 71º regimiento de la Guardia Nacional, el de Horace Greeley, los de las cinco hermanas, muertas á la edad de 100 á 117 años, el de Carlota Canda, el de Red, el de Perry y varios otros, algunos de los cuales han costado *cuarenta mil pesos!*

Por si no se los he dicho, sepan que Greenwood tiene una carretera de 22 millas para la circulación de los carruajes, sendas que miden 18 millas, para los pedestres; cinco millas de tubos para el agua con que se riega y 17 para el drenaje.

El primer sepulcro se abrió el 5 de setiembre de 1840 y para el 1º de abril del año antepasado ya eran 238.929, como tres veces la población de Caracas.

Entre nosotros, el prurito es desyerbar; aquí, enyerbar; pero no con *monte*, sino con césped (guarataro) bien afeitado y parejo, que hace muy buen efecto. Así resalta mejor la blancura del mármol y la matez del granito. El todo es que haya cuido.

*

Tomámos el ferrocarril para *Coney-island* (Coniáiland) y á los pocos minutos estábamos en plena feria, porque *Coniáiland* (lo escribo así para que lo pronuncien como debe ser) no es otra cosa. Figuraos una ancha faja de playa, de arena fina

como polvo, pegajosa como greda, la mitad de esa playa entablada en unos puntos al ras y en otros hasta 4 piés de altura, según la inclinación del terreno, y en esta tarima, trazadas calles y en esas calles centenares de casas de madera, cada una de las cuales es un tiro al blanco, un *carrousel* [caballitos de palo,] un botiquín. un restorán, una posada, un hotel, un café cantante, en fin, un lugar de recreo ; la otra mitad de la playa convertida en pista para corridas de caballos, en pista para coridas de velocípedos, en caminos de ruedas, de ginetes y en vías ferreas elevadas, en casas y lugares de baños de mar y tendréis á *Coniáiland*.

Mirad á la orilla del océano. ¿Qué hacen allí esas cinco mil personas? Ver cómo se bañan dos ó trescientos hombres y mujeres, niños y niñas, unidos y revueltos como si fueran de un solo sexo. Por esto, no hay cuidado de que haya ofensas al pudor. Los trajes son tan enterizos que los sexos se reunen allí, en el agua, como se reunen en la calle p·blica. Ni más ni menos.

¿Y aquellas goletas que no cesan de barloventear? Son avisos. ¿Cómo avisos? Sí mirad las velas. Esas grandes letras que llevan pintadas de negro y encarnado sobre la blanca lona, dicen que no hay betún como el de fulano, muebles como los de perencejo, coches como los de mengano. etc. Ved como llegan de minuto en minuto los trenes cargados de pasajeros. Esto es un jolgorio en grande todos los dias, todas las noches. Más tarde habrá fuegos artificiales, los más hermosos del mundo. Ah, si viérais *Los últimos dias de Pompeya*, ciudad y mar cubriéndose de cenizas bajo el fuego del Vesuvio!

Como veinte mil personas habría ayer en Coniáiland divirtiéndose cada cual á su manera en

medio de un órden caraqueño. Me dicen aquellos á quienes he consultado que *habia poca gente*, que por término medio, siendo domingo, hay *cincuenta ó sesenta mil personas* enfiestadas en aquel sitio.

Me duran las impresiones de ayer: he quedado *fátuo*!

Se va este diablo de *Cairngorn* y no lleva pasajeros. Por fuerza ¡ que sarcasmo! tendré que quedarme diez dias más en Nueva York.—¡Cuántos quisieran verse forzados, como lo estoy yo, á quedarse aquí!

*

Ignoro el por qué los americanos del Sur hemos entendido que Monroe se refería á los americanos de todo el continente cuando se le ocurrió repetir "America para los americanos." Eso lo dijo el susodicho el año 18 en que más que hoy todos los que quedábamos del Golfo de Méjico para el Sur éramos considerados como salvajes, por supuesto en escala inferior á los pieles rojas.

"América para los americanos" significó entonces, significa hoy y significará siempre que los yankees no querían, no quieren ni querrán jamás ser súbditos de S .M. B.; que los Estados Unidos no convienen en que Inglaterra colonice dentro ni cerca de las fronteras del país de Monroe.

En Sur-América formámos la Confederación del Plata y creámos la de Colombia para librarnos del español. El Brasil no nos importaba: era *extranjero*, como las posesiones de la Guayana. Nosotros pudimos haber proclamado esa doctrina en cuanto territorio fué hispano-americano y no lo hici-

mos .....Los yankees se unieron tambien, éllos solos entre sí, un estado con todos y todos los estados en uno para expulsar al inglés. Ergo, los que no entraron en la liga (El Canadá, v. g.) no podian pedir amparo á los que luego de independientes fueron soberanos ante sí, de por sí y para sí.

Supongamos que en lugar de ser industriales, la hubieran dado los yankees por ser conquistadores. ¿Sobre quién hubiera caido la avalancha? ¿Sobre el Canadá? *Nequaquam.* El primero que hubiera pagado el pato habría sido Méjico, y luego ¿ quien se metería á detener ese torrente?

Derecho de Gentes! Bah, los norte-americanos no gustan de literatura: para ellos la cuestión es *money.* Sus papás, los ingleses, les enseñaron que el tiempo es dinero y éllos han sacado esta consecuencia: el dinero lo es todo.

Lo único que les conviene á los yankees es el dinero y por conservar esos mercados vírgenes del Sur que les compran desde harina para el pan hasta la manteca para poder comer un huevo frito, serían capaces de darnos su apoyo *condicionalmente.*

Como los antiguos romanos, dicen los yankees (no lo dicen, pero lo piensan): "Los Estados Unidos son el primer país del mundo; todo lo que no es yankee, es bárbaro"

Monroe no entendía ni podia entender que hubiera otra América que los Estados Unidos, así es que si queremos hallar el sentido de sus célebres palabras debemos interpretarlas así: "Los Estados Unidos para los yankees!"

Lo demás es tortas y pan pintado.

Esto es como cuando un dependiente se encara con un parroquiano que solicita algun artículo que no hay en la casa y le contesta "*no tenemos*"

Y vaya usted á creer que el dependiente es sócio.........

Muchas cosas suenan y no son, ni todo lo que brilla es oro.

Contrayéndome ahora á *la cuestión de Oriente*, diré que no debemos en *casus belli* pedir auxilio á los Estados Unidos, ni á nadie.

Lo más que podrían hacernos los ingleses sería arruinar cuatro ó seis puertos indefensos y diezmarnos; en cambio los iríamos *mermando* poco á poco, un año, diez, un siglo, veinte si fuera necesario.

Aunque el pundonor ha escaseado tanto, alguna nación habría que vista nuestra tenacidad y admirada nuestra constancia nos ofreciera su apoyo, y pues que *la force prime le droit* y jamás nos libraríamos solos pronto.....se podría aceptar semejante concurso, *declarada ya la guerra.*

En todo caso vale mas que perezcamos todos con la gloria de los numantinos, antes que consentir en el despojo de la sacra herencia de nuestra emancipación. Riámonos de la doctrina de Monroe tal cual la entienden los que no la comprenden y digamos á nuestra vez: "Venezuela para los venezolanos."

*

Ya estoy aburrido de Broadway y de todas estas calles que *hacen horizonte*, á fuerza de ser planas y rectas; de ver avisos en donde quiera que se puede pegar un cartel. (Me cuentan que ahora tiempo cayó muerto en la calle un caballo y la gente se apiñó para verlo. De pronto, un pilluelo rompió el cerco, desdobló un papel, lo encoló y

plaf! lo plantó sobre las costillas del cadáver ¡era un aviso!)....

También estoy aburrido de Nueva York!

*

Después de haberse uno hecho afeitar en París, da pena entrar á una barbería de estas en donde es preciso acostarse, que le adoben la piel de la cara al paciente y que le desuellen la misma.

*

Como les ofrecí en mi anterior, les acompaño una descripción de la estátua de la Libertad. No soy ingeniero ni entiendo de estatuaria, pero me parece que la base de ese bello monumento no corresponde á su altura, y, que sé yo! encuentro poco arte en su construcción.

*

Los yankees no parecen ser coleccionadores de periódicos. Apenas los leen, los tiran, y si nó, los echan en ciertas cajas públicas destinadas á recibirlos, para que los lean los enfermos en los hospitales.

Por cierto que me parece esta una limosna muy grata para gente que sabe lo que lée y halla provecho

en la lectura. Bien es verdad que estos periódicos tienen que leer.... (En lugar de poner aquí lo que pensaba, repetiré que las comparaciones son odiosas.)

Las *yankas* (no se si les dije que así llamaba nuestro compañero el mejicano Don Joaquín Benítez á las compatriotas de Lincoln] no es pasión, es furor el que tienen por parecer varones, ó por hacer cuanto éllos hacen. De ahí que á uno le cueste trabajo engancharse en los ojos grises de esas diablas, prefiriendo, ponerse *á cortarles* el sombrerito á la marinera de que abusan y que les queda *llorando*, sus desenvueltos movimientos y maneras y su marimachazgo en general.

Lo que hay precisión de alabarles son las formas, por su corrección. En éllas se adivina la robustez y la suavidad, el vigor y la turgencia. *Utile e dolce....*

A la gimnasia constante debe atribuirse este resultado, como que este subir y bajar escaleras no puede menos que producirlo.

Gracia? Maldita la que tienen. Les falta agudeza de ingenio y por consiguiente no son capaces de ser graciosas. Tienen el eslabón y la yesca, pero les falta la piedra.... y por tanto no salta la chispa.

¡Cómo se quedan con tamaña boca abierta viendo á *Carmencita* en el *Niblo's Garden!*

¿Saben ustedes quién es *Carmencita?* No? Pues voy á presentársela. *Carmencita* es una jóven de 19 años, hija de la tierra de María *Zantízima*, que baila como *naide* en su patria ha *bailao entuabía*. Imagínense una culebra mapanare grande y gruesa como una mujer, bailando en la punta de la cola y tendrán una idea de lo que puede hacer esta guapa moza con su flexible cintura. Usa en el

teatro traje de maja que no hay más que pedir y los bajos son de encaje hasta la mitad del muslo, como son caladas las níveas medias de seda y de brillante raso las preciosas zapatillas que cubren los diminutos piés de la *indina.* No hay á quien no se le salgan los ojos viendo bailar á *Carmencita*; ni quien no se quede bizco cuando recoje los trapos de encima y deja ver aquel mar turbulento lleno de espumas que se le forma debajo. Si San Antonio hubiera visto bailar á *Carmencita*, no estaría hoy en el Santoral....

Las *yankas* por supuesto se muerden los labios cuando la niña española se *arrecoje* y se cimbra, ondea, se desmaya, gira, se tiende, se menea....

Jesús! En verdad que esta *Carmencita*, es capaz de ponerlo á uno á *mamar cachimbo.*

El actor que gusta en Nueva York puede estar persuadido de que en los pasajes interesantes será llamado por el *soberano*, cuando menos tres veces á repetir aquellos (es ya costumbre.) *Carmencita* no da sino un paso de baile, porque como bailarina no es sino un accesorio de la pieza *Antiope* que se está representando ahora en *Niblo's Garden;* pues bien, los *yankees* la hacen repetir cuatro ó seis veces el paso y no tienen compasión, hasta que no la ven rendirse de fatiga.

Por mi parte, comprendo que Antipas le haya concedido á Herodías la cabeza de San Juan, si Herodías danzó ante el tetrarca como danza *Carmencita.*

*

¿Podré indicarles que aquí, en gastando *unto* no suenan ni los cañonazos?

No sustenta la fidelidad aquel refrán de estos señores: *make money if you can; if you can not, make it any how!* y que si mal no recuerdo tradujo así nuestro malogrado Juan Vicente Camacho:

Ten dinero, majadero,
como hombre honrado que eres,
pero si así no pudieres,
majadero...ten dinero!

He visto cosas que no son para escritas, sino para contadas. De estas habas no cuecen sino aquí.

*

Cuenta el *Herald* que en los Estados Unidos hay doscientas mil personas que tienen miembros postizos, sin contar los soldados que mutiló la guerra separatista.

Qué larga procesión de mochos y cojos si la enprendieran de á dos en fondo?

Aunque á muchos no se les conoce la falta. Como que aquí pierde un hombre las dos piernas y á los tres meses le acomodan otras de goma casi tan buenas como las primeras, lo mismo para bailar que para correr en velocípedos.

Y ya no serán brazos y piernas los que se podrán reponer, sino la juventud misma, á juzgar por los ensayos que verifican en estos días los discípulos del Dr. Brown Sequard. El método es sencillo. Se toma un viejo que ya no sirve sino de estorbo y se le aplica una inyección hipodérmica de *sustancia de carnero.* Al dia siguiente, el hombre amanece con cincuenta años ménos. Estamos en camino

de que resuciten á un prójimo dos siglos antes de que nazca!

*

Nó; no pasan los cinco burritos con sus 10 mochilitas de carbón, y detrás el tiznado y flacuchento arriero [ninguno es gordo ¿lo han notado ustedes?] dando palos de puerta en puerta y gritando:

—Marchante! ¿compra carbón?

Sino que llega *un señor*, de chaleco, con un carro de carbón de piedra, alza una compuerta en la acera, tiende un puente de la carreta al hueco descubierto, corre una tabla y ¡allá le van roscas! Vaciado el carro, sale á luz una cartera, de ella un *bill*, suenan unos dollars, y hasta la vista!

*

Quise leer todo un número del *New York Herald*. Empleé *ocho horas*! Esto me decidió á ir á ver su imprenta. Los tipos no se usan sino una vez, porque distribuirlos es perder tiempo. Se necesitan algunos metros de papel para tirar los 800.000 ejemplares de este periódico. Sus máquinas imprimen, cortan, doblan, entregan y cuentan más de cuarenta mil números por hora!

El *Herald* es el periódico popular de los Estados Unidos, y el *Evening Post* el aristócrata de Nueva York. El edificio en que se tira el *World* tiene *once pisos*. Asi son estos *papeluchos* de por acá, como reyes, No pueden vivir sino en palacios.

Me dicen que aquí nadie lée á la gorra y se comprende. ¿ Saben ustedes lo que es comprar 24 horas de lectura por cinco centavos?

Y así se hacen millonarios estos periodistas. Lòs de mi tierra - infelices - se cambiarían de buena gana por un maestro de escuela de los de aquel país en que ganan treinta y siete pesos y medio al mes, suma con que hacen el milagro de los cinco panes, pues con élla pagan el alquiler de la casa, la ropa limpia, el alumbrado, la manutención de la familia.....y todavía les queda para tabaco !

*

Me falta contarles las condiciones que aquí ha de tener un policía, empezando porque no ha de pesar ménos de seis arrobas ; hablarles de las tiendas en que *hace años* no se apaga la luz eléctrica, tiendas que no separan de la calle sino puertas de vidrio ; del hacha de Krauts, el verdugo de Berlín, instrumento que tiene ya inscritos *cincuenta y cinco* nombres correspondientes á otros tantos hombres que ha decapitado y que una sociedad americana quiere comprar para exhibir, puesto que Krauts *no ejerce* ; de Sullivan, el boxeador, recien condenado á un año de presidio por su último combate ; de los organillos, tocados, conducidos y manejados por Papá, Mamá y el Niño ; de las interesantes partidas de pelota, juego favorito de los *yankees ;* de *Lilie Russian*, la artista ; de los defectos y ventajas de la luz eléctrica de esta ciudad ; del respeto que aquí se guarda á la mujer ; del Congreso Inter-continental americano ; en fin de cien co-

sas más, pero mañana á la una del día estaré á bordo del *Philadelphia* con rumbo á la patria, y allá, al abrigo del dulce hogar, teniéndolos á ustedes suspensos á mi alrededor, les iré refiriendo lo que falte, convertido yo en epístola parlante.

DE NUEVA YORK A CURAZAO

Ya que vamos á permanecer un día en la isla de [Curazao] aprovecharé estas fastidiosas horas en referirles nuestro tránsito desde Nueva York.

Tú, Mercedes, conoces á Curazao, con su puerto pintoresco y sus habitantes hospitalarios hasta no serlo más los de otra parte del mundo. Desde que estuvimos aquí, nada ha cambiado, á no ser que te diga que ahora hay unos buenos puentes movedizos entre Punda y Scarló y entre Punda y Otrabanda, en donde le cobran al pasajero, por peaje, un *cen* cada vez que los atraviesa.

Aun hay *ponches*, que no comprendo qué ganan, pues la gente prefiere pasar á pié los canales.

Viento, calor, pobreza y riqueza: los de siempre.

Vamos á la narración de la penúltima etapa.

Mucho mar habíamos atravesado con toda felicidad para que el traidor no nos hubiera cobrado el noviciado. En efecto, á unas 300 millas al Norte de Puerto Rico, nos vimos envueltos por "la cola" de un ciclón.

Nublóse el cielo, rápidas, frecuentes, poderosas bocanadas de viento hacían gemir tristemente la arboladura é hinchándose las olas *se abanicaban* con el pobre "Piladelphia."

Esto fué para empezar, y hasta nos hubiéramos

divertido, si las gruesas gotas que caían de las nubes nos dejaran salir á cubierta. La fiesta comenzó á la hora de almuerzo y fué en *crescendo* hasta que se puso el sol. Unos seis pasageros nos habíamos encerrado en el *fumoir.* La emoción, el aguacero y el miedo nos quitaron el apetito. Todos no teníamos miedo, visible por lo ménos, sino cierto joven comerciante, de.... (no quiero nombrar la ciudad porque los de esa parte de mi tierra tienen fama de valientes.) Este tal se puso pálido, sério, mudo al principio, y á poco se descolgó del cuello unas reliquias y empezó á rezar. Para él la cosa iba de véras y la tomaba por el lado fúnebre. Don Cayetano estaba sereno pero callado. Los demás nos divertíamos haciendo esfuerzos por permanecer de pïé, lo que nos fué imposible sin apoyarnos del palo de mesana que atravesaba el *fumoir* del suelo al techo, del nadir al zenit, como diría un astrónomo.

La noche fué terrible. El vapor paró su máquina. Solo se oia el furioso dúo del huracán y de las aguas, el uno zumbando y silbando y las otras mugiendo con ímpetu sin igual. Las olas barrían la cubierta con el derrame de sus espumas, cuando la obra muerta tocaba sus cimas soberbias....

A pesar de la fe que tenía en que no iba á ser pasto de los tiburones y del convencimiento de que aflijirme era peor, si naufragábamos, hubo un momento en que, como Enrique IV, tuve que reprender á mis músculos que, por instinto de conservación, se estremecieron. Esto de morir oscuramente en unas cuantas brazas de agua, sin lucha posible con un adversario inasible como la sombra, invulnerable como el aire, poderoso como la fuerza, me pareció de muy mal gusto.

Si nos hubiéramos salvado en los botes, suponiendo que á éllo apeláramos llegado el extremo, es probable que pereciéramos, tan revuelta y alborota-

da estaba la mar; pero si ésta nos respetara, muerto habríamos de hambre, pues que ni una vela encontrámos desde allí hasta Puerto Rico. A la mañana siguiente enfilámos el Paso de la Mona.

¡Qué bella es la mar después de la tormenta!

A mí me pareció lindísima cuando al calmarse el viento, salí del *burladero* á contemplarla, tranquila como la luz de la luna, cruzada por bandadas de delfines y azotada por el ala de las gaviotas.

Si la mar hubiera sido muger, la habría abrazado con amoroso transporte, tal vez ménos efusivo que el que élla empleara siendo la cosa al revés, pesí mas sincero y desinteresado.

En ese momento hice la promesa solemne de escribir una barcarola......!

*

El viaje, por otra parte, no ha tenido nada de particular, y nos lo hizo muy agradable con sus cuentos un colombiano de edad provecta, natural de Gramalote, llamado Don Cayetano, hombre *crúo*, *de posibles*, que regresaba también de París y de un paseo por Bélgica, Inglaterra y España.

Don Cayetano era un tipo de modales *cursis* pero de una conversación original, que nos hacía reir mucho por su chiste y sobre todo por su pronunciación.

Fuera de su idioma no conocía jota de otro, así era que todo era preciso interpretárselo. A la mesa le traducíamos la carta, y viendo él que no servían sino ostiones, ensaladas, maiz, pasteles de frutas, lengua ahumada y otros fiambres, fruncía la boca y nos aseguraba que no podía pasar *esas carnes gelás*. Gran comedor de hormigas fritas, como las preparan en Gramalote, las echaba tristemente de ménos, y se relamía refiriéndonos cuán alegremente suenan entre los dientes cuando están tostaditas.

*

Mi viaje ha durado 13 semanas (las mismas del profeta Daniel?) distribuídas así:

5 semanas de navegación:		
	de La Guaira á St. Nazaire	16 días.
	,, Havre á Nueva York	8 ,,
	,, Nueva York á La Guaira	10 ,,
5 semanas	en Francia, Suiza é Italia	38 ,,
3 ,,	,, Nueva York	20 ,,
		92 días

Si he perdido ó nó el tiempo, ustedes juzgarán.

*

Ahora, esposa amada, niñas mías, tiro la pluma con que tantas simplezas les he escrito.

No mas cartas!

Aquí, sentado sobre cubierta, junto á la cámara del capitán, veo desfilar las áridas costas de Curazao, por el lado de babor, y por estribor á través de los *cumulus* que cierran el horizonte, creo distinguir las playas de la patria, mi dulce hogar, los séres adorados que forman mi paraiso.

Ya palpitan mis labios, ávidos de vuestros besos.....

Allá van mis suspiros, como alegres mensajeros, á noticiaros mi vuelta.

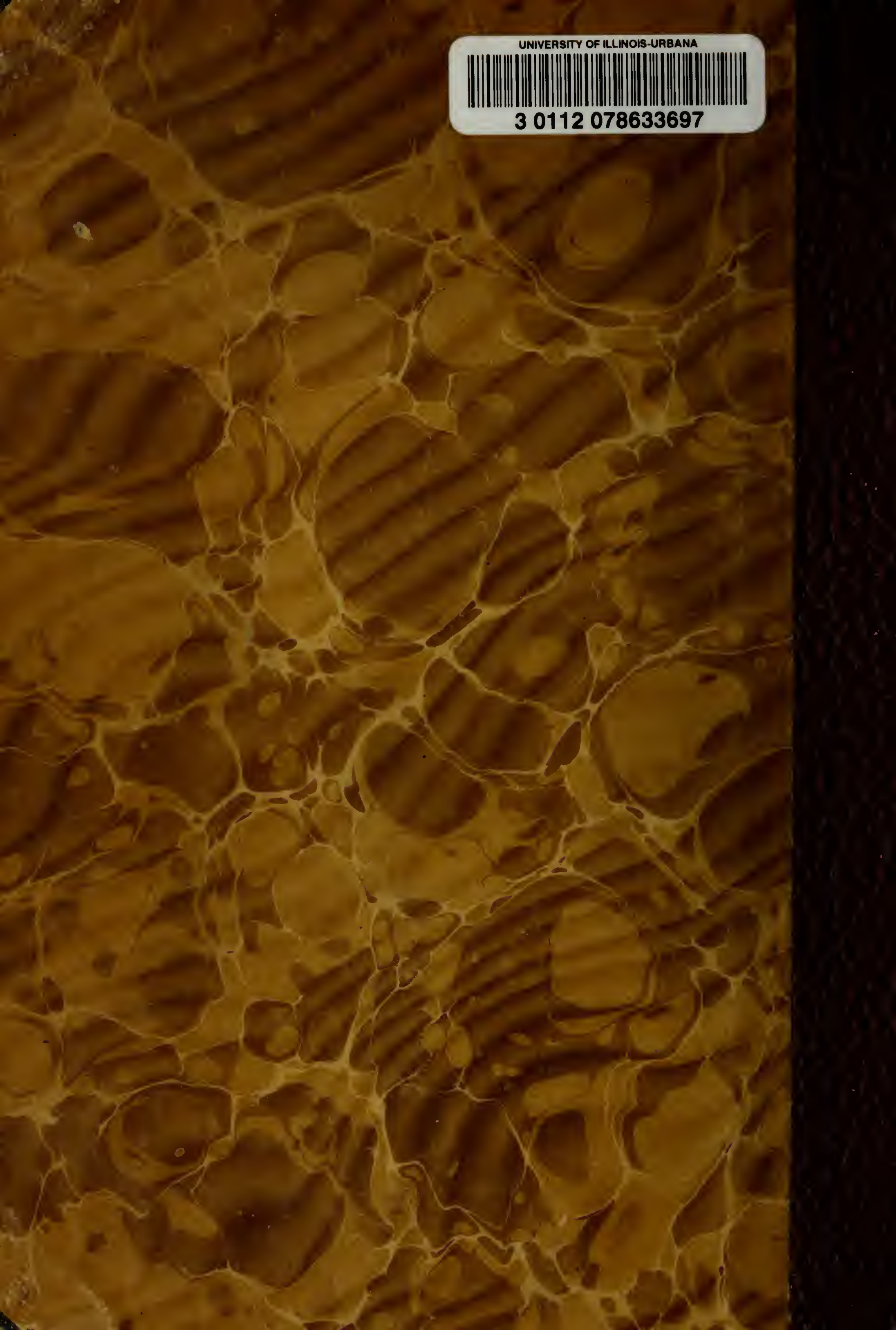
Qué día tan venturoso el de mañana!

Benditos sean los tiernos goces que nos prepara el amor!

*

Tema para la primera velada: "Se concibe un viaje de Macuto á París; pero un viaje de París á Macuto ¿se concibe?"




UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 078633697